

BUSCANDO LA LIBERTAD

AUTOR: GUZMÁN PALOMAR LANZUELA

Buscando la libertad.

Biografía de mi vida.

INTRODUCCIÓN.

Cuando tengo 57 años y llevo tres de jubilado me dedico a relatar mis memorias. No sé si podré redactarlo bien. Mi gran deseo es poder explicar con claridad las represiones que ejercieron conmigo y toda mi familia las autoridades franquistas, apoyadas por el gran capital, el clero, Italia y Alemania. Estos señores que tenían todo el dinero, cultura y poder, no puedo comprender, por qué se ensañaron con tanta ferocidad contra obreros y campesinos humildes, que el único delito que cometieron fue, el haber nacido pobres.

Con esa humildad y pobreza que vivía, la clase trabajadora española tenía tres dones, honradez, piedad y lealtad. Se puede comprobar con cualquier Historia de España, que en la zona republicana los asesinos fueron señores incontrolados que carecían de esos tres dones. En la zona franquista, los asesinos eran las autoridades que ejecutaban las ordenes como si se tratara de exterminar una plaga de ratas, sin un átomo de piedad, sin sentimientos humanos.

No crean que siento rencor, no soy rencoroso, siento indignación ante unos hechos consumados donde no veo ninguna solución.

Sigan leyendo mis desventuras, fuimos una familia humilde, y honrados a carta cabal. Cuando terminen juzguen si fuimos merecedores de esas atrocidades que con brutalidad nos impusieron.

Nací en Torremocha del Jiloca, un pueblecito de la provincia de Teruel, el día 24 de octubre de 1920.

Mi padre era peón caminero, y cuando yo tenía 3 años, lo trasladaron a Gea de Albarracín, vivíamos en una casilla de obras públicas que existe en la actualidad a la entrada del pueblo en dirección Albarracín.

Mi madre era de Cella un pueblo a 8 Km de Gea, es un pueblo grande y rico, le da esa riqueza la famosa fuente que es digna de ser visitada por el inmenso caudal de agua que aflora.

Durante mi niñez toda mi familia frecuentaba Cella muchísimas veces, yendo por un sendero de herradura en un paseo de cinco cuartos de hora nos presentábamos allá. La familia de mi madre era bastante numerosa y es cuando murió mi abuela Rosa, cuando empiezo a recordar con claridad la cantidad de problemas que teníamos para regresar a Gea.

Todos mis tíos y tías se desvivían por obsequiarnos, nos querían muchísimo. Por esos motivos, en el momento que no tenía cole pedía permiso a mis padres y me marchaba a Cella con todos mis primos y yo lo pasaba bomba.

En Gea en el cole era bastante aplicadillo, las matemáticas cuando tenía doce años las dominaba muy bien, Geografía notable, en Historia apenas conseguía un cinco, lo mismo me sucedía con la lengua, en el dibujo fui fenomenal, se me daba muy bien. Todos los maestros que tuve en mi niñez y de mayor fueron buenísimos. En aquellos tiempos mi cultura era bastante potable.

Mi padre y mi hermano cuando comenzaba a oscurecer, casi todas las noches, salían, mi padre al casino y mi hermano a ver a la novia. Nos quedábamos en casa mi madre, mi hermana Irene y yo. Las hermanas mayores estaban sirviendo en Teruel y Valencia.

Esas veladas se las dedicaba a mi madre a leerle novelas, le leí muchísimas, la pobrecita no sabía leer ni escribir.

A mi padre le gustaba mucho leer, estaba abonado a “El Imparcial”; mi hermano recibía mensualmente o semanalmente unas novelitas cortas que les decían Ideales, y a escondidas de mis padres también recibía unas novelitas cortas pornográficas. Ni que decir tiene que yo leía todas, porque después que las leían la cuadrillita de mi hermano me las daban a mí. Yo se las vendía a los chicos mayores por cincuenta céntimos, que los dedicaba para pagar la entrada al baile, cuando me dejaban entrar.

Mi padre era un excelente trabajador, sabía hacer de todo, les enseñó en el pueblo a dallar alfalfa, con la guadaña, a picar y afilar la guadaña, a recoger la mies cereales en el campo para cuando lloviese o cayera piedra no sacudiese las espigas del trigo, hacinar la mies en la era después del acarreo.

Mi madre una excelente trabajadora, cocinera y costurera, cosía para medio pueblo camisas y calzoncillos de caballero, batas y delantales de señora.

Mi hermano, en aquellos tiempos los puestos de trabajo eran escasísimos y todos los trabajos que le salían los aprovechaba al máximo.

Yo también aportaba mi granito de arena. Me compró mi padre una cabrita jovencita y después de salir del cole me dedicaba a apacentar mi cabrita por los terraplenes de la carretera, desde muy niño se despertó en mí un cariño y admiración a los niños, a todos los animalitos y a la naturaleza inmensa. Ni que decir tiene que con mi cabrita yo era feliz, la llevaba a apacentar a los sitios que la comida para ella fuese abundante, con un cepillo le cepillaba el pelo. No se pueden imaginar lo que el animalito aquel hacía para devolverme las atenciones que de mí recibía, venía a esperarme al cole, en mi casa nadie sabía ordeñarla, y cuando se le llenaban las mamas de leche me buscaba como una loca para que la sacase. Criaba todos los años tres cabritos, le quitábamos los cabritos y criaba tres corderitos y algunos años criaba seis. En mi casa la queríamos mucho, más adelante verán como expuse mi vida para salvar la de ella.

También me criaba un centenar de conejos, la comida o hierbas del campo las traíamos mi padre y yo, también me preocupaba de una pareja de patos mudos y de sus crías.

Mi madre se preocupaba de los cerdos, y las gallinas.

En ese ambiente que se desarrollaba nuestras vidas, llenas de paz y tranquilidad, todos éramos muy felices. La comida la teníamos muy abundante y la paguita de mi padre, aunque corta, mi madre era una excelente administradora y llegaba para nuestras necesidades principales.

Me criaba muy delgadito, era muy mal comedor y las únicas riñas que recibí de mis padres eran por la comida dichosa, nunca tenía apetito, por esos motivos me mimaban todos en mi casa. Mi padre los domingos se me llevaba al monte a cazar y con las amenazas de no ir el monte con él si no me comía todo, haciendo un gran esfuerzo comía.

Jamás estuve enfermo, en los veranos siempre estaba nadando en el río.

A los trece años empecé a salir con una cuadrillita de chicas, algunas veces venía algún chico pero normalmente casi siempre iba yo solo, con seis o siete, me decanté acercarme siempre a la misma, fue la primera chica de mi edad que me enseñó a bailar a parte de la novia de mi hermano y sus amigas.

Se llamaba Pilar y en su casa, que era muy grande, en el salón se hacía el baile en los domingos. A los dos o tres meses, en la planta baja construyeron el salón de baile y arriba el casino de los pobres, tuvo mucha aceptación, lo regentaba su madre y una hermana mayor, los dos hermanos casados ayudaban muchas veces. Al poquito tiempo que funcionaba el casino se encontraban su hermana Julia y Pilar sobre las diez de la mañana, limpiaban el salón con toda normalidad. Pilar le dijo a su hermana que se subía al granero a tender unos paños de limpieza.

Como tardaba mucho Julia la llamó y no tuvo respuesta, oyó un ruido y subió corriendo para encontrársela colgada de una viga con una soga al cuello.

Como buenamente pudo la sostuvo en vilo hasta que subieron a cortar la cuerda, pero ya era tarde, murió desnucada.

La noticia me la dieron sobre las once horas, el día no lo recuerdo. No sé si sabré explicar como encajé la noticia, llorar no lloré, he sido durísimo para llorar. Estaba en la calle, entré a mi casa y mi madre sobresaltada me preguntó que me pasaba, se lo expliqué y marchó a averiguar si era cierto, mi madre se asustó mucho porque se figuraba me iban a detener.

Me prohibieron fuese a verla, ni me dejaron ir al otro día al entierro. No fue por nada malo, solamente porque en su tocador encontraron efectos personales míos, cosas de niños. Le regalé unas chucherías, una pelota de jugar al frontón que me quitó ella porque cuando jugaba a la pelota se me hinchaba la mano y ella no quería verme la mano hinchada, mi monedero que también lo tenía y unas cuantas cosas más.

Su madre no quería verme, decía que veía a su hija cuando bailaba conmigo.

Yo estaba como ausente de todas las cosas que me rodeaban, sentí muchísimo la muerte de esa niña. Ni yo ni nadie supimos por qué esa niña hizo esa barbaridad.

Era una chica muy guapa, alegre, llena de salud, en su casa tenían un buen pasar y todos sus hermanos y su madre la adoraban.

El domingo siguiente en señal de duelo no acudió ningún mozo al baile, los siguientes ya se normalizó.

Yo tardé dos o tres meses en pisar aquella casa, los domingos me quedaba solito y todo el mundo marchaba al bar o al baile, yo me marchaba de paseo. Un domingo por la tarde paseaba por las huertas cercanas al pueblo y se me presentó su hermano Fernando. Guzmán haz el favor de venirme conmigo, te llevaré a que te vea mi madre, ella sabe que he venido a por ti. Por el camino me habló con mucha amabilidad y me daba muchos ánimos, llegué a casa de su madre, a su vivienda privada, no quisiera ni relatar aquel encuentro, aquella madre llena de desesperación, me hizo llorar como un niño que era.

Se lo prometí y lo cumplí hasta que estalló la guerra, siempre que subía al bar, pasaba a visitar a la señora Nemesia y si alguna vez se me olvidaba, la buenísima de Julia me lo recordaba, toda mi vida recordaré la bondad de esa mujer, nos queríamos como si fuésemos hermanos.

Ese desgraciado accidente fue un toque de atención en mi vida, creo que fue el momento que empecé a pensar, a distinguir y a darme cuenta de muchas cosas que jamás antes pasaron por mi imaginación.

Marcó una pauta en mi vida, la de la soledad, solo con mis recuerdos parece que me encontraba a gusto. He recordado toda mi vida con mucha gratitud a Julia, hermana de Pilar, cuando me veía sólo en el bar o en el baile me llamaba para que estuviese con ella detrás del mostrador, me daba muchos ánimos y sus palabras y su compañía me hicieron mucho bien. El tiempo fue pasando, mi vida y mi persona volvió a la normalidad, lo normal en mi era no poderme estar quieto, me metía con mi padre, con mi madre y con todo el mundo que estuviese cerca de mí. A mi padre le gastaba muchas bromas, ninguna de mal gusto, jamás se enfadó conmigo, lo único que me decía alguna vez era esta frase que la llevo toda mi vida grabada dentro de mi cerebro: Me cagüen Sandiole, un día me cogerás de mal aire y te daré un soplamos. Jamás me lo dio, fue un padre buenísimo.

Con mi madre fue el cuento de nunca acabar, siempre me estaba metiendo con ella, le desataba el delantal de cocinar, le quitaba las horquillas del pelo, le escondía las cosas o se las

cambiaba de sitio. Siempre me estaba dando manotazos, si alguna vez se enfadaba, eran bastantes y me quería pegar de verdad, la cogía por la cintura, la levantaba en vilo, le daba dos o tres vueltas y tres o cuatro besos cuando la dejaba en el suelo, le decía muy serio: ¿serías capaz de pegarle a tu hijo que es más alto que tú y que ya tiene novia?, palabras como estas y muchísimas más siempre se las tenía que repetir a mi madre. Las palabras que también me decía mi madre las tengo grabadas en el corazón: Gaire eres un farcero no sé a quién te pareces, no sé cuando te entrará la formalidad.

Esta vida íntima familiar que relato llena de bienestar, cariño y amor, más adelante verán con qué brutalidad desapareció.

Fui al colegio hasta los 14 años bien cumplidos, don Alejandro que era entonces nuestro maestro cuando terminaban las clases por las tardes, a sus seis o siete chicos mayores nos entregaba las llaves de la escuela y se marchaban todos.

Nos quedábamos trabajando cada uno en su cosa. Yo con cartulina y pegamín construía un barco de guerra, el Jaime I. Era precioso, de 40 cm. de largo, adornó en mi casa encima de un mueble hasta que fue saqueada. Como nos quedábamos solitos una tarde se nos ocurrió escribir una carta cada uno a una chica pidiéndole relaciones. Las chicas las teníamos en el colegio de al lado, pero nos faltaba decírselo personalmente, no tuvimos valor.

Pusimos el nombre en el sobre y nos dirigimos cada uno con nuestra carta a la escuela de las chicas.

Sabíamos por ellas mismas que se quedaban por las tardes a trabajar como nosotros, solas también.

Dimos unos golpecitos en la puerta, por que estaba cerrada por dentro, no pudimos entrar, las llamamos por su nombre para que viniesen a recoger las cartas que las meteríamos por la rendija de la puerta. Nadie nos contestó, pero oímos un repiqueteo de zapatos al andar inconfundibles, era doña Consuelo, la maestra, otro y yo que éramos más tontos o más impulsivos ya las teníamos metidas y optamos como todos, marcharnos corriendo a nuestra escuela.

Pasamos temerosos la noche, esperando el castigo que nos impusieran por nuestra travesura, llegó el día siguiente y no se hizo esperar mucho tiempo. Se presentó doña Consuelo con sus dos cartas en la mano, con unos colores y unos sofocos que creímos que iba a suceder algo.

Don Alejandro, que era nuestro maestro, era soltero de 25 años y doña Consuelo una solterona de 35 años muy puritana y creía que la falta que cometimos era gravísima, como si fuese el crimen más horrendo que un ser humano puede cometer. No acertaba o no podía explicarle lo que sucedía, le temblaba la barba. Al verla en aquel estado don Alejandro la tranquilizó, le rogó se sentase, le ofreció un vaso de agua. Ya un poquito más tranquila le explicó lo que sucedía.

Don Alejandro nos reprendió muy severamente nos mandó de rodillas cara a la pared, y nos dijo: Cuando se marche doña Consuelo os daré tan gran paliza que la recordareis toda vuestra vida.

El ratito que permanecimos de rodillas sólo pensaba en mis padres, jamás hasta esa fecha les di un disgusto, y como doña Consuelo no paraba de machaconear que nos tenían que dar un castigo y echarnos del colegio para ejemplo de los demás, pasé un rato muy difícil.

Por fin se marchó doña Consuelo, Don Alejandro nos llamó, nos llevó a una habitación separada de la escuela, como nos vio tan tristes y con carita de miedo nos animó, nos dijo: Ya ha pasado todo, he leído vuestras cartas, no ofendían a nadie, lo único que os reprocho es vuestra

forma de actuar, el ir a entregar la carta a la escuela cuando teníais que estar trabajando. Sois hombrecitos, por lo tanto tenéis que pensar que en vuestros asuntos personales, no mezclar a ninguna persona para que no se sienta ofendida, yo os perdono. A doña Consuelo ya hablaré yo con ella para que os perdone.

Para ponernos en contacto con las chicas se nos puso muy difícil, ya no salíamos al recreo a la misma hora y los domingos salían las chicas en cuadrillita y si intentábamos acercarnos a ellas salían corrido, así pasó durante bastante tiempo. Por fin empecé a frecuentar el baile, unos domingos me dejaban entrar, otros me lo prohibían. Se normalizó cuando cumplí 14 años, ya no pusieron reparos. Bailando con Irene comentamos lo de la carta, quería saber qué le decía. Me puse rojo, amarillo y de todos los colores, me dio mucha vergüenza. Por fin a la semana siguiente me armé de valor y se lo dije. En la carta me explicaba bastante bien y como me lo sabia de memoria le solté de carrerilla que era una morenita muy guapa, me gustaba muchísimo y la quería, si me correspondía al inmenso cariño que yo sentía por ella.

Nuestro noviazgo fue desafortunado por todos conceptos, en el momento se dio cuenta su familia que salíamos juntos y nuestras relaciones se formalizaban, nuestras vidas se convirtieron en un infierno. En su familia optaron por la persuasión y no consiguieron nada, le prohibieron asistir al baile, yo tampoco iba. Por mediación de amiguitas vecinas suyas nos comunicábamos por notas escritas, las escribía durante el baile, me marchaba por las huertas de paseo y me entretenía escribiéndole notas. Mis padres como es natural en un pueblecito pequeño se enteraban de todo, a lo primero fueron consejos lo que me daban, que la dejase éramos jovencitos y en poco tiempo nos podríamos olvidar. Todo fue inútil. Para mis padres fueron los primeros disgustos serios que les di.

Nuestras relaciones continuaban llenas de zozobras y sobresaltos. En su casa cada dos por tres le pegaban, ella jamás me lo dijo, me informaban los vecinos, tenía un amigo que vivía cerquita de ella. Una vez la tuvieron encerrada tres meses sin pisar la calle. Su familia tenía cuatro tíos carnales, dos varones y dos hembras solteros todos, mayores que nosotros, me tenían un odio infernal. Su tío Severo un día se atrevió a amenazarme en un descampado donde por casualidad nos encontramos. Eso me hizo recapacitar muchísimo. Si yo se lo decía a mi hermano que un hombre de 25 a 30 años me amenazó cuando yo tenía 14 años podía degenerar en riñas, no dije nada a nadie. Fui distanciando las visitas a Irene. Irene se dio cuenta enseguida, un día le dice a mi hermano: Guzmán ya no me quiere, hace muchos días que no le veo. Cuando mi hermano me lo dijo, le contesté que mis relaciones con Irene eran normales, pero de todas formas lo mismo ella como yo tendríamos que buscar una forma para distanciarnos ya que nuestras relaciones no son de color de rosa sino todo lo contrario. Mi hermano no me dijo nada, pero él notó algo en mí, y no quedó satisfecho. Tenía un amigo que se llamaba Cándido y que festejaba con una vecinita y amiga de Irene, por lo que Cándido y yo siempre salíamos juntos a pesar de la diferencia de la edad, esa chica, Antonia, es la que nos servía de enlace a Irene y a mí, los cuatro nos llevábamos muy bien.

Mi hermano le preguntó a su amigo Cándido si sabia por qué me distanciaba de Irene, sí lo sabia. Yo se lo conté, pero no se lo dijo con claridad, por lo que mi hermano tuvo que recurrir con mucha astucia a mis padres y a mí, delante de todos tuve que decir la verdad, tuve otra discusión con mis padres, les pedí me dejaran un poco de tiempo para distanciarme poco a poco.

Después de la tempestad siempre viene la calma, mis padres ya no me reñían. A ella le pasaba lo mismo, salíamos de paseo y la acompañaba hasta su puerta y nadie nos decía nada, aquella paz, aquel sosiego se rompió con brusquedad una noche que jamás la olvidaré. Fuimos a por agua a la fuente y como siempre la acompañaba llegamos a su puerta, siempre hacíamos lo mismo, nos parábamos a hablar un ratito en el quicio del portal, transcurrieron seis o siete minutos cuando su padre la llamó, le dije: Súbete, no quiero que te riñan ni te peguen, mañana nos veremos otra vez. No te marches, es el único tiempo de mi vida que soy feliz cuando estoy a

tu lado, alárgame la felicidad todo lo que sea posible, si me riñen o me pegan no me quitan el inmenso placer que siento cuando estoy contigo. El tiempo se nos pasó muy deprisa con la conversación, la volvieron a llamar y ninguno hicimos caso.

Al momento bajó su padre hecho una furia, la cogió de un brazo y a empellones la subió escaleras arriba.

Me quedé clavado en la puerta esperando lo que yo me temía, que cuando oí los golpes que le pegaban me entró un furor dentro de mí que me volví loco, en dos saltos subí las escaleras, le dije: “mal padre no quiere usted a su hija, si yo tuviera veinte años no le pegaría más, me casaría con ella y no la vería usted en la vida”. Ya no me dio tiempo a más, cogió una silla, la levantó en vilo, me dio un empujón y me tiró escaleras abajo, me gritaba: “mocoso, si vuelves a pisar esta casa te doy un silletazo que te abro la cabeza”.

Salí de allí loco, no veía las calles no veía a la gente, sólo daba vueltas y vueltas por las calles hasta que el frescor de la noche y el tiempo me tranquilizaron. Llegué a mi casa lleno de desesperación. Sin cenar me fui a dormir, no dormí, estuve toda la noche dándole vueltas al pensamiento, no sabía cómo solucionar aquel problema.

Cuando me levanté; mi madre enseguida se dio cuenta que algo me pasaba. Se lo tuve que decir; ese mismo día estando reunidos para comer mis padres y mi hermano, me dieron muchos consejos, por fin opté por alejarme de Irene, la edad que tenía no me daba opción a otra alternativa.

Ese contratiempo en mi vida me afectó muchísimo, creo que fue la época de mi vida del cambio de niño a hombre. Mi forma de ser que siempre estaba de broma con todo el mundo cambió radicalmente. No le gastaba bromas a mi madre, seguramente me entró la formalidad. Tenía un amigo que festejaba con Matilde, que era vecinita de Irene, a pesar que era tres años mayor que yo nos queríamos mucho siempre estábamos juntitos.

Me enseñó a hacer muchas cosas, a ejercitar mi fuerza. De estatura, yo era mas alto que él, pero fuerza con todo lo pequeño que era tenía muchísima, de los hombres que he visto en mi vida con ese don.

Muchos domingos cogíamos por la mañana y nos marchábamos al bosque a hacer tres cargas de leña él, yo media. Al principio siempre me ayudaba y me explicaba de qué forma tenía que hacer la fuerza para arrancar a tirón encinas de ocho centímetros de diámetro, vendíamos la leña y nos daban dos pesetas, así teníamos dinero para pagar la entrada del baile.

Este amigo sabía todo lo accidentado de mis relaciones con Irene y cuando le conté la determinación que tomé me dijo que era lo mejor que podía hacer, nos apreciaba mucho a los dos y era la única forma de poder encontrar la tranquilidad. Paso cierto tiempo y rehusaba, todo lo que podía, el encontrarme o cruzarme con Irene, no asistía al baile por lo que me encontraba fuera de mi costumbre y sin saber dónde pasar el tiempo.

Pasarían dos o tres semanas cuando ya me decidí a salir. Una noche sobre las 22 horas, me encontré con mi amigo “Chicuto” que me dijo que era tonto que las cosas no se tenían que tomar tan a pecho, “vente conmigo e iremos a ver a fulanita y verás cómo se te pasa la morriña”.

Fui esa noche y muchas más, como el pueblo era pequeñito, la gente empezó con chismorreos, todo el mundo me veía hacer cosas deshonestas por todas partes, cuando en realidad no me veía nadie. Era un poco loco, pero no para tanto, la cosa no quedó así, yo continuaba con la vida un poquito desenfadada porque las cosas sucedían así.

Cuando terminaba de estar con esa chica me daba una vuelta o un paseo, por las calles del pueblo. Muchas veces me daban las buenas noches chicas mayores que yo diez años, que bajaban a cerrar la puerta para marcharse a dormir, me decían a mí.

La realidad era otra, les gustaba estar conmigo, lo demostraron varias veces. Con ese plan de vida y vicio acudía a mi casa todas las noches a las doce o a la una, no cenaba ninguna noche con mis padres. Al otro día por la mañana mis padres me reprendían muy severamente, me decían que era la vergüenza de la familia, que no podían salir al pueblo porque todo el mundo hablaba de mí y estaban avergonzados con mi conducta.

Durante todo este tiempo parece que todo el mundo tenía derecho a meterse conmigo, por lo que mi carácter se agrió un poquito. Una noche, sobre las diez caminaba por las calles del pueblo buscando mi ligue o “plan” que se decía entonces, me abordaron dos chicos o mocitos porque me llevaban tres años, tendrían 17, el que más se metía conmigo era el que cuando íbamos al colegio a todos nos calentaba y jamás ninguno nos atrevimos a defendernos.

Esa noche me vino a la memoria todos los golpes que me dio. Me lancé sobre él lleno de rabia y furor y en cinco segundos lo tenía en el suelo, yo sobre él con la mano derecha le apretaba la garganta y con la izquierda le daba golpes en la cara, cuando me pareció que le había zurrado bastante lo solté advirtiéndole que en lo sucesivo no se metiese conmigo. Jamás en mi vida me he metido con nadie, he sido muy modoso y muy educado, pero si no he podido eludir el insulto o la agresión me he defendido con mucha energía.

Mis padres con todas las cosas que me ocurrían y las que no me ocurrían porque en los pueblos haces una cosita pequeña y la multiplican por mil, te clavan el san Benito y jamás te lo quitas de encima; no vivían ni sosegaban, yo los veía en una situación embarazosa y la felicidad en nuestro hogar estaba a punto de desaparecer o había desaparecido en parte. A mis padres les quería muchísimo y como a todas las horas me reprochaban mi conducta, me hicieron recapacitar que la vida que yo llevaba tenía que cortarla radicalmente.

En el último altercado o discusión que tuve con mis padres vi a mi madre llorar y por las circunstancias de la vida que me ha zarandeado tan violentamente jamás he olvidado lo que mis padres me pedían con lágrimas en los ojos.

Se lo prometí, y lo he cumplido toda mi vida. Vivieron poquito tiempo para poderse convencer plenamente de que su hijo les decía la verdad. Me convertí en un hijo modelo, salía poquito de casa, volví a leerle novelas a mi madre por las noches y en el momento que me salió un puesto de trabajo en Teruel me marché.

En Teruel tenía una hermana casada y por medio de mi cuñado entré a trabajar de aprendiz en la serrería del figonero, ganaba 1,50 diarias. En aquellos tiempos a los aprendices nos trataban muy mal. Todo el mundo tenía la manía de maltratarnos y gastarnos bromas pesadísimas, por todas esas razones las relaciones entre el operario y el aprendiz no eran cordiales, nos tratábamos con recelo y siempre esperabas gritos o reprimendas, al poco tiempo me pusieron de ayudante con un serrador que tendría 24 o 25 años.

Dentro de lo que cabe yo me encontraba bastante a gusto, me matriculé de nocturno en la escuela de artes y oficios, tuve mucha suerte, me tocó un profesor buenísimo, jamás perdía una clase por ese motivo. Don Pascual me trataba con un cariño y una bondad que recuerdo siempre con gratitud.

Pasaron dos o tres meses sin subir a Gea, por lo que mis amiguitas de infancia me echaban de menos y se decidieron a ir un domingo por la tarde a preguntarle a mi madre si es que no me dejaban subir. Entre ellas hablaron largo rato, quedaron amigas porque a lo primero mi madre las recibió con brusquedad culpándolas de que no me dejaran vivir tranquilo, y les rogaba se alejaran de mí.

No me prohibió nadie que subiera a Gea los domingos, me lo impuse yo mismo, me fue muy bien recobré mi tranquilidad sin preocupaciones de ninguna clase, el tiempo pasaba para mí

con normalidad total, cuando venían dos días de fiesta seguidos me subía a Gea, veía mis padres, marchaba al bar, al baile y mi casa.

Esa tranquilidad duró poquito tiempo, en la fábrica nos hacían trabajar durísimo, a los operarios les dieron destajo. Confeccionaban listones de un metro de largo, siete centímetros de ancho, por 20 mm de grueso. Una máquina confeccionaba tablas de siete cm. de grueso, luego los cortaba todos a un metro y detrás del serrador los dejaban. Mi misión consistía en recoger de detrás del aparato los listones, hacer fardos, luego atarlos y apilarlos a una distancia de 15 metros. Como es natural yo no podía seguir al serrador y nos pasábamos el día discutiendo, el encargado y el hijo del dueño me ayudaban a ratos todos los días, pero ni me hacían partícipe del destajo ni me ponían un aprendiz para que se llevase los fardos, como todos los que estaban haciendo lo mismo que yo. Por mucha prisa que me diese mientras llevaba el fardo a la pila, cuando llegaba a la sierra ya tenía más de diez en el suelo, con mucha precaución los tenía que recoger porque el serrador me amenazó muchas veces que en el momento que me descuidase me lastimaría.

Así lo hizo, una de las veces al dejar el fardo en la pila, se me cayeron tres al suelo y los tuve que recoger y apilarlos, cuando llegué a la sierra tenía veinte o treinta listones en el suelo, empezó a gritarme. Le dije que parase de serrar mientras yo los recogía, sin avisarme, cuando me faltaban cinco o seis se puso a serrar con mucha furia, un listón me lo clavó entre la nariz y la mejilla izquierda derribándome de espaldas. Lleno de dolor y furia me levanté como un relámpago y con el listón que llevaba en la mano le di tan gran golpe que cayó fulminado al suelo. Se le tuvieron que llevar al hospital, le pusieron cuatro puntos de sutura. Le vendaron la cabeza y lo trajeron a la fábrica. Cuando llegó, yo estaba en la oficina, me curaron y me hicieron muchas preguntas y reproches, yo me defendía con mucho ardor y les decía que le preguntasen al señor Eugenio mi comportamiento el tiempo que estuve detrás de su máquina. Llamaron al señor. Lo recuerdo muy bien, tenía fama de mal genio y era cierto, pero también tenía conocimiento: les dijo al Figonero y a su hijo que tenían mucha culpa de lo que había pasado, tendrían que reconocer que Conejos que era mi operario había recibido su justo castigo por su mal comportamiento.

Él estaba dispuesto a llevarse me de ayudante suyo y todo solucionado. Yo también le creí, pero le dijeron que nos diésemos la mano y cada uno a trabajar a distinto sitio. Saltó como una fiera que en la fábrica no cabíamos los dos, que él llevaba seis o siete años de antigüedad y tenían que elegir entre él o yo.

Me mandaron salir fuera, llamaron a su cuñado Belmonte que era el encargado principal, desde donde yo estaba me enteraba de todo lo que estaba pasando, ni con ruegos ni amenazas aplacaron a mi operario.

El resultado para mí fue el despido inmediato, me dieron el dinero que me debían y me acompañaron a la puerta de la calle. La fatalidad y la mala suerte me acompañaban en mi vida sin dejarme un solo momento.

Yo creyéndome que tenía toda la razón del mundo y que había actuado con toda la normalidad, no oculté a nadie lo que me había pasado por lo que recibí muchas reprimendas y censuras.

Permanecí en Teruel varios días más buscando un puesto de trabajo me dolía muchísimo dejar la escuela, era mi ilusión de entonces, como no encontré ningún puesto de trabajo, tuve que decidirme a decirle a Don Pascual que tenía que marcharme a casa con mis padres.

Tuve que decir todo lo que me había pasado, y me contestó que si era cierto lo que yo le decía no tenía que estar apesadumbrado, sentía muchísimo el separarnos por ser un alumno ejemplar.

Un día del mes de febrero de 1936 me presenté en casa de mis padres muy preocupado, la situación era un poco violenta, sin puesto de trabajo y sin saber qué hacer. Suerte a mis padres que fueron buenísimos conmigo, me animaron, en vez de dirigirme reproches me decían: “Mira hijo, no estés preocupado, comida como ves en casa es abundante, tu eres muy joven, ya vendrán tiempos mejores, entonces procuraremos buscarte un porvenir para tu tranquilidad”.

Sí me salía algún trabajo en faenas agrícolas, realizaba lo que fuese, lo importante era aportar a casa un granito de ayuda; llegó mediados de junio y me puse de criado en casa del Señor Ramiro hasta que terminase la trilla, el 18 de julio del 36, fecha fatídica para mí. Estaba recogiendo mies que segaba una máquina en una finca de su propiedad en compañía de su hijo Pascual y Antonio Molina, hijo político; cuando vino a traernos la comida de mediodía nos dio la noticia, con una alegría y una exaltación inmensa. Nos dijo que los militares se habían sublevado, que él apoyaba esa sublevación con todas sus fuerzas y que de los cuatro desarraigados de los pueblos y las capitales que gobernaban y estaban en el poder no dejarían uno, era hora de darles un escarmiento.

Jamás creí que esas palabras dichas en un momento de euforia se convirtieran en realidad, y los asesinatos en masa que se cometieron en Gea de Albarracín, si mi intuición no me engaña fue ese su promotor.

Por las noches después de cenar marchaba un ratito a ver a mis padres porque dormía en casa del amo que se decía entonces a los patronos.

En la visita que realicé el día 19 por la noche me encontré en mi casa a mi tío Román, hermano de mi madre, era el alcalde de Cella un pueblo cercano a Gea.

La noticia que nos dio nos dejó aturridos y llenos de estupor, el día 19 por la mañana se personó en Teruel, en la casa particular de un diputado socialista. Lo recibió una hermana del mencionado diputado.

Sin rodeos le dijo a mi tío: “márchate deprisa, a mi hermano lo acaban de fusilar, y si a ti te cogen correrás la misma suerte”.

Ni que decir tiene, mi tío salía de allí a campo abierto, sin pisar carreteras ni caminos, se presentó en mi casa... porque a la suya irían a buscarlo para fusilarlo.

Mi tío después de tranquilizarse al estar bastante tiempo hablando con nosotros, le animamos diciéndole que no había hecho mal a nadie, que era un hombre de bien y sólo se había preocupado de buscar el bienestar de su pueblo. Alegaba que su compañero el diputado era un hombre honrado y ya estaba muerto. El se marcharía a Valencia, tenía noticias aunque muy vagas que la rebelión militar allí no había triunfado.

Le aconsejamos se quedase con nosotros para que pasasen días. Mientras tanto esperábamos noticias en la radio, para enterarnos dónde el gobierno de la República imponía su autoridad. El día 21 de madrugada mi tío desapareció de mi casa, ya no supimos nada de él con certeza, solo nos llegaban noticias carentes de veracidad que cada cual decía lo que le parecía.

En una zona de terreno llamada casa vieja a ocho o diez Km, aguas abajo del río Guadalaviar mi patrón o su yerno Antonio Molina poseía una finca bastante extensa. Nosotros teníamos una parcela de terreno sembrada de trigo unos cuatrocientos metros antes de la finca mencionada. Encontrándose mi padre segando la mies de nuestra finca se le presentaron dos señores de Cella, le dijeron fueron a visitar una finca que tenían por allí cerca por ver si la mies estaba para segar, al verlo se acercaron para saludarlo. Palabras textuales de mi padre en una conversación familiar

Esos señores que menciono nativos de Cella salieron huyendo para que no los fusilaran, se refugiaron en una cueva que supongo existiría en la orilla izquierda del río quinientos metros

aguas abajo de la finca casa vieja, al pasar los días el número de refugiados en la cueva serían de ocho o diez personas. El 18 de agosto del 36 salimos de Gea de madrugada, Antonio Molina, Pascual Civera y yo, destino a casa vieja para subir la mies del valle del río a lo alto dónde se podía cargar en el carro. Cuando llegamos vimos que Antonio llevaba una escopeta, Pascual y yo al verle le dijimos: “¡Anda ya!, si no sabes disparar para qué demonios quieres la escopeta”. “Que se ponga un rojo delante y veréis si sé dispararla, no sabéis que esta zona está llena de rojos”. Nos dedicamos a subir mies a lo alto; me cargaban los mulos y me subía a descargarlos. En uno de los viajes que realicé vi dos camiones cargados de hombres con escopetas, falangistas con sus flechas y varios guardias civiles. Yo ignorante de todo no sabia de qué se trataba, cuando bajé con los mulos les dije, he visto dos camiones con guardias civiles, falangistas y paisanos, todos van armados. Antonio coge su escopeta y se marcha, nos dice que se va a matar rojos, Pascual y yo nos quedamos perplejos haciendo nuestros comentarios. A los cuarenta o cincuenta minutos empezamos a oír disparos y gritos, poniendo un poco de atención podíamos escuchar: “estos hijos de puta rojos tiran con postas, no os acerquéis a la cueva”.

Al atardecer se presentó Antonio nos dijo los tenían cercados en la cueva, un camión se marchó a Gea a por dos barriles de resina, les prenderían fuego y los lanzarían a la boca de la cueva. Comió un poco, nos advirtió no subiésemos más mies a lo alto y se marchó.

Nos quedamos a dormir en la casa de la finca sin preocuparnos de lo que sucedía en la cueva, cuando se hizo de día nos pusimos a trabajar hasta que fue hora de regresar a Gea. Después de cenar fui a visitar a mis padres encontré a mi familia llena de terror y desesperación, a mi padre y mi cuñado Ramón los habían detenido. Cuando regresaban los camiones con todos los que fueron a la cueva, más un prisionero que cogieron de Cella, alias, el Pichón. Al detenerlo lo interrogaron delante de todos, sin titubear ni pensar soltó que mi padre el tío Bruno el caminero les llevaba la comida, esto lo supe al otro día, en mi casa no sabían ni yo tampoco por qué los detuvieron. Como yo sabía que en aquellos camiones iba Antonio Molina le pregunté si sabia por qué los detuvieron, me lo dijo en el acto y con mucha energía. Porque el imbécil de Pichón el de Cella ha dicho que tu padre les llevaba la comida y notas de información. Si hubiese estado yo solo en el acto lo hubiese matado para que no comprometiera a nadie, sabes que os aprecio muchísimo pero delante de todos no he tenido mas remedio que callarme y morderme la lengua.

Regresé a mi casa y lleno de zozobra y temor les dije a mi madre y mis hermanas la causa de la detención. Mi madre me contestó con mucha energía que no era cierto y se puede comprobar que de esta casa no ha salido comida para nadie. Tu padre no ha podido andarse veinte kilómetros diarios para ir y venir y con lo prudente que es él, jamás se hubiese metido en esa responsabilidad. Cuando estuvo aquí el tío Román le aconsejó se marchase a Valencia a campo abierto para evitar compromisos.

Al día siguiente pusieron en libertad a mi cuñado Ramón y la noticia que nos dio nos tranquilizó un poco, un sargento de la guardia civil de Albarracín, dónde estaban presos, al salir mi cuñado le dijo, su suegro dentro de unos días será puesto en libertad. Los días pasaban y nuestra zozobra aumentaba, la cosa no era para menos llegaban noticias de Albarracín, Cella y Gea que fusilaban a mucha gente.

Yo continuaba trabajando en casa de mi patrón, les pedía al Sr. Ramiro y Antonio, su yerno, clemencia para mi padre, contestaban que la falta que le imputan a tu padre es muy grave y no podemos hacer nada. Yo insistía en que mi padre era inocente y jamás llevó comida a ningún rebelde y si mi tío Román estuvo en mi casa la noche del 19 al 20 de julio, era una cosa natural que viniese a despedirse de nosotros, con todos mis razonamientos jamás convencimos a nadie.

Finalizaba agosto cuando fuimos a acarrear nuestra mies para traerla a la era y trillarla. Antonio y yo dábamos fajas o haces de mies a Pascual que los arreglaba en el carro, al levantar

un fajo de mies del tresnal salió un hueco entre los fajos que señalaba que alguien lo había hecho.

Me quedé tenso y me di cuenta en el acto que el hueco que salió en el tresnal nos perjudicaría muchísimo. Si lo hubiésemos sabido en casa lo habría disimulado porque tuve muchas oportunidades, mi tensión duró poquito, zumbó en mis oídos como un cañonazo la voz de Antonio, acusándonos a todos de mi familia de colaborar con los de la cueva. ¿Te convences ahora que tu padre dejaba aquí la comida?. Todos de tu casa lo negáis, rotundamente esto es una prueba de que alguien guardaba aquí algo.

Yo con mis 15 años me defendía con mucha energía, alegaba que cualquiera podía haber hecho el hueco para guardar un botijo y era una prueba muy baja para echar a perder una familia. Quizá lo dijese muy exaltado porque era un poco impulsivo, el resultado fue negativo porque aquella noche después de cenar me mandaron a mi casa, alegaron que las cosas estaban muy mal y no necesitaban de mis servicios.

Mi padre continuaba detenido en Albarracín incomunicado, por lo cual vivíamos llenos de zozobra y desesperación, se nos cerraron todas las puertas de las personas influyentes que quizás hubiesen podido interceder en favor de mi padre.

El día 4 de septiembre del 36 por la mañana mi madre salió a hacer la compra, volvió muy contenta y llena de alegría, a mi padre le habían levantado la incomunicación. Nunca pudimos saber quién le dio la noticia, nos dijo mañana a las diez tengo que estar allí, subiremos Ana María y yo y dirigiéndose a mí, Rogelio y tu subiréis pasado mañana.

Mi madre empezó la preparación de la ropa limpia y comida para subirle, sobre las doce horas me dice, vamos a la huerta y cogerás unas peras para llevárselas a tu padre. Tendría cogidas sobre un par de kilos cuando mi madre me dirigió este comentario: Hijo de mi corazón como eliges las mejores y quizá tu padre no las pruebe. Se echó a llorar muy desconsolada, me tiré precipitadamente del árbol, abracé a mi madre le daba ánimo, todo saldrá bien prueba evidente es que podemos subir a verlo.

Cuando se tranquilizó un poquito le pregunté: ¿Sabes alguna noticia mala y no quieres decirla?. No hijo, no, al ver como escogías las mejores peras para subírselas a tu padre, he tenido un presentimiento que me ha llenado de pesar. Si nos pasara algo a tu padre y a mi procurar comportaros con sensatez, que nadie en el mundo os pueda señalar vuestra falta de honradez y hombres de bien, cuidar de vuestras hermanas permanecer juntitos todos, sois buenísimos, tu con tu impetuosidad procura refrenarte en estos tiempos de amarguras y desolación te puede costar la vida. Madre qué cosas dices, si no sabes nada como antes me has dicho, cómo se te ocurre todo esto. Esta conversación que sostuve con mi madre fue la última de su vida. La llevo grabada en mi cerebro como en una cinta magnetofónica. En mis ratos de soledad la cinta se pone en marcha y con lágrimas de dolor recuerdo a mi madre, al árbol, las peras, la cesta con las peras y cómo subíamos a casa. Yo con mi brazo derecho sobre los hombros de mi madre, en mi mano izquierda la cestita con las peras y dirigiéndole palabras de aliento y consuelo.

A la mañana siguiente mi madre y mi hermana salieron de casa temprano, tenían que andar por un camino de herradura 12 Km. para llegar a Albarracín.

Nos quedamos en casa mi hermana Irene de 11 años y yo, Rogelio se encontraba trabajando en el pinar recogiendo la resina de las pinos, se le mandó un aviso para que viniese a dormir a casa y al día siguiente marcharíamos a visitar a mi padre.

Cuando mi madre y mi hermana estaban cerquita de Albarracín, salió una pareja de la guardia civil a su encuentro, después de identificarlas les dijeron: las estábamos esperando tenemos la orden de acompañarlas a la cárcel. Las metieron dentro y mi padre no estaba en ella, al quedarse solas se dieron cuenta que algo grave ocurría, mi madre con su intuición adivinó el

drama que ya había ocurrido y lo que horas mas tarde iba a suceder. Contaba mi hermana con qué entereza y serenidad afrontó su muerte antes que le comunicaran la ejecución de mi padre. Le daba palabras de aliento y consuelo a mi hermana, le dio detalles de lo que había pasado con mi padre y lo que le iba a suceder a ella, ármate de valor a ti no te pasara nada cuida de tus hermanos y todos juntitos afrontar con serenidad los hechos.

Cuando llevaban dos horas detenidas entró un sargento de la guardia civil sin un poquito de piedad, gritó quién es Felisa Lanzuela Montalar, servidora, esta otra quién es, mi hija. Despídase de ella a su marido lo han fusilado esta mañana y a usted la fusilaran dentro de breves momentos. Mi hermana no lo pudo soportar y detrás de un desmayo le cogía otro.

En esa cárcel existe una vivienda la ocupaba un oficial de prisiones ese señor llevó a mi hermana a su casa, su señora la atendió y reanimó, un sacerdote se quedó con mi madre. Cuando mi hermana se repuso la acompañaron a despedirse de mi madre, la encontró muy tranquila y serena lo suficiente para darle consejos y lo que debía hacer.

Mi hermana Irene y yo pasamos el día tranquilos sin pensar en la tragedia que estaba pasando y en parte ya había pasado, al atardecer me entró nerviosismo y no cesaba de salir a la calle y mirar la carretera por ver si venían. Al anoecer llego Rogelio de trabajar, preguntó dónde están la madre y Ana Maria, al decirle que no habían llegado se marchó en el acto a buscarlas, no salgáis de casa estaros quietecitos enseguida vendremos.

Sobre las diez de la noche llegaron mi hermana y mi hermano, al intentar abrazarnos a Irene y a mí, a mi hermana le dio un desmayo y cayó al suelo. Ya no hizo falta que hablase nadie, un torrente de amargura y locura me invadió que me lancé contra las paredes, me arranqué mechones de pelo, me arañé y me llevé la piel en mis uñas. Mi hermano con mas entereza nos atendió a todos, a mí me zarandé y me metió en la cama advirtiéndome que por más que nos partiésemos a trozos no podríamos solucionar nada, tranquilízate y descansa. Aquella noche maldita lloré y lloré muchas horas, mi corazón se llenó de odio, rencor y desesperación y una amargura inmensa que me ha acompañado toda mi vida.

Haré un retroceso a la cárcel de Albarracín después de despedirse mi hermana de mi madre, el oficial de prisiones le aconsejó se viniese a Gea, le entregó el reloj, el mechero y la petaca. Déselo a sus hermanos, me los dio para ellos junto con el ultimo recuerdo de su vida que lo dedicó a su mujer y todos sus hijos, descansen en paz un hombre que supo morir con dignidad. La esposa de este señor acompañó a mi hermana cierto tiempo, encontraron una patrulla de la guardia civil y les rogó acompañasen un largo trecho más a mi hermana.

A la entrada de Gea también la socorrió una señora que no recuerdo su nombre, bajaba tambaleándose y desmayándose.

Los días fueron pasando yo continuaba con mi locura y mi desesperación, en vez de permanecer cerradito en casa daba vueltas y vueltas por el pueblo, las eras, huertas y caminos todo lo andaba mil veces y si oía alguna alusión a la muerte de mis padres, lleno de locura y furor me lanzaba contra ellos. Cuando el altercado pasaba buscaba refugio en sitios escondidos y solitarios, en mi soledad lloraba y lloraba y poquito a poco recuperaba un poquito de sosiego y tranquilidad. El dramatismo y el terror aumentaban, en Gea un pueblecito como un pañuelo iban fusiladas 16 personas en dos o tres veces, las dos o tres veces mi hermano estuvo detenido con los que se llevaron para fusilarlos minutos mas tarde. Cuando el camión se marchaba con la carga humana a mi hermano lo ponían en libertad.

El 16 de septiembre del 36 me encontraba en la puerta de mi casa, a lo lejos distinguí dos camiones cargados de gente, los reconocí en el acto, entré a casa deprisa no quería que me viesan. A la altura de mi puerta se detuvieron, entró un sargento de la guardia civil y un falangista joven se lanzaron sobre mí y me cogieron uno de cada brazo, mi hermana Ana María gritó, no por el amor de dios ya es bastante. No le dieron tiempo a más en un empujón la

lanzaron a un rincón de la cocina ordenándole no se moviese de allí, yo me resistía para que me soltasen y no puedo recordar con claridad lo que les decía, me parece les gritaba asesinos, criminales no sienten piedad por nadie. Me callaron enseguida me llovían los golpes por todas partes, me arrastraron por el suelo hasta el lateral de un camión, allí intentaron ponerme de pie y me caía. Con mucha furia me cogieron un puñado de camisa y se me salió de la cintura del pantalón, como mis piernas no me sostenían la camisa y el puño del hombre que me sostenía en vilo me quitaban la visión, no pude distinguir quien iba en el camión. En la posición que me encontraba y casi sin conocimiento se empeñaron que gritara arriba España y viva Franco, como la voz no se me oía empezaron a darme golpes con el cañón de la pistola en el pecho.

Cuando les pareció bastante mi hermana oyó como me decían no me mataban porque era un niño y se marcharon.

Recobré el conocimiento en los brazos de mi hermana, mi cuerpo era todo un cardenal, permanecí un par de días dolorido hasta que desapareció la hinchazón de los ojos y la cara.

En los camiones que menciono anteriormente iban 24 personas de Cella, doce mujeres y doce hombres, entre ellas mi tía Emilia esposa de mi tío Román, mi tía Dolores hermana de mi madre y mi tío Julián hermano de mi madre. No les pudieron ver mis ojos no distinguían nada más que un bulto grande sin distinguir a nadie, los fusilaron minutos más tarde. Nos quedamos todos primos hermanos solos y abandonados, faltándonos todo y lo más elemental el cariño y amor de nuestros padres, para mi hermana Irene y para mí encontramos en nuestra hermana Ana María, la mayor de todos nuestra segunda madre, nos cuidó con una abnegación inmensa durante toda su vida. En el caso de mis primos fue diferente, todos eran menores de 15 años vagaban por las calles de Cella en busca de protección, y cariño, familiares con mucho terror los recogieron y les dieron el suficiente alimento para poder sobrevivir.

Más tarde el Ejército de la República con mucho sigilo y astucia una sección burlando las fuerzas fascistas, entró en Cella y se llevó a la zona Republicana 120 personas mujeres y niños, entre ellos iban todos mis primos y mis tías que a sus maridos, unos estaban fusilados los otros pudieron ponerse a salvo pasándose a la zona Republicana.

Cuando escribo estos relatos ha pasado toda una vida. Voy a permitirme alterar el orden del tiempo o los años. En el año 1968, o sea, 32 años después de la ejecución de mis padres, recibí noticias de un señor que vivía en Teruel, que quería hablar conmigo personalmente. Me desplazé a Teruel a visitarlo. Después de saludarnos mutuamente me dijo, por averiguaciones que he realizado sobre ti sé que eres un hombre de mucha comprensión, lo mismo que tu pobrecito padre. He vivido con un gran pesar y una pena que me corroe el alma, tenía que verte para pedirte perdón si es que puedes perdonarme. Guzmán era yo el que les llevaba la comida a los de la cueva, tu padre sabiéndolo no consintió pronunciar mi nombre y acarreo a la muerte a tu pobre madre. Cuando yo me enteré todo había pasado con presentarme no resucitaba a tus padres.

Pase muchísimo miedo, en el momento que detuvieron a tu padre me oculté durante dos meses. Como en todo ese tiempo nadie preguntó por mí ni se acercaron a mi casa deduje que a tu padre no se le escapó mi nombre, por lo tanto hice vida normal y nadie me ha molestado en la vida. ¿Puedes perdonarme después de lo que has escuchado?. Si hombre si, aquí estoy con los brazos abiertos para darte un abrazo, si mi padre se llevó ese secreto a la tumba de mis labios tampoco saldrá tu nombre para que te puedan perjudicar.

Me alegra muchísimo todo que me has contado al saber que mi padre murió con la misma entereza y personalidad que tuvo durante toda su vida.

Después de dar el salto de 32 años volveremos al mes de septiembre de 1936 en Gea de Albarracín, donde permanecía lamiéndome mis heridas lleno de rabia y desesperación, sin salir de casa como una fiera enjaulada buscaba y buscaba el resquicio que me llevara en busca de

libertad y protección. A partir de ese momento jamás he temido a la muerte, no he ido ofrendándola alegremente el instinto de conservación te aconseja la prudencia necesaria.

A los diez días me llamaron al cuartel de la guardia civil, me ordenaron tenía que hacer guardias de vigilancia en la central eléctrica y por las alturas cercanas al pueblo, siempre iba acompañado por falangistas o por guardias civiles.

Para mí la vida era un verdadero infierno; cada día que pasaba me parecía un año. Nada más tenía ilusión de pasarme a la zona republicana; la tenía muy cerquita unos tres kilómetros. ¡Pero qué difícil pasarse!. La primera medida que tomaron fue la amenaza. Nos llamaron al cuartel de la guardia civil a mi hermano y a mí y nos dicen: “Si os pasáis a la zona republicana fusilaremos a vuestras hermanas”. Aquello para mí fue quitarme la única ilusión que tenía. Ya no tenía más que doblegarme a su voluntad, vivía vacío como un autómatas. A mi hermano lo mandaron al frente al parapeto de cerro Murillo. A mí al parapeto o frente de la cuesta de Teruel, con el fin de separarnos y no nos pudiéramos poner de acuerdo para pasarnos a la zona republicana.

Mi misión consistía en presentarme al cuartel de la guardia civil a las siete de la mañana; me daban un sobre cerrado y una bicicleta y marchaba a la posición antes indicada; así todos los días. Por las noches dormía en mi casa.

Al nombrar mi casa, me viene a la memoria que en mi casa por las noches ponían a cuatro o cinco paisanos de allí del pueblo, de guardia, y cada noche eran unos; en mi casa éramos pobres y dinero no teníamos. Pero comida había abundante, conejos más de cien, treinta o cuarenta gallinas, quince o veinte patos mudos, dos cerdos grandes y una cabra. En un par de meses no quedaron ni conejos, ni gallinas, ni patos, todos nos los quitaron.

Salvamos unos jamones que llevamos a Cella a casa de un familiar.

Volvamos a la posición del frente; ya era invierno, salía del cuartel muy temprano, porque un cañón que tenía el ejército de la República, hacia unos días que disparaba contra el pueblo.

Llegué a la posición sobre las siete de la mañana, un día nublado, y cuando se hizo de día el cañoncito que nombré anteriormente, se volvía loco disparando sin cesar a la posición que estaba mi hermano. Sobre las diez de la mañana cesó el cañón de disparar, y al momento se hizo el silencio de las armas y las bombas de mano, se oyó un grito de ¡Viva la República! que se extendió por todo el valle del Río Guadalaviar.

En la posición donde yo estaba no se oía un tiro nunca, y aquella mañana tampoco, ni jamás vimos a un enemigo; por tanto, si éramos unos veinte, los veinte nos concentrábamos en pensar lo que ocurría en Cerro Murillo; yo naturalmente pensaba en mi situación, si mi hermano estaba muerto o prisionero. ¿Cómo lo tomarían los que con sus amenazas nos tenían en aquella situación?. Por todo no sabía si pasarme con los rojos, como los fascistas los llamaban o quedarme donde estaba.

Todos estos pensamientos duraron poquito tiempo. Teníamos a los Rojos a cien metros; les vi que se dirigían hacia donde estábamos por la derecha y de frente. A ninguno se nos ocurrió otear el paisaje. Sin disparar un solo tiro, ni la guardia civil ni los falangistas, salimos corriendo todos.

Yo, con mi bicicleta al hombro, y como me ganaban a correr, se volvían a mirarme y me amenazaban porque me quedaba detrás, decían que lo hacía adrede. Se me ocurrió tirar la "bici" al suelo y así correría más. Pero cuando se dieron cuenta que no la llevaba, me querían matar y me hicieron volver a por ella. La "bici" la llevaba al hombro porque corríamos a campo abierto, sin camino, y la tierra estaba mojada y se bloqueaban las ruedas con los frenos como consecuencia del barro.

Llegamos a la carretera de Gea, y el Jefe del grupo me dio esta orden verbal: “Marcha con la bicicleta al campo de aviación de Caudé y le dices al Jefe de la Fuerza que hay allí, que ante la superioridad numérica de la fuerza atacante, se abandona la posición de la cuesta de Teruel. Y se establece en las cunetas de la carretera en punto kilométrico tal. Aquí te esperamos”.

Salí con mi bicicleta carretera abajo, y llegué al campo de aviación creyéndome que hacía un buen servicio, y que yo era algo.

Me presenté al centinela, y le dije que deseaba hablar con el jefe de allí; llamó al cabo de guardia y le dije que era verbal lo que le tenía que decir al jefe.

Al momento volvió y me acompañó a una oficina, y allí estaba el Ogro.

Le solté sin respirar todo lo que el jefe de la posición me dijo,

“¿Entonces con los muertos y los heridos que han hecho Ustedes?”.

“¿Los han abandonado?”. Contesté: “no señor. No ha habido ninguno”.

Madre la que se lió. Aquel señor sin pensar que yo era paisano y, además, con dieciséis años. Se levantó de detrás de la mesa, loco, se abalanzó sobre mí, me zarandé y echando saliva por la boca me escupió más que dijo.

“Marcha inmediatamente y le dices al Jefe de la fuerza, que la posición tiene que ser reconquistada por vosotros o de lo contrario seréis fusilados por abandonar la posición sin combate”.

Como verán, por el relato de los hechos, yo en ese momento que abandoné el campo de Aviación de Caudé, no veía ni la carretera. Cuando me alejé lo suficiente para que no me viesen me tumbé en la cuneta, por ver si podía llorar, pero no podía, era tanta la desesperación, al verme tan impotente, que no sabía que determinación tomar. Los Rojos los tenía a unos tres kilómetros a mi izquierda, y nadie me podía impedir que me fuese con ellos, que era la ilusión de mi vida. Pero recobré la lucidez, y pensé. Si me marchó con los Rojos, a mis hermanas las fusilarán, ya que mi hermano, no sabía su paradero.

Cogí mi bicicleta, y me fui a buscar la fuerza al punto kilométrico tal. Con gran asombro mío no encontré a nadie. Otra vez a cavilar, ¡qué determinación tomar!. Me marché al pueblo, a Gea. Bajaba por aquellas cuestas a toda pastilla, habría recorrido unos dos kilómetros. Me echaron el alto o disparo, yo grité no disparen que no puedo parar de repente. Porque intente frenar y me patinaba la bicicleta en la gravilla de la carretera. Segundos después paré, me dijeron dónde iba, dije que al pueblo. Al pueblo ya no puedes ir porque lo han tomado los Rojos, me contestaron. Hasta ese momento no sabía quienes eran, porque los gorros los llevaban al revés, o sea, la borlita metida dentro; eran guardias civiles que también abandonaron la posición de la central eléctrica.

Me cogieron y me llevaron a Cella, allí nos metieron en las escuelas nacionales, y esperamos toda la tarde, hasta las diez de la noche aproximadamente, que vino una bandera del Tercio. Ya todo era ajeteo, acudían paisanos con mulos, en ellos cargaban unas cajas de madera, más tarde supe que eran municiones. Al poco tiempo salimos andando en dirección de Gea. Se iniciaba la reconquista del pueblo.

Al hacerse de día se entabló el combate. Los Rojos disparaban desde las eras y los pajares del pueblo, hacia una montaña que estaba la bandera, yo estaba detrás de esa montaña resguardado de los tiros. Pero se oían muy bien, yo estaba lleno de terror, vi los primeros heridos en un combate, las órdenes que daban los oficiales, y los legionarios con aquellas voces cavernosas que me tenían sobrecogido.

Cuando llegamos a esa vaguada éramos diez o doce paisanos con mulos cargados de municiones, y yo ensimismado en observar todo, no me daba cuenta de nada, hasta que un oficial me llamó y preguntó dónde estaban los que llevaban los mulos, yo le contesté que no lo sabía.

“Te vas a convertir en mi sombra, no te separes de mí”, me dijo. Por la cúspide de la montaña pasaban oleadas de legionarios a intervalos, y veía cómo las balas levantaban esquivras y polvo, las demás, silbaban a tres o cuatro metros por encima de nuestras cabezas.

Ya quedábamos muy pocos en la vaguada, los sanitarios y los heridos; y lógicamente me tocó el turno a mí. El oficial miró el cargamento de los mulos y señaló dos. “Coge estos dos y sígueme, yo pasaré la cúspide primero, y te silbaré cuando tengas que pasar”, pasó el hombre primero y todo fue bien, el combate está centrado en la era y pajar del tío Piñones, donde los Rojos tenían y lo aprovechaban al máximo un fusil ametrallador. Me dio la orden de salida e inicié la marcha hacia la cúspide; llevaba los mulos atados uno detrás del otro, y el primero cogido por mí del ramal; los mulos estaban asustados de los tiros y gritos; llegué a la cúspide de la montaña y silbaron algunas balas; el mulo que llevaba del ronzal levantó la cabeza y no quería andar, yo arrastrándome por el suelo insistía tirándole del ramal, hasta que una vez el mulo levantó la cabeza bruscamente y lo tuve que soltar. Los tiros arreciaban, a pesar de que disparaban desde lejos, cogieron la puntería. Entonces como los mulos no los podía controlar, el oficial de la Legión me llamó, para que me escondiese detrás de un arbusto, muy cerca de él. “Has estado a punto de que te dieran un tiro. ¿No has visto que al mulo que tu llevabas le han dado un tiro en la cabeza?”.

El combate decrecía, ya que el fusil ametrallador de los Rojos lo destruyeron los del tercio, y a partir de entonces ya eran tiros sueltos, sin control.

Entonces bajamos al llano, rectos hacia la era del tío Piñones, pero antes de llegar nos encontramos con varios muertos y heridos de la Legión.

Me ordenó recogiese los fusiles y los dejase en un montón, en sitio visible para que los recogiesen después. Al ir a recogerlos, me cogió un pánico cervical. ¡Fui a coger un fusil de uno que estaba herido!. Me habló en una voz de moribundo, que no entendía, salí corriendo en busca del oficial, que estaba en todas partes, era muy activo.

Le conté que había heridos y necesitaban ayuda. Mandó sanitarios a que los curasen, porque los camilleros estaban detrás mismo de la primera avanzadilla, dejando a los heridos al resguardo de los tiros, volví a recoger los fusiles, los dejé todos en un montón, en un sitio visible, como él me ordenó. Regresé a buscar al oficial, guardándome de las balas por las paredes de los pajares hasta llegar al barranco donde vivía el tío José Navarro. Cruzamos la carretera por debajo del puente al cuartel de la guardia civil; allí vi el primer muerto de los Rojos. Enseguida vino el oficial y nos fuimos por detrás de las casas a la posada del pueblo porque se veía mucho ajetreo. Allí contemplé la escena más horripilante que imaginarse uno pueda, la relato tal como la vi:

Con las fuerzas de la República entró a Gea un escuadrón de caballería (El Budione), nombre que supe un mes más tarde. Como la infantería Roja protegía a las afueras del pueblo, los de caballería se instalaron en la posada, con buenas cuadras y buenas camas la cosa fue fácil, bebieron más de la cuenta y se acostaron a dormir, la buena cena y el exceso de alcohol se quedaron como troncos. Ni oyeron el combate, ni a sus compañeros cuando huían que los llamaban.

Cogieron a doce, y vestían cazadora y pantalón de cuero, con botas altas, los sacaron a la calle; entre dos o tres legionarios sujetaron a uno, le quitaron la ropa, y una vez en paños menores lo emprendieron con la bayoneta hasta hacerlo casi trozos. Después entre los legionarios movieron unas riñas para repartirse la ropa. Que si no hubiese sido por los oficiales, hubiesen terminado como los doce prisioneros. Una vez terminada esta atrocidad bajamos calle abajo hasta la calle principal, el combate no era intenso por parte de los Rojos, la fusilería desde las

huertas y desde el terrero royo no cesaban de disparar. No tenías más que guardarte de la calle en dirección sur. Conforme avanzábamos en dirección Este, o sea, cara el cuartel de la Guardia civil, registraban casa por casa. En una de ellas en las cuadras había mulos y al pasar un legionario un mulo le coceó, lo emprendió a bayonetazos, y al ver aquello, me hice hacia atrás, pensando que aquel salvaje se emprendería hasta con su madre si se le hubiese puesto delante. Iban locos más que borrachos, porque durante la marcha por la noche les dieron coñac todo el que quisieron beber.

Yo me acerqué al oficial que procuraba no separarme de él porque al oficial lo respetaban y con él me sentía seguro. Además, el oficial se hacía acompañar por cuatro o cinco legionarios que no lo dejaban ni un paso en toda la mañana, y ya me conocían a mí.

Al llegar a un caserón grande el oficial ordenó que lo registrasen como hacían con todos. Rompieron la cerradura de la puerta con cuatro o cinco tiros y un poco de palanca con la bayoneta y se abrió. Entraron dentro y registraron toda la planta baja y no había nadie, ordenó ascender a los pisos de arriba y confiados porque en ninguna casa encontramos a ningún enemigo, lo único a los dueños en algunas que encontrábamos a cuatro o cinco vecinos juntos. En la casa que señalo al parecer estaba vacía. Iniciaron el ascenso escaleras arriba tres legionarios, el oficial y un servidor, la escalera hacia una escuadra, se subían cinco escalones, un replano, y torcía a la derecha a desembocar en una puerta.

Cuando yo estaba en el replano torciendo a la derecha, vi una sombra en la puerta, un bote que brincaba escalones abajo. Como un rayo brinqué hacia abajo y cuando torcía a mi izquierda vino la explosión. Todo fue como un relámpago, un amasijo de hombres, sangre, humo y escombros. No puedo recordar con exactitud si fui yo el que gritó a mí la legión o fueron los heridos.

Lo que yo al principio creí era un bote, era una bomba de mano, y la sombra, un brazo de un hombre que la dejó caer escaleras abajo. En bastante menos tiempo que escribo este relato, aquello se llenó de legionarios, unos subieron al piso otros se llevaron los heridos, y un sargento se me llevó al cuartel de la guardia civil, donde estaba el puesto de mando de la Bandera.

Allí me hicieron preguntas, cómo ocurrieron los hechos. Cómo me verían, que me preguntaron si me encontraba mal y efectivamente estaba a punto de caerme al suelo, no podía más, en 24 horas había vivido las experiencias más amargas de mi vida.

No había probado ninguna clase de alimento, ni dormido. Me acompañó un brigada a la cocina, que estaba en los claustros junto a dónde están las escuelas de los niños. Me dieron chorizo y pan, y como no lo podía comer, me dieron un tazón de café con leche condensada, aquello me reanimó, y sin pensarlo mucho me dediqué a buscar a mi familia; fui a mi casa con muchos problemas porque estaba completamente batida por el enemigo, me encontraba acurrucado en la cuneta, porque no dejaban de dispararme, y me gritó un legionario que me volviese arrastrándome por la cuneta.

Cuando llegué donde estaba él, me preguntó a dónde iba, se lo dije y me contestó que de día no podía ir.

Me interné por las calles del pueblo, y si veía alguno de confianza le preguntaba por mi familia, y nadie me daba razón. Pasó la tarde y al anochecer me dirigí a mi casa, me encontré con una patrulla de la Legión, les dije donde iba y me dejaron pasar, dándome unas advertencias, que no encendiera fuego y me resguardara de la trayectoria de las balas.

Cuando llegué a mi casa, la puerta estaba forzada, llamé y no me contestó nadie, entré y encontré todo revuelto, de lo que quedaba que tuviese algún valor todo había desaparecido. Mantas, sábanas, colchas, relojes, máquina de coser y menaje de cocina.

Entré a las cuadras y me encontré con mi cabra y tres cabritos, la cabra se estaba muriendo por falta de alimento. Le hice un herbajo de agua templada con harina sin cerner y bebió. Al rato le di otra vez y se salvó.

Volví al pueblo a buscar a mis hermanos lleno de angustia y desesperación, si no los encontraba me tenía que pasar con los Rojos, porque a mí me fusilarían, al marcharse mis hermanos con ellos. Yo ya sabía que mi hermano estaba vivo, salió del parapeto de Cerro Murillo para Gea y lo habían visto. Entonces yo deducía que el Ejército de la República se los había llevado. Me fui a casa de un amigo a preguntar y tampoco sabía nada. Me hizo acostarme a dormir y él los buscaría. Al otro día me despertó a las nueve, ya sabía noticias de mis hermanos, mi hermano estaba escondido por la misma causa que yo, y mis hermanas estaban en casa de unos vecinos.

Me reuní con mi hermano, y juntos fuimos donde estaban mis hermanas. Sobre las doce del mediodía nos presentamos mi hermano y yo al cuartel de la guardia civil. Nos preguntaron dónde habíamos estado durante los tres días. Lo explicamos y nos dejaron marchar a casa con la condición de presentarnos por las tardes en el cuartel de la Guardia Civil. Todos estos hechos ocurrían en el mes de febrero de 1937. Durante la permanencia de las fuerzas de la República en Gea, mi hermano se entrevistó con un oficial del puesto de mando de la Columna del Rosal y acordaron, quedarse mis hermanos en Gea, hasta que supiesen de mi paradero, para que no ejercieran represalias contra mí por haberse marchado con ellos, con los Rojos. Pasaron unos días, y como en casa no teníamos comida, mi hermano pidió permiso para marchar uno a Cella a por un jamón que teníamos en casa de unos familiares. Me dieron un pase a mi nombre, y mi hermano, se quedó de rehén en el cuartel hasta que yo volviese. Antes de narrar los hechos haré un resumen de mi persona.

Era un chico bullanguero siempre estaba liado con chicas, siempre estaba con ellas de bromas, pellizcos y quitándoles pañuelos, sortijas, pulseras, collares, etc. En mi casa tenía una caja de cartón grande, llena de todas esas cosas, al cabo del tiempo les devolvía las cosas y así pasábamos el tiempo. Pero jamás se enfadaban conmigo. Tenía un carácter y una forma de ser abierto, jovial y alegre con todo el mundo. Esa forma de ser era la mía antes del 18 de julio del treinta y seis. Mi hermano era mayor que yo cinco años y festejaba con una chica de dieciocho. La cuadrilla de chicas de la novia de mi hermano, me enseñaron a bailar y me querían mucho, y los domingos en el baile siempre se metían conmigo, yo era un chico, y ellas mujeres de dieciocho a veinticuatro años, y a veces abusaban de mí, haciéndome diabluras; entonces mi hermano me decía, “eres tonto, tu mételes mano y tócales todo lo que haya que tocar, yo entonces salí un alumno la mar de despabilado. Como vi que con las mayores se sacaba más que de las jovencitas, reñí con la novia y me dediqué a buscar lo fácil, un mes con una y dos meses con otra.

En mi casa por esos motivos, tuve muchos problemas, mis padres me reprendían severamente; en cambio mi hermano me animaba, nada más me decía tuviese vista y no me metiese hasta donde no pudiese retroceder. Cosa que seguí al pie de la letra.

Hago este relato porque los hechos que explico a continuación requieren este detalle.

Volveremos al viaje que tenía que realizar a Cella a por el jamón. Por la mañana me levanté sobre las nueve, y mientras le ponía la albarda a una burrita que teníamos, me decía mi hermano: “me voy a por mi novia y se irá contigo a arreglarse el pelo, ella traerá el pase, yo me quedaré en el cuartel”.

Al rato salimos en dirección a Cella, ella se quedó en la peluquería, y yo fui a recoger el jamón. Sobre las tres de la tarde, salimos de Cella en dirección a Gea, a la salida del pueblo montamos en la burra, ella detrás y yo delante. Al momento se echó una niebla intensísima, y hacía bastante frío, y con una manta nos tapamos los dos, se cogió a mí y cada vez se apretaba

más, yo no tuve la bastante fuerza de voluntad para cortar de raíz; si hubiese tenido conocimiento y un poco de habilidad me hubiese bajado de la burra y todo solucionado. Pero no lo hice. Continuamos encima de la burra sobándonos los dos al que más podía, hasta que no pudimos más y nos bajamos de la burra.

Al poner los pies en el suelo y darme el frío en la cara, recobré la serenidad, me di cuenta que estaba en un terreno desconocido y sin camino, con una niebla que a cinco metros de distancia no se distinguían ni las carrascas del monte.

Le dije a Pepita nos hemos perdido, “no sé dónde estamos”; ella no lo creía, pensaba que lo decía por decir algo. Pero al verme tan serio y sin saber que dirección tomar, ya reaccionó: se echó todas las culpas, llorando me decía tenemos que llegar al pueblo como sea, si no a Rogelio lo fusilarán.

Eso que ella me decía yo lo tenía presente desde que me di cuenta que estábamos desorientados. Empezamos a correr pero sin saber si lo hacíamos al Norte, Sur, Este u Oeste; las horas pasaban y nosotros sin parar de correr caíamos al suelo sin alientos, y el uno al otro nos dábamos ánimos. La burra que la llevaba yo del ronzal, me seguía como un cordero, brincaba ribazos, subía por pedregales, como si el animal supiese que estábamos en un apuro hasta que llegó el momento que no quiso andar más. Entonces la ató en una mata de carrasca, y Pepita y yo a correr otra vez. Se nos hizo de noche y la niebla se aclaró un poco, distinguí un barranquito y lo seguimos, pero de aquella manera, extenuados, sin aliento, pero teníamos que llegar al pueblo para salvar a mi hermano, y llegamos, llegamos o llegué a las nueve de la noche. Pepita cuando llegamos a un sitio que ya conocimos, se quedó allí descansando y que fueran a por ella, la pobrecita sangraba por los pies, las piernas las llevaba llenas de rasguños, y las medias a trozos se quedaron por el monte; lo que aquella mujer lloró, nadie lo sabe más que yo, se caía a cada momento, que la dejase me decía y que continuara yo solo, y así aquella noche se helaría y no le haría falta nada. En las cuatro horas que estuvimos perdidos, la cantidad de kilómetros que corrimos es imposible de calcular, pero debieron ser muchísimos, era una llanura grandísima, toda igual algún campo de labor, y lo demás monte con encinas. Gracias a mi tesón y serenidad salvé una situación que hubiese terminado en tragedia.

Cuando llegué al pueblo fui a casa de Pepita para que su padre con un mulo fuese a recogerla. De allí me fui al cuartel a presentarme. Sufrí el interrogatorio más largo de mi vida; nadie se creía que me hubiese perdido, y la niebla no se lo creían porque en el pueblo hubo muy poca.

Llamaron a un leñador que fue a Cella a vender dos cargas de leña y regresó precisamente a la misma hora que nosotros. El leñador afirmó, que efectivamente había mucha niebla. Se empeñaron en que había estado con los Rojos a darles información.

Por fin se convencieron, y quedamos que a la mañana siguiente saldríamos a buscar a la burra, acompañados por la Guardia civil. Se convencieron porque mandaron llamar a Pepita y un pastor del pueblo, a Pepita le hicieron miles de preguntas, pero sin estar yo delante. Al pastor le preguntaron si un hombre conociendo el terreno superficialmente, se podía perder con niebla intensa. Contestó que si, que a él con el ganado le pasa a alguna vez, si no estaba en un terreno muy conocido. Al día siguiente fuimos a buscar la burra, la encontramos enseguida; cuando nos faltaron mil o mil quinientos metros, rebuznó y lo hizo muchas veces, así no tuvimos ningún problema para encontrarla.

A los pocos días mi hermana y mi hermano me dijeron me marchase a Cella a casa de una tía nuestra, que también le habían fusilado el marido. Yo puse mis condiciones a mi hermano. Él era de la quinta del treinta y seis y se rumoreaba se lo iban a llevar pronto.

Le dije: “tu que te quedas aquí, sondea cómo están los ánimos, ¿en el caso que nos pasáramos a la zona Republicana que les pasaría a nuestras hermanas?. Y si te incorporas al Ejército, al otro día me pasaré con los Rojos.”

Me prometió que antes de incorporarse nos pondríamos en contacto. Al otro día fuimos al cuartel, explicamos que quería ir a Cella a casa de un familiar, me dieron el pase y me marché. Nunca supe por qué me mandaron a Cella; se lo pregunté, y siempre contestaron que era por mi bien y por mi seguridad personal, que al no verme en el pueblo era mucho mejor. No recuerdo con exactitud el tiempo o los días que estuve en Cella, fue poco tiempo desde luego.

Mi hermano cumplió todo lo que hablamos. Se presentó en Cella y me dijo, tengo todo previsto para marcharnos mañana, y con garantías de que no tomarían represalias con nuestras hermanas. Yo con todas las amarguras y desesperación que vivía me alegré muchísimo. Por fin llegaba el día de verme libre, sin opresiones, ser un ser humano como los demás sin estar señalado, para la próxima vez que el camión viniese a cargar, carga humana para fusilarlos en cualquier parte. Dejar de sentirme, valga la comparación como un cerdo, que lo engordan para matarlo. En mi caso, dejaban pasar el tiempo para no fusilar un niño.

El que no haya vivido esos trances, quizás no comprenda con la amargura y desesperación que se vive. No puedes defenderte, te ves impotente y esperas y esperas, hasta la desesperación.

En Gea, después de la reconquista del pueblo por la Legión, vinieron cincuenta o sesenta guardia civiles, los que se pasaron de Valencia a Teruel por la Puebla de Valverde. Al mando de ellos vino un teniente. Yo, personalmente no hablé nunca con él, pero por referencias y por los hechos después, demostró ser buena persona. Al día siguiente de venir mi hermano a por mí a Cella, era el 23 de marzo de 1937, salimos de casa sobre las ocho de la mañana con nuestra burra a hacer una carga de leña al monte, siempre con permiso de la Guardia civil, y a un monte señalado que lo dominaban desde la posición de Cerro Murillo. Por el camino nos encontramos con tres amigos míos, que también iban a por leña, pero ya estaban de acuerdo con mi hermano, la sorpresa no cesó ahí, aún me quedaba otra, cuando llegamos al monte, se pusieron a hacer leña para que la Guardia civil desde Cerro Murillo se percatase que estábamos allí. Y como a mí me hervía la sangre, dije “ya está bien, lo que se tiene que hacer cuanto antes mejor”. Entonces mi hermano me dijo: “esperamos a Pepita que ya viene por allá”. Mi sorpresa fue mayúscula, yo a mi hermano, de las causas que originaron que nos perdiéramos con la niebla no le dije nada; diré que mi hermano y yo nos llevábamos muy bien, jamás tuvimos un altercado, hasta ese momento.

“¿Tu estás bien de la cabeza, nos pasamos a la zona Republicana para ir al frente que nos ordenen, la guerra será larga y podemos morir en ella, vas a dejarla viuda y con algún hijo. Quién recogerá esa mujer y tu hijo si lo tienes?”. Tuvimos una discusión agria, porque no lo convencía de ninguna manera, me dijo que la quería mucho y no podía vivir sin ella. Yo como jamás me he mordido la lengua para decir las verdades, le solté: “pues ella sin ti sí, ya se buscará su madre de Dios, no te preocupes”.

Entonces mi hermano, al decirle yo eso, cambio de color, quedó pensativo un momento, y dijo, marchémonos. Quedamos solos un momento los otros echaron a andar y cuando se alejaron un poco, me cogió del pecho y me dijo: ¿Dime lo que hubo entre Pepita y tú el día del viaje a Cella? - pero muy serio- porque a mi no me la pasas tu.

Ese camino lo conoces como la palma de tu mano. ¿Cómo te perdiste?. Le dije la verdad, que no había pasado nada absolutamente. Lo único mal que hicimos fue taparnos con la manta cabeza y todo y no me di cuenta cuando la burra dejó el camino y se desvió hacia la derecha.

Miró hacia la carretera de Gea a Albarracín por donde venía Pepita, yo también la vi, estaba a seiscientos o setecientos metros y nos fuimos, mi hermano fue la última vez que la vio. Nos fuimos a reunirnos con los otros compañeros, y organizar nuestra salvación; mientras

fuésemos por el monte todo iría bien, pero cuando saliéramos al campo de labores que teníamos que atravesar preciso, la cosa cambiaría. Como así sucedió. Nuestros temores se centraban en el llano que teníamos que atravesar, como reaccionaría el ejército de la República, ya que nos encontraríamos entre las dos líneas. Los hechos se desarrollaron de esta forma.

En el momento que salimos del bosque y pisamos el llano, la guardia civil que ocupaba el Cerro Murillo nos vio enseguida. Nosotros salíamos de espaldas de la posición mencionada.

Antes de llegar a su altura o paralelo, nos conocieron, nos gritaron que fuésemos donde ellos estaban, que no pasaría nada. Como es natural nosotros corríamos todo lo que podíamos, hacia el ejército de la República.

Como no hacíamos caso, empezaron a tirarnos tiros de fusil, el tiro era largo pero tiraban bien. Vimos con terror, que dos guardias salían del parapeto a cortarnos el camino. Tomé una decisión rápida y tajante. Les dije a mis compañeros y mi hermano, que se alejaran de mí hacia la derecha y corrieran a distancia uno de otro de cincuenta a cien metros. Yo correría más cerca de la Guardia civil que me cogieran a mí pero no a todos.

Me gritaban sin cesar que parase de correr que me cogerían de todas formas, yo les contestaba que me tendrían que coger muerto.

Las balas me silbaban peligrosamente, a pesar de que buscaba con rapidez sitios que me protegieran. Al fin sucedió lo que yo deseaba con todas las fuerzas de mi corazón. Que los Rojos se dieran cuenta y me protegieran con sus armas.

La pareja que salió de Cerro Murillo a cortarnos el camino la tenía peligrosamente cerca, me hubiesen cogido. Oí una ametralladora disparar, y me quedé pegado al suelo, sin aliento, haciéndome la última cuenta de mi vida. Pero por lo menos mi muerte serviría para que el resto de mis compañeros se salvaran.

La máquina seguía disparando, pero no a mí, sino a la pareja aquella que me quería cortar el camino. Ni que decir tiene que al darme cuenta sentí una satisfacción intensa que brinqué como un corzo.

Después ya todo fue fácil, nos protegió esa bendita máquina y otra más y mucha fusilería. Cuando llegamos a terreno de nadie nos protegía un pinar, íbamos todos juntos. Nos llegó un ruido de una caballería que andaba, y conversación de hombres. Nos quedamos sorprendidos pues no sabíamos si eran Rojos o legionarios que a veces hacían descubiertas.

Nos organizamos de la siguiente forma, yo los seguiría a distancia y cuando viniese un terreno que me favoreciese y protegiera de la descarga que me soltaran, les preguntaría quien eran si no lograba adivinar si eran de un bando o de otro; mi hermano me seguía a distancia.

Yo los observaba y los oía, y la dirección que llevaban me hizo pensar que eran republicanos. Cuando el terreno me favoreció, me escondí por si me soltaban alguna descarga.

Les grité ¡compañeros no disparen! ; se volvieron como relámpagos pero apuntando con los fusiles, me dijeron saliera del escondite con los brazos en alto, les contesté era paisano y no llevaba armas y quién eran ellos. Dijeron sanitarios del ejército de la República, 61 brigada: "Salga que le veamos".

Salí con los brazos en alto diciéndoles, soy un evadido de los fascistas, y detrás de mí vienen cuatro más. Me hicieron preguntas de dónde era y cómo me llamaba. Al decir el apellido resultó, que era algo pariente de mi padre el sargento sanitario.

Nos llevaron a dónde iban ellos al puesto de mando del Batallón. Nos hicieron preguntas, y desde allí, con un camión nos llevaron a Cuenca al Cuartel General de la 61 Brigada, allí lo mismo más preguntas y dónde queríamos ir. Yo contesté que al frente, después de ver una

hermana casada en Valencia, y a una unidad que tuviese muchos amigos que conocíamos de Cella, Gea y pueblos cercanos, pero que no sabíamos por donde paraban.

En Cuenca permanecemos seis o siete días, nos trataban muy bien, nos informaron donde estaban nuestros compañeros y amigos y la unidad que era,

De allí salimos con un coche y nos llevaron a Valencia al Cuartel de Ingenieros Nº 7. Allí nos metieron en una compañía sin decirnos ni una palabra de nada. Pasaron dos o tres días, y como mis compañeros todos menos mi hermano éramos menores de edad, de 15,16,17 y 18 años, se rumoreaba que íbamos a salir al frente, pero creíamos que al de Teruel. Nos dijeron que no, que saldríamos al frente de Córdoba a Pozo Blanco.

Pedí hablar con el capitán, y me autorizaron. Fuimos mi hermano y yo, le explicamos lo que queríamos, a mi hermano le dieron un papel donde se tenía que presentar, a nosotros por ser menores de edad nos mandaron a casa de nuestros familiares; el quinteto se disolvió, cada uno tiramos por un lado, mi hermano y yo a casa de mi hermana, y los demás a casa de familiares.

Vino mi primera sorpresa. Llegó el día que mi hermano se tenía que marchar, y mis hermanos no me dejan marchar. Yo me volvía loco, me pasé para ir al frente, no para estar en Valencia como un parásito. Me fui de Valencia a Ademuz, allí estuve unos días, con familia de Cella que también se pasaron a la zona republicana, de allí me fui a Salvacañete a buscar la unidad de mi hermano, desde allí fuimos a Bezas, Saldón Valdecuenca y por Libros. El 19 de julio del 37 en Saldón muere mi hermano en un bombardeo en la carretera de Saldón a Valdecuenca, se metió en una alcantarilla de la carretera y la aviación o el aviador lo vieron, volaban por encima de la copa de los pinos, dejaron caer una bomba en la boca y fue suficiente.

Fue un golpe para mí terrible. Nunca había perdido la entereza y la serenidad, entonces perdí todo. Me quedé idiota, hay un vacío en mi vida de un par de meses que no sé ni por dónde estuve ni qué hice. Sé que me mandaron a Valencia, recibí una carta de mi cuñado en la que decía que me pusiese en camino, mi hermana estaba grave.

Me presenté en Valencia y a mi hermana no le pasaba nada, fue una estratagema para que volviese a Valencia.

Creo que fue por el mes de septiembre del treinta y siete, conocí una chica, salía con ella, dos meses o tres, tenía un hermano en Manises en el campo de aviación, y alguna vez fuimos a visitarle.

En esos contactos hablé con él, mi ilusión era ser aviador y se lo dije, él me dijo que era muy fácil, que hacían falta muchos. Nada más tenía que hacer una solicitud y una partida de nacimiento, el consentimiento paterno y un reconocimiento médico, y aprobar unos cursillos aquí en Valencia. El resto tenía que hacerlo en Rusia. Se tenían que tener 18 años cumplidos, yo tenía 17 pero no se lo dije a nadie, empecé por agenciarme la partida de nacimiento, fui el juzgado de Valencia, allí les expliqué que mi pueblo estaba en zona fascista, y yo necesitaba ese documento. Me dijeron necesitaría dos testigos de mi pueblo solventes y mayores de edad. Los busqué y fuimos al Juzgado, me dieron un documento que acreditaba mi edad, o sea, un año más, en vez de nacer el 24 de octubre de 1920, nací el 24 de octubre del diecinueve, por lo tanto tenía dieciocho años.

Me presenté en la escuela de aviación, pasé el reconocimiento médico y fue satisfactorio, yo creía lo tenía todo solucionado, asistía a clase, dos o tres horas por la mañana y otras tantas por la tarde. Pero al poco tiempo, me llamó un capitán a su oficina, me dijo que no podía seguir allí, necesitaba el consentimiento de mis tutores, y mi situación no estaba clara.

Yo les di un domicilio de una señora viuda de Gea, creyendo que no se preocuparían de esos detalles. Pero no fue así. Pidieron información mía y fueron a preguntar unos guardias a su

casa, les contó detalle por detalle, y el resultado fue, que me quedé en Valencia y expulsado de la academia por menor de edad.

Pasé unos días anonadado, me rehice, y pensé que con ese documento que tenía de mi edad, me podía servir para algo, pensé en solicitar para tanquista, me informé y necesitaba carnet de conducir; no quería sufrir el fracaso anterior, así que se lo dije a mi hermana y mi cuñado, que quería sacarme el carnet de conducir y marcharme voluntario al ejército. No les vino bien, por el sentido de que como mi hermano había muerto, alegaban que por lo menos quedase yo con vida para recoger a mis hermanas solteras que quedaron en zona nacional, debo aclarar que cuando nos pasamos, enseguida recogieron a mis hermanas la Guardia Civil; las trataron bien; se las llevaron al cuartel, para evitar las represalias de cuatro asesinos, que no sentían piedad contra el infortunio de la vida. Las llevaron a Teruel a casa de una hermana que teníamos allí casada. Lo supimos a los siete días de pasarnos.

Volveremos al carnet de conducir; me presenté en la calle de Conlón en Valencia a la Escuela de Chóferes de Senent. Me tomaron los datos necesarios y con un coche me llevaron a Patraix, donde se hacían las prácticas de coche.

Me subieron en uno con un alumno y un profesor, me dijo que me fijase bien como hacía las cosas, que enseguida me tocaría a mí. Yo tenía alguna noción de lo que era un coche, cuando tenía trece o catorce años con un camión de obras públicas hice los primeros ensayos, lo llegué a conducir yo solo doce o catorce kilómetros de una vez.

Me tocó el turno y me senté al volante, me enseñó parado donde estaban las marchas, y me ordenó arrancar. Lo hice bastante bien, y cuando llevaba cinco o seis horas conduciendo en tres días me examinaron, pero antes de examinarme me dijeron si quería quedarme en la autoescuela de profesor, que tenía un gran porvenir, que iban a militarizar la escuela y me quedaría allí para siempre. Pero tenía que traer a mi cuñado para que diese la conformidad.

Me quedé de profesor y estaba muy a gusto, a pesar de que estaba ocho o diez horas sentado en el coche, no descansaba ni un segundo, a todos los que venían a hacer las prácticas, les tenía que dar las lecciones. Yo tenía y tengo un carácter abierto, y mucha comprensión para enseñar, así que todos los alumnos pasaban por mi coche. Los primeros días fueron bien, luego vinieron problemas. Los otros profesores, que eran dos hermanos, tenían un carácter áspero, no servían para enseñar. Como ya empezaban a venir carabineros, guardias de asalto y soldados de artillería, ocurrió lo que tenía que ocurrir. Me quejé a mis dos compañeros, de repartirnos los alumnos, y así se hizo, y surgió el chispazo a los tres días. Un sargento de carabineros le tocó a uno de los hermanos, y como se creían que todo el mundo nace enseñado daban unos gritos de una forma que demostraban su poca educación. Ese señor armó la marimorena, y con ocho o diez alumnos más, se fueron a hablar con el jefe.

Resultado, se presentó don José y me cargué con todos los alumnos otra vez. A partir de entonces la pareja de hermanos empezó una campaña sorda en contra mía. Llegó el 22 de diciembre de 1937 fecha de la toma de Teruel por el ejército republicano. Pedí permiso para ir a recoger a mi familia a Teruel, me dieron cinco días.

Llegué a Torrebaja, y tuve suerte, un camionero de la provincia de Teruel me indicó donde estaba mi familia, estaba en Ademuz. Vivían en la entrada de Teruel por la carretera de Villastar, y los sacaron los primeros. A las once de la noche del día 23 de diciembre me reuní con mi familia.

Cuando amaneció al otro día, había un espesor de nieve de cincuenta centímetros. Como es natural las carreteras se cerraron al tráfico. Casi todos los días me presentaba al Estado Mayor en Torrebaja, y siempre me decían lo mismo, no se preocupe ya le avisaremos cuando se pueda circular. Llegó el día, por fin, que nos autorizaron a salir, pero a la Puebla de Valverde, allí había un comité de evacuación por donde tenían que pasar todos de Teruel. Llegamos a la Puebla de

Valverde de once a doce de la mañana. Cuando circulábamos por el alto de Sierra Camarena, vimos tres aviones, pero no nos atacaron, aceleramos la marcha, por ver si llegábamos al refugio que estaba junto a la estación del ferrocarril. Llegamos muy cerca pero no nos dejaron bajar del camión, un centinela nos cerró el paso, y gritó márchense al pueblo, allí existen buenos refugios esto es un polvorín.

Nos dejaron entrar al pueblo con los camiones cargados de evacuados y parar. Cogí a mi familia y la metí en un caserón en el hueco de la escalera, y ya no dio tiempo a más, caían bombas por todas partes. Con dos colchones de los evacuados taponábamos la puerta un guardia de asalto y yo, la puerta las primeras bombas la arrancaron de cuajo, fuimos por los suelos dos o tres veces, pero con tenacidad volvíamos a ponerlos otra vez. Duró ese bombardeo una eternidad, una de las veces que fuimos por los aires junto con los colchones el guardia de asalto no se levantaba, estaba herido en la cabeza y sangraba mucho, le ayudé y me iba con él al hospital, pero al pisar la calle, contemplé con indignación lo que estaba ocurriendo. La aviación estaba matando a todos los evacuados de Teruel, de los tres camiones que llegamos, se salvaron unos pocos del mío, los demás flotaban por el barro, muertos y heridos. Al ver aquella masacre, no miramos que las bombas seguían cayendo. El guardia herido me dijo: “déjame solo, yo iré al hospital como sea”. Yo cogí una niña de ocho o diez añitos, le faltaba el brazo izquierdo, pero aún vivía, en la calle se oían gemidos, gritos de socorro de personas que estaban atrapados entre los escombros. Al llegar cerca del hospital salió un sanitario a mi encuentro y me cogió a la niña, me preguntó si había muchos heridos, le contesté que a montones.

Me volví a la casa donde estaba mi familia y me di cuenta que estaban destruidas las casas de la derecha, de la izquierda y las de enfrente. Entré dentro y estaba todo el mundo horrorizado, cogí mi familia y cuando pasó la oleada de aviones, salimos corriendo al campo a doscientos metros del pueblo en dirección Este, situé a mi familia en un barranquito en un círculo de cincuenta o sesenta metros; cada uno en un arbusto con la condición de no moverse bajo ningún concepto. Esa precaución nos salvó la vida, seguramente algún aviador nos vio correr y se tiraron tres cazas como fieras a reconocer el barranco y ametrallarlo, pero no estábamos donde ellos ametrallaron.

La carnicería continuaba, desde donde estábamos podía ver como evolucionaba la aviación, conté 24 bombarderos, no descargaban todas las bombas a la vez, sino en dos o tres veces, como el pueblo lo rebasaban enseguida volvían, y otra vez a asesinar a gente inocente, que desde el comienzo de la guerra estuvo con ellos, en zona fascista.

Cuando se fue la aviación, subí al pueblo, me presenté al comité de evacuación, y les dije si me podía llevar a mi familia, me dijeron que sí, que saliéramos pronto de allí. Por si volvía la aviación otra vez, les dejé la dirección de nuestra hermana de Valencia, y a su vez me dieron la dirección para llamar por teléfono, si tenía problemas. Los tuve enseguida, al llegar a la estación de Mora una pareja de guardias de asalto nos echó el alto, a mi cuñado el de Teruel se lo llevaban para el Castillo de Mora, la que se armó allí fue de meollo. Me presenté les di mi documentación, pero ni caso, entonces yo fuera de mis casillas les dije, miren como voy de sangre y barro, ¿saben de qué es? De recoger heridos y muertos en la Puebla de Valverde, mientras ustedes se están tocando los cojones en la retaguardia, tendrán que pasar por encima de mi cadáver antes de detener a mi cuñado.

Como se armó un revuelo bastante grande, se enteró el teniente de los guardias de asalto, el hombre con educación preguntó qué pasaba. Se lo expliqué y que llamara por teléfono al presidente del comité de evacuación, en la Puebla de Valverde. Ya se les había dicho a los guardias pero no me quisieron escuchar, el teniente me rogó fuera a su despacho y llamaría por teléfono a la Puebla.

Enseguida se solucionó el asunto. Recibió el teniente un telegrama por teléfono, que fue un salvoconducto para mi cuñado y familia hasta que les mandaron la ficha. Nos disculpamos

mutuamente la policía y yo, ellos por no atender razones, y yo con lo caliente que bajaba por excederme en mis palabras.

Emprendimos viaje hacia Valencia, llegamos sin el menor incidente. Al otro día me presenté al trabajo, con cuatro días de retraso, después de los cinco días que me concedieron.

En los nueve días de mi ausencia los hermanos que antes mencioné que eran compañeros míos de trabajo, y que tenían malas pulgas para enseñar a conducir, demostraron que tenían mala leche para todos los actos de su vida.

Le dijeron toda la clase de barbaridades al que hacía de jefe nuestro, de mí. El hombre me conocía unos tres meses que estuve allí solamente. Me dijo que no podía darme trabajo, como tardaba tanto, pusieron otro en mi puesto. Le justifiqué por qué llegaba tarde, el señor se quedó sin saber que solución tomar, porque ya habían solicitado una plaza para mí al ministerio del ejército.

“De todas formas pásese por aquí dentro de tres o cuatro días”, dijo. Así lo hice, me presenté, y aquel señor no sabía cómo pedirme disculpas, me dijo, he pedido informes de usted y he podido aclarar las cosas, y ya sé el porqué de las cosas. Ahora mismo escribo una carta anulando su disponibilidad, cantaré la gallina y diré toda la verdad, y caiga quien caiga.

Yo me quedé pensando un poco, sin saber qué determinación tomar, y como no he tenido miel amarga para nadie, le dije, mire usted, deje las cosas conforme están, yo soy soltero y no me importa ir adonde me destinen, ellos son casados, y es diferente.

No esperé muchos días, me vino el destino al ejército de Extremadura, una unidad del cuerpo. Salí una mañana de enero de 1938 de la calle de Colón un poquito más abajo de la gestoría. En un autobús militar, que dio la casualidad, de pertenecer a la unidad donde yo fui destinado, me enteré meses más tarde, o poco tiempo después.

Llegué a Almadén y me presenté en el Estado Mayor del ejército de Extremadura, que era donde me tenía que presentar. De allí me subieron en un coche y fui a parar a un pueblecito que le dicen Chillón. Me presenté a un teniente que era el que organizaba aquello según me enteré después.

Era una unidad que se estaba formando y de allí salían los conductores destinados a otras unidades, según las bajas o puestos nuevos a crear. Cuando yo llegué eran seis o siete conductores los que allí había, y dos coches viejísimos, una ambulancia Reo y un turismo, muy viejo también. Llegué a las diez de la noche, y al otro día sobre las nueve me llamó el teniente y me dijo, “vente conmigo que voy a examinarte”. Bajamos a una pradera muy lisa con la ambulancia, allí me dijo cógela y haz este movimiento, este y este, señalándome el terreno.

Lo hice cómo me ordenó, y por lo visto fueron de su agrado, porque desde ese momento me dijo queda usted al cargo de la ambulancia, que procurase tenerla siempre lista.

Pasaron los días, y no salía a ningún servicio, y yo siempre estaba sin moverme de allí, de noche y de día. Yo veía que todos mis compañeros después de cenar, y a todas las horas, estaban fuera del caserón que era nuestro cuartel. Durante ese tiempo llamaron cuatro o cinco veces por la noche al conductor del coche, que también lo tenía asignado, como yo la ambulancia.

Como no estaba nunca en el cuartel, porque después de cenar no quedaba allí nadie más que el cabo furriel que dormía en la oficina del teniente por el teléfono, y yo, que tenía miedo de irme por si llamaban la ambulancia.

Cuando llamaban para salir de servicio con el coche, como allí no había otro, pues salía yo. Pasaría casi un mes, vino más personal ya seríamos treinta o cuarenta, jamás nombraban servicio, y alguna vez a la semana pasaban lista.

Pensé para mí que estaba haciendo el idiota, todo el mundo sale y yo estoy prisionero sin salir ni a dar un paseo, cuando salía a llevar la ropa a lavar les decía donde iba y volvía en minutos.

Se complicaron las cosas enseguida, buscaron al conductor del turismo y no estaba nunca, como era natural, salí una noche, dos noches hasta cinco seguidas. Durante esos servicios, llevaba a un capitán, un comandante y un teniente coronel. Pero al capitán más veces.

Y llegó una noche que me hice el ánimo. Con un compañero que tenía una patrona con tres hijas, nos fuimos a pasar la velada. Como me lo figuraba, salió. Pidieron la ambulancia y no me encontraron. La ambulancia no tenía llaves de contacto. Se tenían que unir los hilos, cuando yo la cogí ya estaba así, encontraron a otros conductores pero les costó mucho rato encontrar la forma de hacerla funcionar; el teléfono no paraba de meter prisa. Resultado, llamaron al teniente y lo solucionó.

Cuando yo llegué al cuartel sobre las doce de la noche aquello temblaba de gritos. Me cogió el teniente por su cuenta y me echó el broncazo más grande que he recibido en mi vida, y no quedó ahí la cosa, dio parte por escrito por abandono de servicio, me encerró en una habitación sin colchoneta para dormir y al otro día puso un centinela en la puerta con orden de que no hablara con nadie.

Al primer día y el segundo pasé la cosa tranquilo, pero al tercero ya se me apoderó el miedo, creía me iban a fusilar sin juicio de ninguna clase. Llegó el cuarto día y sobre las once oí voces y reconocí la voz del capitán que llevé durante tres o cuatro noches de servicio con el coche que no tenía asignado yo.

Al momento se abrió la puerta, vi un comandante que llevé de servicio una noche, al capitán y al teniente, me llevaron a la oficina, y empezó el interrogatorio. Bueno el interrogatorio vino después, primero me dijeron que la falta que había cometido era gravísima, y que con toda buena voluntad no podían hacer nada por mí, el abandono de servicio, no se podía pasar por alto.

Yo estaba cohibido, el teniente una vez que quise hablar me lo prohibió terminante. Por fin me decidí, y pregunté si me dejaban hablar, el teniente me lo prohibió de inmediato, pero el comandante y el capitán le rogaron me dejase hablar, y me animaron, me dijeron cuéntanos muchacho cuéntanos, los motivos que tuviste para abandonar el servicio, yo les explique punto por punto lo que relaté anteriormente. Acto seguido cambiaron las cosas,

Llamaron al furriel, le mandaron trajese el libro de servicio, y no vieron en él nada más que organización de la comida, acto seguido me mandaron a la compañía, me dijeron márchese tranquilo, que ya ha pasado todo. A partir de entonces nombraban servicio todos los días, y las cosas funcionaban mejor, lo que no funcionaba eran las relaciones con el teniente, yo estaba preocupado. Un día me presenté al capitán pidiéndole por favor me trasladase a otra unidad.

Me lo negó rotundamente, me dijo que no me preocupase por nada, que cumpliera como cumplía que nadie se metería conmigo. Como era la primera vez que estuve arrestado, vivía deprimido, creyéndome todo me lo tenían en cuenta.

Me hice el ánimo y un día que hice un servicio me presenté en una base de tanques. Me presenté al jefe de la base, le conté todo lo que me había pasado, y que mi ilusión era ser tanquista. Me dijo que echase una solicitud que precisamente tenía solicitado personal. Le contesté que si hacía yo la solicitud por conducto reglamentario no me la cursarían porque mi capitán no lo permitía.

Me hicieron allí la solicitud y a los diez o doce días, me llamó el capitán, de muy mal humor me enseñó un pliego de papel. Era mi traslado a la base de tanques; me gritó, no creas que te has salido con la tuya, falta mi última baza, me cogió de un brazo y me sacó en volandas a la calle, me subió en su coche fuimos al cuartel general en Almadén. Pidió audiencia para hablar

con un general, al rato se la concedieron, yo me quedé fuera, al poco tiempo me hicieron pasar para decirme, que no accedían a mi traslado, porque mis servicios eran necesarios en la unidad donde estaba.

Una noche de verano, realizaba un servicio por el río Guadiana, los camiones y el material pasábamos en barcazas, y siempre lo hacíamos de noche, de día era imposible, la aviación fascista buscaba las barcazas con saña y ferocidad. Eran las primeras horas de la noche, cuando crucé la barca y empecé a subir la cuesta y salir del valle del río para ir a buscar el frente, veía a soldados correr en dirección opuesta. Paré el camión, y preguntamos qué ocurría, nos contestaron que los fascistas atacaban y habían roto el frente. Continuamos hacia delante con mucha precaución hasta que llegamos al puesto de mando de una brigada o de un batallón. Nos recibió un comandante, a mí me acompañaba un sargento responsable del cargamento, eran bombas de mano. El combate se oía lejos, disparaban ráfagas y bombas de mano, no tenía mucha intensidad.

Descargamos el camión y quedé disponible para regresar a mi base. Al despedirme del comandante y del sargento, me dijeron, marcha tranquilo muchacho, con lo que nos has traído los fascistas por aquí no pasarán. Regresando veía soldados desbandados con el fusil al hombro que abandonaban el frente. Cuando llegué a la barcaza, quedé horrorizado, era la torre de Babel, nadie se entendía, el material y personal se acumulaba por momentos, todo el mundo quería ser el primero en utilizar la barcaza, yo pensaba en lo peor. Por fin apareció un capitán con la cabeza vendada y el vendaje lleno de sangre. Pidió ayuda para colaborar con él, me presenté y le dije lo que yo había visto y de donde venía.

“Muchos de los que has visto correr hacia atrás son de mi batallón, al darme el casco de metralla en la cabeza me han sacado hacia atrás al puesto de socorro o botiquín nuestro, y desde allí el comandante me ha ordenado recoja a todos que han huido”. La cosa dentro de la gravedad cambió de aspecto..

Él conocía muchos soldados, les gritó les zarandeó, pero por fin logró formar grupos y a cada grupo le ordenó lo que tenían que hacer. Yo hacía de guardaespaldas del capitán con mi pistola en la mano y montada.

Por fin se restableció el orden un poquito, la barcaza con dificultades hacía algún viaje, por fin me tocó el turno de pasar al otro lado con el camión. Subí al alto del valle del Guadiana por la parte opuesta del frente, me hicieron alto. Bajé del camión y me acompañaron a un oficial de Estado mayor, tenía que darme órdenes. Me ordenó apartar el camión y esperarse. Al momento me llamó y me preguntó qué pasaba en el río, se lo expliqué, y me dijo que pusiese en marcha el camión, que diese la vuelta y bajase a un señor al río, que él se haría cargo de organizar aquello. Bajé y la cosa seguía igual o peor que lo dejé, buscó un puesto de transmisiones, habló largo rato, y me ordenó subiese otra vez y me presentara al Teniente Coronel.

Allí la cosa funcionaba ya, vi grupos de soldados armados con oficiales a su mando y otros grupos de soldados desarmados que eran vigilados por otros armados, averigüé que unos eran soldados que llegaron allí con las armas los controlaban y los devolvían al frente. A los que llegaron sin ellas los arrestaban.

No crea el que pueda leer estas memorias que soy un derrotista. El ejército de la República luchó con altísima moral. Yo, y miles y miles más, luchábamos con todas las fuerzas de nuestro corazón, jamás decaíamos ante los fracasos, por la democracia por la libertad, y si en esa lucha morías, de antemano la aceptabas. Era el sacrificio que requería la libertad.

Al momento se presentó mi capitán con quince camiones, nos formaron en convoy y fuimos a por un batallón de refuerzo; regresamos enseguida estaba muy cerca, lo dejamos muy cerca de la línea de fuego y regresamos, cargamos material en el río y lo subimos para arriba, allí nos dividieron según la carga que llevábamos, a mi grupo nos ordenaron regresar a toda máquina

al río. Así estuve toda la madrugada, subí y bajé muchas veces, en un viaje mi capitán me dio un vaso de café con leche, me sentó a gloria. Se acercó a mí el teniente coronel de Estado Mayor y me dijo si no me encontraba bien. Le contestó mi capitán que llevaba muchas horas de servicio y no había cenado aún. Recobré fuerzas y para abajo otra vez, ya empezaba a amanecer, y quedaba mucho material que pasar al otro lado del río. Cargábamos los camiones a tope, empezamos a animarnos los unos a los otros y funcionó bastante bien. Se hizo de día del todo, y los fascistas empezaron a atacar, para nosotros se ponía la cosa más difícil.

Empecé a ver algún soldado que se tiraba al río, lo cruzaban a nado lejos del control de la barcaza. Quedaba poco material, se consiguió pasar todo al otro lado, me cargaron un cañón y muchas cajas de municiones, otro cañón lo llevaba a remolque, al mando de aquellas piezas iba un teniente y sus correspondientes servidores. Mientras cargaban el camión el comandante que organizaba todo aquello me ordenó no bajase más al río, tenía noticias, se acercaban los fascistas. Al arrancar el camión para meterlo en la barcaza me di cuenta que llevaba demasiada carga, no hice rucho caso, y creí que en primera subiría bien, porque lo que descargáramos se tenía que quedar allí, era el último camión que subía. Los primeros cien metros subía bastante bien a cinco ó seis kilómetros por hora. Pero, ¡horror!, percibí olor a goma quemada, paré y vi que las ruedas traseras rozaban en la caja del camión, se bajaron todos los soldados, el teniente y sus hombres rodearon el camión para que no subiese nadie, todo el mundo quería subir a él.

Iniciamos la marcha, y los fascistas nos mandaron los primeros disparos de un fusil ametrallador. Llegamos a un recodo de la carretera y paré el camión, de momento allí las balas no nos llegaban, pero salir de aquel recodo con el camión era imposible, el fusil ametrallador tenía cogida la carretera y la batía bien... “¿Mi teniente con el cañón que llevamos a remolque no puede hacer callar ese fusil?” le pregunté..., “yo soy responsable de las piezas y los hombres, y sin ninguna orden tengo miedo tomar esa determinación”, “y yo soy responsable del camión y con un poco de mala suerte volará el camión con las dos piezas, y nos quedaremos los dos igual”.

Por fin se montó el cañón; el teniente y sus hombres trabajaron como diablos, el cañoncito se portó de maravilla, el fusil que nos tenía fritos, se calló. Después supe que los fascistas nos atacaban con fuerzas importantes.

Enganchamos el cañón y empecé a subir la pendiente, los artilleros subían andando, por si el fusil de marras nos emprendía otra vez, no fue así, llegamos sin novedad. Me preguntaron que nos había pasado, y lo dije, y cuando llegó el teniente nos felicitaron a los dos. Me dejaron el camión libre, y regresé a la base a descansar.

Presté mis servicios en el VI, VII, VIII Cuerpos de E.Cubrian desde el Puente del Arzobispo en el río Tajo. Por Orgaz, Sonseca, Belbis de la Jara, Estrellita de la Jara. Todo el cauce del río Guadiana, por Herrera del Duque y muchas pueblos que todas eran del Duque. Castillo Blanco, Casas de don Pedro, Villa Nueva de la Serena, Don Benito Castuela, Cabeza del Buey, Hinojosa del Duque, Pozo Blanco y cientos de pueblos que no los cito porque llenaría una cuartilla.

Sufrí ametrallamientos de la aviación fascista, bombardeos, crucé carreteras batidas por la artillería entre humo y metralla, con el camión dando blincos en los socavones de los proyectiles que explotaban segundos antes de llegar. Con el camión lleno de tierra y piedras, los cristales hechos añicos de las explosiones. Jamás desfallecía en situaciones tan críticas

Se me secaba la boca y garganta, me quedaba tenso agarrotado en la dirección del camión, con el animo hecho de salir de aquel infierno que solo me hubiese detenido la muerte.

Cuando me ametrallaba el camión la aviación, la reacción tenía que ser rapidísima, sacar el camión de la carretera disimularlo en algún sitio si podías y alejarte de él un centenar de metros. Me echaba en el suelo mirando hacia el avión, no movía ni un músculo de mi cuerpo y,

siempre procuraba estar disimulado por un arbusto, por un desnivel del terreno o algo que pudiese despistar al aviador.

Trabajé y luché con mucha tenacidad, jamás protesté ningún servicio en toda mi vida he sido muy activo, por mi forma de ser no me dejaban descansar lo suficiente, muy mal dormido tenía muchos problemas. Para comer, muchas veces tenían que amenazarme, el tiempo que me daban para comer lo empleaba para dormir, permanecía en el camión seis o siete días para despertarme me quitaban el gorro y zas un jarro de agua por la cabeza.

Siempre tuve suerte si suerte se puede llamar el salir ileso de todos esos berenjenales. Llegó julio del 38 el día exacto no lo recuerdo, mi suerte me volvió la espalda. Fui con el camión cargado de cebada y pienso, para un batallón de mulos que estaba en la Puebla de Alcocer, mientras descargaban me alejé un poco observando el pueblo. Tocarón alarma, venía la aviación, no dio tiempo a nada, asomaron por la cúspide de la montaña y empezaron a soltar bombas, estaba cerca de una plaza corrí y me arrojé al suelo junto a un banco de obra, las bombas caían a montones por todos los sitios las explosiones me zarandeaban por el aire de un sitio para otro. A pesar de llevar el palito en la boca empecé a sangrar por la nariz me veía sangre por todas partes, probé moverme y perdí el conocimiento. Recuerdo como en sueños muy lejanos buscaba las calles y ya no existían, pedía ayuda y no me socorría nadie ni tampoco vi a un ser viviente, solo veía humo polvo y escombros, arrastrándome por encima de los montones de escombros pude salir de aquel infierno, no sé cómo lo hice ni el tiempo que tardé. Recobré el conocimiento a los cuatro días en un hospital, estaba hinchado como un boto y no podía moverme, en el pecho tenía una cosa que me oprimía y a duras penas podía respirar, cuando intentaba hablar o moverme perdía el conocimiento, la cabeza me dolía muchísimo y repetía muchas veces me curasen. Han pasado muchísimos años y sigo soñando con las mismas pesadillas de entonces, me veo lleno de vendajes en una camilla, de hospital en hospital, y nadie quiere curarme.

El mes de agosto del 38 lo pasé en el hospital, mejoré muy lentamente perdí el apetito la comida no la podía pasar, algo de mermeladas y algún sorbito de leche es lo que me mantenía.

Los últimos días de agosto me mandaron a mi unidad a duras penas podía andar un poco, los cuidados que recibía no eran los mismos del hospital por lo que me puse enfermo, se dio cuenta el cocinero al traerme la comida a la cama me encontró inconsciente con 40 grados de temperatura.

Informó al capitán, vino a visitarme, gritó como él sabía hacerlo por el descuido tan grande que tuvieron conmigo, me visitó un médico y la fiebre me la controlaron, el capitán no se fiaba de nadie todos días me visitaba.

Cuando estuve mejor, me habló como si fuese mi padre, procura por todos los medios comer carne, leche, huevos y mermeladas, el cocinero tiene la orden que no te falte de nada. La guerra para ti se terminó ya has sufrido y padecido bastante.

Mi gratitud eterna para mi capitán, si me hizo trabajar duro también supo recompensarme.

Un día viene muy contento y me dice lleno de júbilo: “ya lo tengo todo arreglado, vas destinado a un control militar a Fernán Caballero, de momento no tienes que hacer ningún servicio, tienes que procurar por todos medios ponerte bueno, después ya veremos”. Con toda la documentación en regla y con órdenes concretas nos presentamos un atardecer en Fernán Caballero, mi compañero se preocupó de solucionar todo, o sea, nuestro alojamiento. Nos alojaron en dos casas juntas, él en una yo en otra, los días pasaban y yo no mejoraba, no tenía tuerzas ni para caminar. Mi capitán ignoró siempre, y la gente que me rodeaba también, la bestialidad que hice. Como me veía impotente para todo y no encontraba ninguna mejoría, sin pensarlo dos veces me encaminé al bar de la Paca, le dije que me llenase de coñac un vaso

grande, la pobre señora se quedó sorprendida, me dijo: “si es para bebérselo no lo haga, le puede hacer daño, le veo a usted muy desmejorado”. No se preocupe estoy acostumbrado.

Era mentira, jamás me bebí dos copas en un día. Me sirvió el vaso, y en un sorbo me bebí medio, como me supo a demonios y me ahogaba, cuando pude hablar le dije, “póngame otro de mistela mezclada que está muy fuerte”. Me volví a beber todo el vaso, fui por mis propios medios a casa de la patrona. Ya no supe nada de la vida hasta el quinto día. Movilizaron médicos, ambulancia y demás. Como me vieron gravísimo, no se me llevaron al hospital, me dejaron al cuidado del médico titular del pueblo y la familia donde estaba.

Mi agradecimiento eterno para don Alfonso y todas las familias que contribuyeron a mi curación total. No sé explicar con la gratitud que se merecen como me cuidaron. Cuando recobré el conocimiento, siempre veía a alguien cuidándome y haciéndome zumos de uva y de tomate, tomaba en grandes cantidades, según me dijeron, a lo primero no me daba cuenta, después ya lo veía yo. Me puse bastante bien y cuando pude salir a la calle lo primero que hice fue darle las gracias a don Alfonso. Era un matrimonio viejecito pero muy simpático. Hablamos mucho rato, después de expresarle mi más sincero agradecimiento, el hombre me dice: “Como me he portado con usted me porto con todo el mundo, soy un médico rural y nada más me han preocupado mis enfermos sin airar su ideología; en cambio vivo un poco preocupado porque mucha gente dice que soy fascista”. “Caramba don Alfonso, a estas alturas cree usted se van a meter con usted sin motivos de ninguna clase. Puede vivir tranquilo mientras yo esté en este pueblo, jamás se meterán con usted si no es con una razón poderosa y clara”. El matrimonio no sabía como agradecerme lo que les dije.

La señora dijo que como eran viejecitos y estaban solos en casa por las noches tenían miedo. “No se preocupen si les sirve de tranquilidad, las noches que tenga libres de servicio me vendré a dormir con ustedes”. No hizo falta, con mis palabras de ánimo y mis visitas vivieron tranquilos.

Los días iban pasando y me recuperaba bastante, encontré una familia que fue buenísima conmigo, como si fuese de la familia me daban consejos y me cuidaban como si fuesen mis padres. Yo, con ese pueblo que conmigo se portó maravillosamente, procuré portarme lo mejor que pude y supe. Un día se presentó, pidiéndonos ayuda, un cabo de intendencia que estaba al frente de un almacén de la estación de ferrocarril. Los fascistas le habían asaltado el almacén, nos dijo: “Como por las sierras cercanas existían fascistas emboscados, que con armamento abandonaban el frente y se refugiaban allí”. No lo creímos de inmediato. Salimos un compañero y yo junto con él. Él iba descompuesto, no coordinaba ni aclaraba nuestras preguntas. Por fin cuando nos encontrábamos a seiscientos metros alejados del pueblo, a lo lejos vimos venir un carro de labranza con personal sentados dentro del carro, pero sin distinguir quienes eran.

Mi indignación fue inmensa cuando reconocí a los ocupantes del carro, y ver disparar con la pistola al cabo de intendencia hacia los del carro, y gritar, esos son los fascistas. De un manotazo le arrebaté la pistola, le apunté a él, y dije como hayas matado a alguien te meteré en el cuerpo todas las balas que te queden en la pistola.

En el carro iban tres señoras y dos ancianos, conocíamos a los cinco. Cuando las mujeres oyeron silbar las balas empezaron a chillar y dar gritos. Las mulas eran muy potentes y los viejecitos no las pudieron controlar y se desbocaron. Mi compañero era labrador, se dio cuenta de la situación, se subió al carro, lo frenó y controló las mulas. Cogí al cabo del brazo y nos dirigimos donde estaba parado el carro; los dos ancianitos lloraban y las mujeres, gritaban y lloraban todo a la vez.

Por fortuna los dos disparos que hizo al carro no alcanzaron a nadie; cuando se serenaron, nos contaron lo que sucedió. Estaban en una finca cogiendo aceitunas, los hombres vareaban las oliveras y las mujeres cogían las aceitunas. Los hombres alternaban entre golpear la olivera y

podar viña. Sobre las tres de la tarde, se presentó el cabo de intendencia y les dijo que los garbones de sarmientos se los llevaba para la cocina, y acto seguido dos soldados cogieron tres o cuatro garbones y se los llevaron.

Los ancianos se dirigieron al cabo, y le dijeron que no tenían más leña para calentarse y guisar que esa, por favor que el día que quisiese viniesen a por el carro y las mulas y fueran al monte a recoger. A ellos les denunciaban si iban allí, en cambio a los soldados no les decían nada. Era cierto yo pedí un permiso, y podar encinas y aclarar nos dejaban.

Por lo visto se cruzaron palabras, y los viejos con las batojas de las aceitunas le dieron unos golpes, él se asustó mucho, y salió corriendo a buscarnos a nosotros. Yo, como no pasó nada, que todo quedó en susto, no di cuenta a mis superiores, creyendo que todo quedaba zanjado.

No fue así; el cabo de intendencia dio conocimiento de mí, a su manera, a los pocos días estando de servicio yo en el control, un compañero mío me trae un recado del teniente de intendencia que todos lo conocíamos, era un fatuo, que fuese al bar, que quería hablar conmigo.

Le contesté que viniese él a hablar conmigo, yo estaba de servicio. Al poco tiempo se presentó con unos modales fuera de lo corriente. Sacó la pistola, me dirigía todos los insultos habidos y por haber, restregándome la pistola por el pecho y la cara.

En décimas de segundo pensé, este hombre me amenaza con la pistola sin montar porque la ha sacado de la funda y me ha apuntado. Con celeridad desenfundé la mía, la monté, y le dije: “deje su pistola en la mesa, que yo la llevo montada y usted no”. El hombre cambió de color y dejó la pistola en la mesa y se quedó paralizado. Al verlo así me dio lástima, lo tranquilicé, recogí las pistolas y las guardé en el cajón de la mesa. “Ahora con tranquilidad hablemos, dígame qué motivos tiene usted para insultarme y amenazarme con la pistola”. “Le he llamado para que viniese a hablar conmigo al bar y no me ha obedecido, soy un superior y encima me ha desarmado”. “Si señor tiene usted razón, pero jugándome la vida, además, no tiene usted ningún motivo para tratar así a un soldado que está de servicio, y usted lo incita a que lo abandone, para ir a un bar público a dialogar con usted”.

Después de dialogar los dos bastante rato, me engaño como a un tonto. Quedamos en que ninguno daríamos conocimiento a nuestros superiores, que quedaba como un incidente sin importancia entre los dos. Le di su pistola y se marchó.

A los cinco días estaba detenido yo en Capitanía General de Ciudad Real, incomunicado. Después de muchos ruegos conseguí que el oficial de guardia llamara por teléfono a mi capitán y le dijese que yo estaba arrestado allí.

Se solucionó enseguida, me detuvieron por una denuncia que me pusieron el teniente y el cabo de intendencia por ayudar y colaborar con los fascistas. Sin mencionar los detalles que relato anteriormente, Estuve detenido cinco o seis horas. Cuando se aclararon las cosas, me mandaron a mis destinos. Durante mi permanencia en Extremadura realizaba un servicio de Herrera del Duque a Castuera; regresábamos veinticinco camiones de vacío; yo iba en cabeza, al romper el día distinguí a lo lejos dos siluetas que me hacían alto. Reduje la velocidad para que me alcanzase el segundo camión, desenfundé la pistola, y la monté, y la dejé en el asiento, y enseguida paré a la altura de donde me echaron el alto. Era un teniente coronel, me pedía por favor si lo podía llevar a Herrera del Duque, su coche se había averiado. Aparté el camión para que pasaran mis compañeros, bajé del camión, saludé y le dije, en cuanto venga mi teniente le pediré permiso y lo llevaré. Al momento llegó el teniente, se pusieron de acuerdo y regresé a Herrera del Duque.

En el camino le pregunté de dónde era pues en el hablar parecía mejicano, así fue, tenía treinta años, con la carrera de Ingeniero Agrónomo; por amor a la libertad abandonó el bienestar que tenía en su país y se vino a España.

Nos hicimos muy amigos, me dio una tarjeta y me dijo que siempre que lo necesitase no dudase en avisarle. Se quedó en Herrera del Duque yo regresé a mi base.

Al poco tiempo tuve un problema con el suministro, hicimos un servicio dos camiones al mando de un sargento por Castilblanco. Al sargento le gustaba mucho cazar y conocía gente por aquel terreno, en un sitio determinado, se bajó del camión con su cartera y su escopeta y nos dijo que ya acudiría por Castilblanco, se hacía tarde, y no venía con la documentación para suministrarnos en Intendencia, y comer. Yo entonces me acordé del teniente coronel mejicano, en unas oficinas militares leí brigada tal, puesto de Mando. Me dirigí allí y pregunté por él. Enseguida me recibió con mucha alegría, después de hablar un ratito le dije que teníamos problemas para sacar el suministro, se nos olvidó el coger la documentación necesaria. Llamó al ordenanza y nos acompañó a la cocina, nos dieron de comer estupendamente. Fui a despedirme de él me pidió mi dirección y nos visitamos mutuamente varias veces. Relato estos hechos porque pudo cambiar el rumbo de mi vida.

En el mes de enero del treinta y nueve recibí una carta de él, me comunicaba tenía noticias importantes que decirme, vendría él personalmente a decírmelas. La noticia era un pasaporte para mí a Méjico. Me quedé sorprendido, sin saber que determinación tomar. Como me vio tan aturdido, me dijo que lo estudiase y pensase, dentro de tres días nos veríamos en tal sitio, que viniese a buscarle. La cosa estaba clara, la guerra estaba perdida; la desesperación y amargura que durante dos años permanecieron en mí adormecidas, volvían a despertar con mayor ímpetu. Pensaba, con la tenacidad que había luchado, tantas zozobras pasadas y tantas penalidades, no han servido de nada. Pensé en buscar compañeros y refugiarme en el monte, podía agenciarme un naranjero del nueve largo, mi pistola con la misma munición y quince o veinte kilos de balas. Yo no servía para eso lo tenía comprobado, no era capaz de disparar a sangre fría contra nadie. Marcharme a Méjico tampoco me acababa de convencer.

Tomé una decisión, quedarme, afrontar con serenidad y valentía las consecuencias, yo no era un asesino como los fascistas, lo podía pregonar a los cuatro vientos. Me reuní con él, como lo teníamos concertado; con mi decisión irrevocable de quedarme. Se lo hice saber. Y me contestó que me fusilarían en el momento me cogiesen. Ya lo sabía le contesté, había luchado y había perdido, moriré en mi patria, y le dices a tu pueblo que muchos españoles ofrendamos nuestra vida, por la libertad y grandeza de nuestro país.

La despedida fue tensa, por todos los medios se me quería llevar. No lo consiguió, Me quedé a afrontar todas las consecuencias que pudiesen sobrevenir. Pero jamás creí que pudiesen tomar tantas represalias, para que un ser humano desease una y mil muertes que tuviese. Antes que aguantar tantas vejaciones tantos insultos, durante cuarenta años.

Volveré a mis memorias. Continué en Fernán Caballero, mi carácter que durante dos años el rictus de amargura que se reflejaba en mi semblante casi, casi había desaparecido, volvió a hacer acto de presencia en mí. Perdía la ilusión, la iniciativa y la alegría. Gracias una vez más al cariño de esa familia de Fernán Caballero, las atenciones que tuvieron conmigo, y los consejos que me dieron. No me recuperé pero me ayudaron muchísimo, a pesar de mi juventud, en todos mis actos demostraba sensatez y desenvolvimiento en la vida. Los conocidos me llamaban el abuelo, en muchos sitios, en otros el viejo, quiero decir con esto que mis decisiones y mi forma de actuar en la vida, se encauzaban en una lógica bastante acertada y razonada.

Perdí la iniciativa, no pensaba con claridad. Aceptaba con docilidad todos los consejos que me daban. Me gustaba dar paseos por el monte, lo hacía casi a diario. Sólo en el silencio del

bosque, mis pensamientos siempre eran los mismos. Los recuerdos tan amargos que tenía de mi pasado, jamás los podría desterrar.

También pensaba en el presente. Nos pusimos a festejar la hija de esa familia que tanto les tengo que agradecer. Cuando yo me puse bien de mi enfermedad, después de llegar a Fernán Caballero, empecé a salir con chicas, como era mi costumbre, buscaba las conquistas fáciles. Esa familia, la madre y la hija, me lo reprendían, con un cariño maternal, con tanta comprensión y seriedad, que me convencieron; el resultado ya lo relato anteriormente. En vez de encontrar sosiego y paz fue todo lo contrario, para mí aquella mujer era un fruto prohibido. Era la hija de mis segundos padres. La guerra a tres meses de su terminación y yo la tenía perdida y lo sabía. Ella, una mujer muy hermosa con una sensibilidad femenina sorprendente, que adivinaba todos mis pensamientos, y que me quería, lo demostró sobradamente.

Yo, queriéndola con todas las fuerzas de mi corazón, no podía ofrecerle nada más que sangre, sudor y lágrimas. Por todos los medios a mi alcance logré que esa mujer no estuviese ligada a mí nada más que por un recuerdo, lleno de candor y pureza. Y recordar con nostalgia lo que pudo haber sido y no fue.

Como en el pueblo me veían salir de paseo al monte solo, el alcalde se empeñó en regalarme, o dejarme temporalmente una escopeta de caza. Después de insinuármelo, dos o tres veces, por fin accedí. Me dio una preciosa escopeta, que era de un conde o un marqués, Cuando faltaban dos meses para terminar la guerra la entregue.

Con la escopeta no tuve ningún problema, pero con la manía de salir de paseo por el bosque, he tenido varios en mi vida. Una vez de ellas me pudo costar un disgusto serio. Siempre caminaba despacio, ensimismado en mis pensamientos, sólo, en el silencio del bosque me sentía a gusto. Ya caminaba un par de horas por un bosque de encinares, con ese silencio y quietud característico del bosque. Ese silencio fue roto por un soplido o bufido fuerte. Miré en la dirección que oí el ruido, y quedé paralizado, tenía una vaca brava con un becerrito, recién nacido a quince metros de distancia, y a punto de embestirme; mi reacción fue inmediata, tirarle la escopeta a la cara, siempre la llevaba colgada al hombro con el seguro puesto, y salir corriendo a una encina a diez metros detrás de mí. La vaca llegó al tiempo que yo, no me dio tiempo a subir, tuve que resguardarme detrás del tronco y evitar como pude todas las tarascadas que me enviaba.

El instinto de conservación me hizo tomar una determinación, matar la vaca para salvar mi vida. Como pude y siempre aguantando sus embestidas, saqué la pistola y le disparé un tiro, empezó a brincar y menear la cabeza, momento que aproveché para subirme a la encina. Una vez a salvo respiré hondo, me hacía falta. Vi que la vaca estaba herida pero no se alejaba de su ternero, volví a disparar dos o tres veces a no darle, y vi con satisfacción que a cada disparo que yo hacía se alejaba.

Bajé de la encina cogí la escopeta, y escondiéndome por los matorrales me alejé. Se solucionó ese incidente sin problemas, la vaca se curó, pues le di el tiro en el cuello.

Cuando faltaban cinco días para terminar la guerra esa familia me aconsejaba entregara en el ayuntamiento todo el armamento que tuviese del ejército y particular. Así lo hice y me dieron un acuse de recibo. También me aconsejaron que cuando terminase la guerra no me moviese de allí, ellos me protegerían durante los primeros meses, hasta que se calmaran un poco las represalias de los fascistas.

Así lo hice, los fascistas entraron por allí el día veintiocho de marzo del treinta y nueve. Pasaban los días, y nadie se metía conmigo procuraba salir muy poquito. Yo dormía en casa de unos señores a cien metros de la familia protectora, y cuando salía de allí me acompañaba mi amigo Víctor, hermano de la novia.

Una noche sobre las dos de la madrugada, llamaron a la puerta de mi dormitorio dando unos golpecitos, yo creí que era alguno de la casa, contesté que pasasen que estaba abierto, los golpes se repitieron, contesté lo mismo y volvieron a sonar golpes, ya mosqueado sin perder la calma encendí la luz, me levanté, como los golpes sonaban conteste: “Hostia pasen que está abierto, al mismo tiempo que abría la puerta me clavaron tres bayonetas en el pecho sin profundizar pero haciéndome daño; estaba desnudo, con calzoncillo corto y camiseta sport, me arrinconaron en la pared, como no podía hacerme para atrás entonces creí que me cruzaban con las bayonetas, les dije que apretasen de una vez o que me dejaran de hacer daño. Me quitaron las bayonetas que las llevaban puestas en los fusiles, me saltaron dos gotas de sangre; en el otro pinchazo solo llevaba el hoyo de la punta de la bayoneta. El sargento que era el que más me profundizó con la bayoneta me insultaba, era gallego; “Carallo condenado bus voy a matar a todos Rojos me matasteis un hermano en el Ebro, y a mí me dejasteis tuerto.” Me ordenaron vestirme en un rincón de la habitación mientras unos me vigilaban otros registraban todo, hasta el colchón. Me ataron las manos a la espalda y me sacaron a la calle. Vi que para detenerme a mí movilizaron catorce o quince hombres. Me metieron dentro del grupo y me llevaron a un caserón, allí me hicieron preguntas, un teniente me preguntó dónde tenía mis efectos personales, en casa de la patrona, le contesté.

Le ordenó al sargento me llevaran a recoger todo lo que me perteneciese. Me cargó como a una bestia, cuatro mantas, un capote manta, un tabardo y dos macutos, y la maleta. Me presentaron al teniente, con tanta carga me condujeron a otro caserón, allí había un cuerpo de guardia, abrieron una puerta me dieron un empujón y dijeron: “Rojo perdido vais a morir como chinches.” Caí encima de dos o tres personas estaba muy oscuro y no se veía nada. Allí permanecí dos horas, en ese tiempo me organice mis cosas, en un macuto puse una muda, toalla, peine, máquina de afeitar, plato y cantimplora. Yo tenía pensado dejarme todo allí si me sacaban, el sargento fue tan terco que me quiso cargar hasta con el colchón, se convenció porque no hubo forma de poderlo sujetar, con tantas cosas como llevaba.

Al momento nos sacaron de allí y en fila de dos en dos nos formaron en la calle. Enseguida el sargento gallego se dio cuenta, yo no llevaba la maleta ni las mantas. Se puso como una fiera y a empellones me metió dentro, me obligó a coger todo, salimos y empezamos a andar. Faltaban pocas casas para rebasar el pueblo, pasaron dos o tres camiones militares juntos, había muchos charcos, al guarecerme en el quicio de una puerta para que no me salpicara, noté que la puerta cedía. Como un rayo dejé en el patio de aquella casa la maleta y las mantas, y cerré la puerta. No se dio cuenta nadie, solamente el prisionero que venía detrás de mí.

A mitad aproximadamente del camino entre Fernán Caballero y Malagón se hizo de día. Ordenaron alto para descansar, nos dijeron eso, pero fue para asaltarnos, no nos dejaron nada, me quitaron la pluma estilográfica, el reloj, el tabardo y todo lo que les apeteció.

Como he sido bastante observador en mi vida, me di cuenta de un detalle que me llenó de temor, todos los prisioneros que venían conmigo, eran hombres maduros, casi todos vestían de paisano. Llegamos a Malagón, nos metieron en un caserón muy grande, allí había muchísimos, como allí ya podíamos hablar unos con otros, me enteré de lo que estaba pasando. Eran todos presos políticos, unos alcaldes, otros presidentes y secretarios de partidos políticos, comisarios y militares con graduación.

También me dijeron, que a la puesta del sol nos formarían en un corralón, sacaban con el dedo cincuenta o sesenta y al cuarto de hora o veinte minutos se oían las descargas de los fusilamientos.

Efectivamente aquella tarde lo comprobé, nos formaron en el corralón en seis filas, yo formé en la primera de la izquierda, ordenaron izquierda, quedamos de frente a un grupo de guardias civiles y seis o siete falangistas.

Acto seguido se dirigieron cuatro guardias civiles y tres falangistas al primer preso, primera fila por la derecha, le miraron detenidamente, y así hicieron con todos, al que les parecía más bonito o mas feo lo sacaban, y lo llevaban el grupo de la guardia civil. Era el juicio que le hacían al que mandaban a aquel grupo.

Lo comprobé, en los cinco o seis días, que permanecí allí, A ninguno nos tomaron la filiación, nadie sabia como nos llamábamos ni de dónde éramos, estábamos incomunicados y vigilados ferozmente. Ninguna tarde faltaron a la cita, la represión franquista, llena de odio y rencor, con precisión matemática, todas las tardes cargaba los camiones de hombres de un ejército vencido, dominado, y atemorizado. Entonces tenía yo dieciocho años cumplidos, y no me puedo explicar con qué entereza y serenidad vivía cada tarde que formábamos en el corralón; y si no nos cogían para el pelotón de ejecución, nos reuníamos en corros y hacíamos comentarios como este: “Estos hijos de puta nos han regalado un día más de vida.” Jamás vi a un hombre derramar una lágrima aunque nombraran a su mujer y sus hijos. Yo, como es natural también hacía mis comentarios, y decía, como mi familia está tan lejos y soy soltero y no tengo padre ni madre, jamás sabrán donde me fusilaron. Todos aceptábamos la muerte con una resignación como si fuese lógica.

Un día sobre las once de la mañana me encontraba tumbado en el suelo, más bien acurrucado porque no teníamos sitio para dormir, cuando oí una voz que me pareció un cañonazo. Un teniente del ejercito, me llamaba por mi nombre y apellidos. Que saliese inmediatamente, mi familia me esperaba en el cuerpo de guardia. Como es natural no salí, nadie sabía que yo estaba allí, ni que era chófer.

Ese oficial no se cansaba de llamarme por mi nombre, yo lo veía todo por una rendija del capote y me hacía el dormido. Por fin uno que por las noches dormía junto a mí, me tocó con el pie, y dijo que despertase, que me llamaban. El teniente lo vio y oyó cómo me llamaba. Se acercó, a mí, y me preguntó porque no contestaba. Mi familia la tenía media hora esperando en ha calle, también me dijo que éramos paisanos que era de Alcañiz. Mi teniente, por favor, porque seamos paisanos no tiene por qué engañarme, nadie de mi familia sabe que yo estoy aquí, dígame la verdad.

Se quedó pensativo, pero de todas formas unos señores de Fernán Caballero dicen que son familia de usted y traen un permiso firmado por mis superiores para visitarle. Di un respiro muy fuerte, lo que yo me figuraba no era. Sino todo lo contrario, estaban allí para sacarme del matadero. La familia de Fernán Caballero, me buscaba pero no me encontraban. Estando yo asomado por un ventanuco pequeño, vi pasar un señor de Fernán Caballero. Le hice una seña con el brazo, miró y se marchó, yo creí que me había visto; el hombre no me contestó a mi saludo, porque debajo de la ventana donde yo me asomaba paseaba un centinela, para que no tirásemos nada por allí.

El resto fue fácil, después de despedirme de mi familia el teniente paisano me dijo que un teniente coronel tenía que hacerme unas preguntas.

Me acompañó a unas oficinas. Me presentó al teniente coronel, me hizo muchas preguntas, ya me cansaba de estar firme, por fin me ordenó me pusiese en descanso. A la media hora le ordenó al teniente que preparase lo necesario para mi traslado a un campo de concentración. Fue rápido, a las dos de la tarde ya estaba en el campo de concentración. Mi paisano el teniente me animó y me dijo que habla tenido mucha suerte. En el campo, que era un cine de Malagón se veía otro ambiente, allí se podían escribir cartas, según el oficial de guardia, se podía salir a la calle a comprar lo que te hiciese falta, y si venía a verte alguien, te dejaban salir a la calle.

Al día siguiente, vinieron a verme, la novia acompañada de su hermano y más personal del pueblo. En este campo de concentración había muchos del pueblo. Yo, que me consideraba

fuerte como un puntal y con una entereza probada en mil situaciones difíciles, al ver aquella mujer me derrumbé como un castillo de naipes. Me saltaron unas lágrimas, esas lágrimas me dejaron relajado, blando, al recobrar mi estado de ánimo le prohibí viniese verme mientras yo estuviese preso.

Permanecí en ese campo de concentración ocho o diez días, y todos los días me mandaban comida y dinero.

Salí de él un atardecer, y me encaminé andando por la carretera a Fernán Caballero, por lo visto alguien les avisó que yo había salido del campo de concentración y me dirigía hacia allí. Salieron a esperarme la madre y la hija, las encontré a doscientos metros del pueblo. Jamás olvidaré en mi vida el recibimiento de esas dos mujeres, la señora Gregoria, mi segunda madre, me decía, hijo mío cuanto habrás sufrido, y nosotros sin poderlo remediar, ya estas con nosotros, no te dejaremos que te marches a ningún sitio, ni tampoco se te llevarán, vivirás con nosotros, no te faltará nada ni se meterán contigo.

La hija lo mismo me repetía las mismas palabras llenas de ternura y cariño, me llevaban entra las dos. Era de noche, no veían que me caían unas lágrimas y resbalaban por mis mejillas con una emoción y felicidad intensísimas.

Desde que fusilaron a mis padres, jamás me dirigió nadie palabras de cariño y consuelo que me hiciesen tanto bien. Llegamos a su casa, el señor Norberto y los hijos me recibieron lo mismo que la hermana y madre.

El hombre me dijo: “No te moverás de aquí, come y vive, y pondré todos los medios a mi alcance para que no te pase nada, cuando haya pasado algún tiempo y tenga la certeza que no te fusilarán entonces eliges, entre marcharte, presentarte a tu pueblo, o quedarte con nosotros”.

Si alguien lee mis memorias, mis hijos, mis nietos o amistades, verán, que poquito ensalzo a esa familia, cuando tanto se merecen.

Pasaban los días, y para todos los efectos conservaba la vida, pero estaba muerto, no tenía ganas de vivir. Perdí las ganas de vivir el mismo día que perdimos la guerra, con ese estado de ánimo que yo tenía, lo único que conseguía era hacer sufrir al que estaba a mi lado. A la pobre muchacha la llevaba mártir, no tenía ni ganas de estar a su lado, y si venía a verme lo único que conseguía era hacerla llorar. Porque la conversación siempre recaía a lo mismo; yo terco que terco le explicaba lo que sería mi vida si conseguía salvarla, iría de cárcel en cárcel y jamás le podría ofrecer una vida tranquila y sin sobresaltos.

Era un hombre marcado, yo lo sabía muy bien. Los días pasaban, y por unas palabras sueltas que les oí, discutió o discutieron con la familia que me metió en la cárcel. De las formaciones al atardecer, y señalarte con el dedo, era la señal para quitarle la vida a un ser humano. Hablé con el padre de la familia, le dije, por mi culpa discuten y se enfadan con personas que siempre se han llevado bien, ya les he creado bastantes quebraderos de cabeza, me marcharé.

No lo consintieron, me dijeron que aguantara y no me preocupase de esas pequeñeces. Al poco tiempo ocurrió otro incidente parecido, y yo presenciándolo. Al día siguiente después de rogarles me dejaran marchar salí en dirección a Valencia, tardé dos o tres días en llegar. Permanecí cinco o seis días con mis hermanas, y continué viaje a Teruel. Mis hermanas, que fui a recoger cuando el ejército de la República lo tomó, ya estaban en su casa, las visité y fui a presentarme a las autoridades. De allí, me llevaron a Gea de Albarracín, al pueblo donde residía cuando me pasé a la zona Republicana. Era a primeros de julio del treinta y nueve cuando llegué. Me presenté en el cuartel de la guardia civil, mi primera sorpresa fue ver de sargento y comandante del puesto al guardia que salía a cortarme el camino cuando me pasaba a la zona Republicana. Me saludó muy cordialmente, hablamos mucho rato, me explicó lo que iban a

hacer conmigo, y que si todo lo que yo había dicho era cierto no me saldría pena de muerte. Pero tendría que permanecer en la cárcel. Ese fue mi primer encuentro, el segundo vino enseguida. Avisó al juez, al alcalde, al secretario y tres de la junta de seguridad nacional, entre todos los que nombro se encontraba el Jefe de falange.

Cuando se presentaron y me vieron se lanzaron hacia mi, como perros rabiosos. Lanzándome toda clase de insultos, y no me hicieron picadillo porque el comandante de puesto se lo prohibió. Mandó llamar a una pareja de la guardia civil, y permanecieron allí durante todo el interrogatorio, fue larguísimo. Cuando se abalanzaron a pegarme, el sargento les dijo que delante de él no consentiría que pegasen a mí ni a nadie, la guerra había terminado, y tenían que vivir en paz todos. Por fin se me presentó una ocasión que la deseaba con todas fuerzas de mi corazón. Me preguntaron porque me pasé a la zona roja. Les contesté como un relámpago, porque ustedes asesinaron a mi padre y mi madre, y vengo voluntariamente ante ustedes para que me asesinen a mí también, a ver si así se sienten satisfechos.

La reacción fue al contrario de lo que yo me esperaba. El juez me contestó congestionado: “Guzmán, te juro que yo no tuve que ver nada en la muerte de tus padres”; alguno de los demás decían muy despacito: “yo tampoco tuve que ver en ese asunto”.

Los asuntos entre ellos no funcionaban, bien discutían en las decisiones que tomaban algunos. Por fin, el comandante del puesto les dijo: “Señores son las tres de la tarde, yo no he comido. Iremos a comer y después nos reuniremos otra vez”. Se fueron todos a comer, yo me quedé en aquella oficina con un guardia civil.

Sobre las cuatro fueron acudiendo todos. El comandante del puesto le ordenó a un guardia que me llevase a su casa y su señora me daría de comer. Efectivamente, la tenía preparada pero no tenía ganas de comer, me hizo tomar un vaso de café con leche. Volví al interrogatorio otra vez, las cosas las vi más calmadas pero tampoco estaban de acuerdo, por fin dijeron los paisanos, lo metemos a la cárcel y ya decidiremos más tarde. “Muy bien”, dijo el comandante del puesto, ahora mismo lo conducirá una pareja a la cárcel, pero piensen que este señor tiene que cenar, preparen lo necesario.

“Que se muera de hambre”, contestaron sin pensarlo, eso fue así. El señor Mariano, que así se llamaba el sargento de la guardia civil, no lo consintió; me dejaron ir a cenar a casa de mi amigo Samuel, con la condición de presentarme a las nueve de la mañana del día siguiente.

Así lo hice, me presenté, no había ningún falangista, entonces el señor Mariano se portó conmigo como un caballero. Me hizo muchas advertencias, sobre la conducta a seguir, “reprímeme todo que puedas, no contestes mal a nadie, porque ayer cuando les dijiste asesinos, me quedé de piedra, creí que no podría controlarlos, sé que tienes razón en eso, pero no se les puede decir en la cara como tu lo hiciste. He conseguido dejarte en libertad provisional hasta que te hagan el juicio, te tendrás que presentar aquí todas las semanas, podrás vivir en Teruel con tus hermanos. Pero necesitas tres personas de aquí que te avalen para que puedas residir en Teruel”.

Me quedé pensativo un momento. Le dije: “señor Mariano todo el mundo me conoce, no he hecho daño a nadie, pero jamás les pediré clemencia a los asesinos de mis padres, pueden hacer conmigo lo que ustedes quieran, fusilarme, meterme en la cárcel, mi vida ya no tiene ningún valor para mí”. Después de regañarme el señor Mariano y decirme, que le daba muchos quebraderos de cabeza, lo solucionó.

Mandó llamar a tres fascistas del pueblo, de esos hombres que nadan entre dos aguas y es difícil catalogarles. Delante de mí les dijo lo que quería, los tres sin articular una palabra firmaron, Y yo pude marcharme a Teruel, no lo hice ese día, me quedé en casa de mi amigo Samuel unos días ayudándole en la siega de cereales.

Pasaron dos o tres meses sin ninguna incidencia. Salía de Teruel los domingos por la mañana, cogía el tren hasta la estación de Cella, desde allí me dirigía andando hasta Gea, me presentaba en el cuartel de la guardia civil y por el mismo procedimiento, regresaba a Teruel.

Un día se presentó mi amigo Samuel en mi casa, o mejor dicho en casa de mis hermanos, es sobrino de mi cuñado Ramón. Era por el otoño, venían dos días seguidos de fiesta. Nos dijo: “estos dos días que se venga Guzmán a pasarlos con nosotros, así te distraerás algo, no vas a vivir siempre encerrado, alguna vez te tendrás que hacer el ánimo y alternar en sociedad. Conmigo nadie se mete, y me pase a la zona Republicana el mismo día que tu. Efectivamente era uno de los cinco del grupo. Yo, no me fiaba, no me convencía el ir a pasar los dos días de fiesta a un pueblo que no era el mío, que por circunstancias de la vida fuimos a vivir allí, y tan cruelmente nos habían tratado.

Entre todos me convencieron y acepté. Me presenté en Gea el primer día de fiesta, por la mañana, me presenté a la cita con la guardia civil, después de comer Samuel y yo fuimos a tomar café al bar. Allí, bastantes personas me saludaban con cierta cordialidad, al momento vino a saludarme Lorenzo Capilla, hablamos con cordialidad y sinceridad.

Se hizo la hora de ir al baile, se empeñaron en que fuese con ellos. Después de mucho insistir, no lo consiguieron. Me fui de paseo yo solo por la carretera en dirección a Albarracín. Llevaría andando ochocientos metros cuando me alcanzó mi amigo Samuel. Frente a nosotros venían cinco o seis chicas. Se entabló la conversación, Samuel decía que si no iba yo al baile él tampoco, y las chicas me decían si tu vienes también iremos nosotras, que desde que empezó la guerra no hemos ido nunca. Nos fuimos todos al baile, nos sentamos todos juntos en un rincón del salón. Yo no tenía ganas de bailar ni de música, pero estaba allí. Las chicas, como yo no bailaba, ellas tampoco, me decían les contase cosas más, venían los mozos a sacarlas a bailar y les decían que no. Por ahí empezó la cuestión. Se dirigieron a mi cuatro o cinco mozos, y en tono amenazador me dijeron que estaba molestando, y entorpecía la normalidad y funcionamiento del baile y me iban a dar una paliza, no consentían verme allí con ellas, después de estar dos años tirándoles tiros.

“Como veréis si os he tirado tiros como decís, he tenido mala puntería, estáis todos vivos, y en pegarme la paliza demostráis vuestra valentía juntándoos ocho o diez”.

El amo, el cacique, el que azuzó los perros para que me mordiesen. El desgraciado de Juan Antonio Peyrolón se sintió ofendido. “Para darte una paliza me basto yo solo”.

Le vino justo, gracias a sus perros guardianes, Perdígón, el andorrano, y tres o cuatro que le rodeaban, no dio con su cuerpo torpón en el suelo, porque lo sujetaron. Le tiré un puñetazo con mi mano izquierda con mucha dinamita, que si no se tira al quererlo esquivar, creo hubiese tenido bastante para dejarlo k.o. para un rato.

Ese incidente pasó sin más, volví a sentarme en mi sitio, y al momento vi que por las paredes colgaban cartones que tenían algo escrito, me acerqué a ver que decían. “No hay carbón, pero dentro de poco habrá mucha leña”. Lo habían escrito los perros sabuesos, el amo tenía mejor letra. Algunos me decían que no hiciese caso, y no me preocupase; yo como estaba intranquilo me quise marchar porque las chicas que me llevaron estaban asustadísimas. Al salvaje de perdígón se le ocurrió sacar un cuchillo catalán bastante grande y hacer cruces con él en las paredes, y decían, cruz y raya esta tarde lo matamos. Las chicas, todas muy a asustadas se marchaban. Quedaban la cuadrillita que vinieron conmigo, no me querían dejar solo, decían que por ellas hacerme ir al baile, se sentían responsables de lo que me ocurriese, y se quedaban. Por fin las pude convencer y se marcharon. Al poquito bajé a la calle, efectivamente a mi derecha a diez metros un grupo de cinco o seis, me esperaban en mitad de la calle, a mi izquierda lo mismo, otro grupo montaba guardia, me paré en el centro de la calle, y analicé la situación. Al frente mío tenía el callejón estrecho, separa la Iglesia con las casas del pueblo, no veía nada mas

que dos bultos. Cogí una piedra y con ella en la mano me dirigí al callejón estrecho, no se veía nada, estaba muy oscuro. Los que me cerraban el paso por el callejón, se metieron hacia atrás y nos los veía, yo me pegué a la pared de mi derecha, mi mano izquierda la llevaba alta con mi piedra bien cogida, sobresalía de mi puño cinco centímetros.

Me faltaba un metro para llegar a un portal a mi derecha, me deslizaba con sigilo y suavidad, no se oía ni la respiración de nadie. Pero un sexto sentido me avisaba. Hice un movimiento para situarme a la defensiva, cuando oí un tropel de gente que huía corriendo. Salí del callejón y me dirigí a casa de Samuel sin ninguna novedad.

Después de comentar los acontecimientos del día, decidí marcharme a Teruel al día siguiente. Sobre las ocho de la mañana siguiente me fui a la parada del autobús, cuando llegó me subí en él, y nada más andar cien metros lo paró una pareja de la guardia civil. Preguntaron por mí, rogaron me fuese con ellos al cuartel de la guardia civil.

Me presentaron al señor Mariano, y empezó a hacerme preguntas: “dime con toda clase de detalles qué hiciste ayer y si faltaste a alguien”, le contesté lo que ya he explicado anteriormente, y que no había ofendido a nadie. De un departamento de al lado llamó a dos falangistas, eran maestros de escuela, Cipriano y José Marzo. Estos señores dicen que con ellos no estuviste lo bastante correcto.

"Estos señores tienen razón y ruego me disculpen, cuando la discusión con Peyrolón, me sujetaron por los brazos y los zarandee hasta que me vi libre de ellos, luego, me di cuenta que venían a apaciguar los ánimos míos, y los de los contrarios.

Después de oírme a mí el señor Mariano, les pidió a ellos que narraran los hechos ocurridos en el baile la tarde anterior; los señores dijeron la verdad punto por punto de todo lo que vieron.

Le tocó el turno a Peyrolón y sus perros guardianes. También los tenía en la habitación de al lado. Salió de allí como un toro miura, dando tarascadas a diestro y siniestro. No he visto en mi vida una persona más salvaje y menos civilizada; se metía conmigo, con la guardia civil, con sus perro guardianes, les llamaba cobardes, y les decía “si lo hubiésemos matado anoche, no estaríamos aquí viendo a este rojo perdido, como se ríe de nosotros, después de estar dos años tirándonos tiros”. A la guardia civil les dijo toda las barbaridades habidas y por haber, y con la pareja de maestros que eran falangistas, también se metió con ellos. Terminó la cosa cómo tenía que terminar. Dándole una tanda de bofetones que le pusieron una cara roja como un tomate.

Después vinieron los careos, preguntándonos a unos y otros, los hechos ocurridos en el baile y al salir de él. Los perros guardianes del salvaje hablaron como papagayos, dijeron, estaban borrachos porque el cacique les pagó dos botellas de coñac, ordenándonos mi linchamiento. Añadiendo algunos que si no hubiesen estado bebidos, jamás se hubiesen metido conmigo. Cuatro o cinco de ellos después de algún tiempo en Teruel me pidieron disculpas.

Las cosas en el cuartel se fueron suavizando. Después de decirnos el señor Mariano a todos que la guerra había terminado que teníamos que convivir juntos, y tendríamos que acostumbrarnos a no faltarnos los unos a los otros. A cada uno nos ordenó no faltarnos los unos a los otros. Me ordenó el asistir al baile aquella tarde. Le rogué por todos los medios que si me dejaba en libertad, desde allí me marcharía a Teruel aunque fuese andando. “Sí estás libre, pero iras al baile, por las buenas o esposado por una pareja de la guardia civil; quiero que se acostumbren a verte, la guerra terminó hace tiempo, y estás bajo custodia militar hasta que te se celebre el juicio, por esto te presentas todas las semanas”.

Asistí el baile, un baile silencioso sin una risa, sin una voz que sonase más alta que otra; no había nada más que cinco parejas. Yo, como la tarde anterior, no bailaba permanecía sentado

solito en un rincón viviendo con mis recuerdos, lleno de amargura desesperada. Las amiguitas que la tarde anterior me acompañaron no vinieron.

Salí fuera del salón, a darme un paseo por un pasillo, que existía junto a la escalera, era bastante amplio, allí vi una pareja de la guardia civil, me preguntaron si bailaba, les dije, si ya he bailado, pero me canso, si me lo permiten quisiera marcharme a Teruel. Me contestaron que podía hacer lo que quisiese. No lo pensé un segundo, me marché a la estación de Cella, cogí un tren de mercancías, el jefe de estación me informó y me acompañó a un furgón donde iban cuatro o cinco ferroviarios. El siguiente domingo fui a presentarme y le pedí permiso al comandante de puesto si podía ser presentarme una vez al mes, y no todas las semanas. Accedió quedándose con el documento que yo llevaba, y me hizo otro en el que constaba, que por necesidades del trabajo que realizaba, me presentaría una vez al mes.

Aquello me dio un respiro, ya podía los domingos darme un paseo por las afueras de Teruel, como un lobo solitario. La tranquilidad me duró poquito tiempo. Una tarde después de terminar de trabajar, al llegar a mi casa, me esperaba un señor, me presentó la placa de policía secreta, y dijo que lo acompañase a la jefatura superior de policía. Nunca he podido saber con certeza lo que ese señor quería de mí. Me metió en su oficina, cerró la puerta por dentro, sacó una verga del cajón de la mesa, sacó la pistola de su funda y también la dejó encima de la mesa, después de una carpeta sacó dos folios escritos a máquina por una sola cara. Se dirigió a mí, me puso las esposas con las manos a la espalda, cogió la verga, me la restregó doblada por la cara, y me dijo que como no dijese la verdad, me daría tan gran paliza que no me reconocería ni mi familia, era mas, no saldría vivo de allí.

“No tengo nada que ocultar, pregunte y le contestaré”, “Eso es lo que debe usted hacer, contestar y que me convenza, si no la piel le saltara a tiras”. Empezó el interrogatorio, aquel señor sabía todo de mi vida, que me pase a la zona Roja, que habían fusilado a mis padres, que estuve por el ejército de Extremadura y que en Fernán Caballero festejaba con una chica.

Se empeñó en que al pasarme a la zona Republicana, me había dedicado, exclusivamente, a asesinar a todo el mundo. Las pasé moradas, cuando le dije que yo no era un asesino, y no me había metido con nadie. Se abalanzó con la verga y me dio tres o cuatro golpes muy furioso. Me di cuenta enseguida que aquel hombre fingía todo, los golpes que me lanzó tuvo mucho cuidado de darme donde tenía mucha ropa, cuando era más fácil para él darme por la cabeza o la cara, ya que yo estaba esposado con los brazos atrás. Desde ese momento las cosas para mí cambiaron, deduje que ese hombre no era cruel, y me tranquilicé bastante. Serían las doce de la noche y permanecía de pie, llevaba cinco horas de interrogatorio, ya no podía aguantar mucho tiempo para caerme desvanecido.

La boca y la garganta las tenía secas, y la voz ya no se me oía. Le pedí por favor me diese un poquito de agua y me dejase sentar. Otra sorpresa. Se levantó, me quitó las esposas, me dio agua, me sentó enfrente de su mesa y me dijo, “yo para usted no soy policía, como verá ya no escribiré lo que usted diga, quiero charlar con usted como si fuésemos amigos”. Me hizo una cantidad de preguntas tan fuera de la lógica, que estuve más tenso, que cuando permanecía esposado, Del ejército de Extremadura sabía muchísimo más que yo, me daba detalles, que por lo exactos, sospeché tendría que sujetarme bien, o resbalaría. Me dijo que tenía un hermano que era comisario de División, y murió en un combate en Sierra Trapera; que él una vez terminó la guerra, recogió información y preguntaba por si yo llegué a conocerlo, y por casualidad sabía donde estaba enterrado, “también tengo información que una vez o dos, comieron ustedes dos juntos”.

Contesté, que de vista y cruzar el saludo durante los servicios que yo realizaba de conductor, vi algunos, pero que no tuve ninguna relación con ninguno. De comer juntos, imposible, yo soldado raso, no tenía categoría para comer con un comisario de división de no ser en comedores colectivos.

Después se metió con la familia de Fernán Caballero y también sabía muchos detalles. A las dos de la madrugada me dijo me podía marchar a mi casa. Desde esa fecha muchas veces, ese señor fue, mi obsesión, jamás se metió conmigo, pero siempre lo llevaba a un centenar de metros detrás de mí.

Un señor de Teruel, me enteré por un vecino, sirvió en esa división donde decía tener el hermano que murió en Sierra Trapera. Hablé con él, y me contó que hizo con él, lo mismo que conmigo, tenerlo en la comisaría seis o siete horas preguntándole si lo conocía; negó lo mismo que yo. Sacamos una conclusión: el comisario de división que decía estar muerto era el comisario de policía que nos interrogaba.

Por aquellos días en Teruel, los asesinos de Franco ejercían una represión feroz, lo mismo fusilaban a los que tenían en la cárcel, que a los que estábamos en libertad vigilada; entonces pensé que ese interrogatorio que me hicieron, era la antesala de mi ejecución. Tomé una decisión, apartarme temporalmente de todas personas que tenían amistad conmigo, para que no se viesan involucradas por mi culpa en ninguna situación desagradable.

Después de pensarlo, porque me dolía en el alma, tomé la decisión de romper con mi novia. La quería mucho, pero como veía con una claridad pasmosa, lo que sería mi vida en el futuro, suponiendo que la salvara. No tenía más remedio que tomar esa decisión. Que duro fue para mí renunciar a aquella mujer, que era el todo para mí, acostumbrado a recibir sus cartas, todos los días alternos, con precisión matemática. Le di muchas vueltas al pensamiento pero por fin me decidí.

Le escribí la carta, como pude y supe para que no se sintiera ofendida, le decía que mi vida no era nada fácil que trabajaba; pero era un jornal tan irrisorio que tardaría muchísimo tiempo en poder ir a verla. Le aconsejaba que si le salía algún chico que le gustase se casara con él, y viviese tan feliz como yo le deseaba. Recibí dos o tres cartas más, hasta que me contestó a la que le pedía nuestra ruptura.

Tenía mas cultura que yo, y cuando recibí esa carta me quedé más blando que un higo, me decía muchas cosas, entre ellas estas que jamás las he olvidado:

Me decía que hasta entonces se había sacrificado por mí, y que lo haría con muchísimo gusto toda la vida si fuese preciso, me quería con todas las fuerzas de su corazón y sentía muchísimo el no poder estar a mi lado para hacerme con su inmenso cariño la vida un poquito más grata. Como se va viendo en mis actos a lo largo de mis relatos, en todas las situaciones difíciles, demostraba una entereza poco común para mis años, para tomar soluciones que para mi punto de vista, han sido siempre bastante aceptables.

En el caso que relato, también tomé mi decisión. Escribí dos cartas, una a mi novia otra a sus padres, y les prohibía se la dieran a leer a su hija.

En ella les explicaba era un hombre marcado y mi situación jamás se estabilizaría, si conseguía salvar la vida, sería a cambio de peregrinar de cárcel en cárcel, y si una vez mi vida se normalizaba habrían pasado muchos años, ya no valdría la pena ni vivirla. Ante esta situación, procurasen convencer a su hija, para que no estuviese mezclada en esta vida, que no era nada halagüeña para mí. Mi vida es mía y procuro por todos los medios no este ligada a ella ni familia, ni amigos ni novia.

Surtieron efecto mis cartas, recibí una o dos más de ella y todo terminó. Me hice la última cuenta que ya no estaba ligado a nadie, empecé a salir de casa, buscar amigos frecuentar bares, de vez en cuando veía al policía secreto de marras, que me seguía, pero no hacia ningún caso.

Conocía una chica en Teruel que también le fusilaron a su padre, hermanos y amigos de antes de la guerra, festejaba con un cabo del ejército que estaba en oficinas de Auditoria de Guerra. Un

día me la encontré y me dijo “me ha dicho mi novio que por casualidad se dio con tu expediente cuando estaba buscando otro y que lo puso el último para que tarden más a hacerte el juicio”.

El tiempo fue pasando, mis amigos se pusieron a festejar, nos quedamos solos una chica y yo, los demás formaron su pareja. Empezaron a animarme mis amigos y las chicas. Hasta que por fin me decidí a pedirle relaciones a Lolita. Le advertí en la situación que me encontraba y que cualquier día iría a parar a la cárcel. No puso ningún reparo, al contrario me animó, me dijo: “hay muchísimos en esa situación, así es que no te preocupes”. Era una muñeca guapísima de dieciséis años, llena de inocencia y candor. Eso me obligó a ser un caballero, los seis o siete meses que duraron nuestras relaciones.

Un domingo paseábamos Lolita y yo por las afueras de Teruel. Nos encontramos con una vecina mía que festejaba con un sargento del ejército, fuimos juntos un rato charlando y paseando. Pura nos dijo a los tres, podíamos ir a casa de mi tío, que por las tardes hacen baile, y me ha dicho que lo pasan muy bien, es un baile familiar de seis a siete parejas.

Nos pusimos de acuerdo y por fin nos encaminamos al baile, llegamos tarde pero a tiempo. Saludé a muchos, me di cuenta enseguida que todos los chicos que allí había eran de izquierdas y me sentía a gusto.

Al poquito de llegar nosotros, llamaron a la puerta me di cuenta que discutían con alguien. Me acerqué y vi a ocho o diez que discutían con Josefa la Cabrera, analizamos los inconvenientes que podría acarrear el no dejarla entrar, y me toco salir a buscarlas, ya se marchaban. Les pedí disculpas por no dejarlas pasar antes, como era una cosa familiar cuando se enteraron los dueños nos mandaron a buscarlas. Entramos todos al baile y empezamos a bailar cada uno con nuestra pareja. Josefa permanecía de pie punto a la puerta, nadie la sacó a bailar. Si yo me hubiese figurado las consecuencias tan catastróficas que acarreó el no sacarla a bailar, creo lo hubiese evitado. Yo le ejercía una atracción desde antes de la guerra, cuando estaba en Teruel en la escuela de artes y oficios, salí con ella tres o cuatro domingos al cine. Una vez que nos vimos me lo recordó con nostalgia, al poco tiempo de terminarse la guerra. La información que me dieron de ella, cuando llegué a Teruel, la confirmé esa tarde; era o es una mujer llena de ira y rencor, que no hacía más que denunciar a personas que no tenían nada que ver con sus problemas familiares.

Se cansó de estar y se marchó. Cuando paso media hora, llamaron a la puerta otra vez. Eran ocho o diez policías, entraron como bestias, pegando a diestro y siniestro, nos pusieron cara la pared con las manos levantadas, las mujeres a un lado los hombres en otro, nos cachearon hasta los zapatos, luego vino el interrogatorio. Cuando se nos llevaban detenidos, el sargento novio de mi vecina Pura, les dijo que respondía de mí, ya que él fue el que me llevo, y era la primera vez que asistíamos allí, y no sabía si pertenecíamos al Socorro Rojo Internacional o a algún partido político, por fin me dejaron marchar. Josefa, se podrá ufanar toda la vida de aquellas denuncias, dos muertos y palizas mortales con muchos meses de cárcel para los mejor librados. Le esta forma tan despiadada y llena de crueldad ejercían la represión las autoridades franquistas. Que conste que ninguno de los del baile estábamos organizados ni pertenecíamos a nada, procedíamos de un ejército vencido, que con estos procedimientos y otros similares, nos aniquilaban uno tras otro.

Viví unos días, esperando de un momento a otro viniesen a por mí, añoraba o pedía, que cuando fusilaron a mis padres, me hubiesen fusilado a mí también, como vivía la vida era un infierno constante.

El 21 de mayo de 1940, me ingresaron el Batallón Disciplinario N° 21, para unos pocos menos afortunados, fue el Batallón de la muerte; nos metieron en la Iglesia de San Juan; permanecemos ocho o diez días allí, hacinados como la mies, sin mantas, sin colchones, solamente con la ropa que llevábamos puesta. Sin agua para beber ni para lavarte, en unas

condiciones infrahumanas. De allí nos pasaron al hospital de San Juan o nuestra Señora de la Asunción. En él mejoró mucho el asunto higiénico nuestro.

Un día me llamaron para que saliese al cuerpo de guardia. Mi sorpresa fue mayúscula; me encontré con un coronel fascista. Ese señor vivía en Valencia hasta el 15 de julio del treinta y seis. Se marchó a Zaragoza a organizar la intendencia del ejército fascista; mi hermana, la mayor, estaba sirviendo en su casa hasta esa fecha. Cuando fusilaron a mis padres, mi hermana se lo comunicó por carta, al poco tiempo recibió mi hermana una carta de Don Emilio Correas, que así se llamaba ese pobre señor. En ella le decía que nos pusiésemos en camino a Zaragoza, en su casa se quedarían mis dos hermanas, la mayor sirviendo y la pequeña con ella y asistiría a un colegio, tenía once años; a mi hermano y a mí nos colocaría en Intendencia.

Tengo que aclarar que mi padre estuvo detenido en Albarracín quince o veinte días antes de fusilarlo, mi hermana durante ese tiempo que permaneció mi padre en la cárcel, se fue a Zaragoza a que don Emilio intercediera por él. Vino muy acongojada, le dijo que lo sentía de verdad pero no podía hacer nada, estaba todo tan grave, que hasta su propia vida podía peligrar. Al reunirnos los tres hermanos mayores para decidir sobre nuestra marcha a Zaragoza, yo me opuse rotundamente, les dije a mis hermanos que se fuesen ellos, yo jamás iría voluntario a un ejército sublevado que fusiló a mi padre y a mi madre. Yo me quedaría y cuando ellos estuviesen en Zaragoza me pasaría a la zona Republicana.

Después de estas aclaraciones pasamos al cuerpo de guardia del Batallón disciplinario N° 21 donde me esperaba el coronel don Emilio.

Después de los saludos de rigor, se me llevó a las oficinas del Batallón. Habló con el comandante del mismo, le dijo le enseñara el expediente mío. Después de leerlo bien, me lo dio a mí, y me dijo que me enterase quien me quería tan mal, en ese pueblo maldito, que ciertas personas no piensan nada más que hacerme daño.

Dos informes los tenía bien, el del ayuntamiento y la guardia civil

El otro lo firmaban tres personas, los conocía muy bien. Decían entre otras cosas, que era prófugo por pasarme a la zona Republicana, agitador de masas, comunista, y se me consideraba un elemento peligrosísimo, para la causa nacional.

A pesar de contradecirse los informes, con eso bastaba para, con juicio o sin él, fusilarme. Se encargó don Emilio de destruirlo, y preparar otro más benigno. Don Emilio se marchó enseguida, pero dejó en Teruel una persona que vigilase mi seguridad personal. Me hizo mucha falta, me destinaban a un sitio determinado, y en cuanto se daban cuenta metían cizaña y Guzmán al calabozo y perdida de destino; así pase todo el tiempo que permanecí en Teruel. Cambiando de destino a cada momento, como anteriormente cito. Nuestro cuartel era el hospital de San Juan. Los domingos por la tarde si venían familiares nuestros a visitarnos, nos dejaban salir a la plaza, y entre semana, según el cabo de guardia que había, por la parte de atrás que daba a la calle de las murallas, al atardecer también dejaban salir a alguno.

Como yo veía que aquello sería para largo y no me gustaba ver su sufrir por mí a nadie, tomé la determinación de convencer a mi novia Lolita para romper nuestras relaciones. Sé que le supo muy mal, pero si alguna vez recapacitó, vería que lo hice por su bien. Ingresé en el Batallón Disciplinario a los diecinueve años y siete meses, y me licenciaron cuando tenía 26 años cumplidos. ¿Cómo aguantar tantos años entreteniéndome a una mujer ante un provenir tan incierto? Mis sufrimientos mis penas y mis problemas los quería pasar yo solo.

En el Batallón Disciplinario conforme pasaba el tiempo los malos tratos aumentaban de día en día. Por cualquier insignificancia de nada, daban palizas mortales, y las palabras que nos dirigían eran ofensivas, hijos de mala madre no tenéis derecho a vivir, no os merecéis ni la bazofia que se os da para comer. De palabrotas de estas se podrían escribir a cientos.

Señores, hasta el sacerdote que nos hacía la misa los domingos en San Nicolás, nos decía hijos de Satanás, os ha engendrado el demonio, no tenéis derecho a la vida, moriréis repudiados por todos los hijos de nuestro señor Jesucristo.

Del Hospital de San Juan nos trasladaron a las cuadras del cuartel de la guardia civil, y desde allí nos llevaron a la fábrica de calzado de los Larios, en la carretera de Teruel a Alcañiz. Yo prestaba servicio de ordenanza en el instituto Luís Vives; el director era don José Giner. Para salir del cuartel tenía un pase que me autorizaba la salida al toque de diana y el regreso al toque de silencio. Llegó el invierno, y como tenía que encender las estufas de las clases, salía temprano del cuartel para que cuando llegaran los profesores y los estudiantes estuviese caldeado el ambiente.

Los que procedíamos de Teruel y su provincia dentro de la gravedad del hambre y la miseria, lo pudimos resistir para poder contar las barbaridades y atrocidades que nos hacían. Dormíamos en el suelo de cemento sin colchonetas, ni nada de nada para resguardarnos de la humedad del suelo y del frío. El tejado tenía trozos hundidos de los cañonazos, cuando llovía y nevaba caía dentro. Por todos los medios procurábamos no nos cayese encima. Para dormir como los inviernos son tan fríos en Teruel, nos reuníamos en grupos de tres o cuatro y procurábamos ponernos todos los de Teruel juntos. Así evitábamos muchas cosas, por ejemplo, no teníamos ningún piojo, o por lo menos los teníamos a raya, darnos calor los unos a los otros, y ayudarnos mutuamente en lo que podíamos. Como también estábamos mejor alimentados, porque nuestras familias nos ayudaban lo que buenamente podían en aquellos tiempos, resistíamos más las inclemencias de las bajas temperaturas. En las condiciones tan infrahumanas que teníamos que estar al tener que dormir hacinados, los piojos y ladillas, se multiplicaban en la pobre gente que eran de lejos. No encontraron los militares franquistas otro método mejor para combatir la miseria, que los domingos, en el corazón del invierno, llevamos al río. Nos hacían desnudar y de un empujón, nos tiraban dentro de él. Muchos no lo podían soportar, mal alimentados, desnutridos por completo les daba un ataque, y les teníamos que sacar corriendo. Muchos se recuperaban, algunos terminaban para siempre los sufrimientos y penalidades.

Ese invierno, en Teruel el termómetro marcó 24 grados bajo cero. En el cuartel o las ruinas de la fábrica de los Larios, los prisioneros se congelaban de frío, también pagaron los mismos que en el río. Cuando tocaban diana veías que un bultito bajo de una manta no se movía, te acercabas, lo destapabas, y veías con pena y dolor, que estaba muerto. Como la ola de frío no cesaba, decidimos unos cuantos que teníamos pase para salir traernos un paquetito de leña, y en una lata de sardinas encendían un poquito de fuego y al mismo tiempo se asaban alguna remolacha que les llevábamos, las cogíamos de la estación del ferrocarril, o nos las daban, yo siempre las pedía. Siempre hay personas en la vida que compadecen al débil y desvalido.

El 16 de enero de 1941 sobre las ocho de la noche llegaba yo al cuartel o pocilga de la fábrica de los Larios, con mi fardito de leña debajo del brazo, y tapado con mi capote manta. Me estaban esperando, ya sabía el oficial de guardia, que yo subiría leña. Entró por las naves, vio las latas encendidas, se las hizo apagar, los emprendió a golpes, y le tuvieron que decir quien subía la leña. Me registraron de arriba abajo y el oficial de guardia, un alférez de complemento me metió a empellones a su despacho. Me dijo muchas barbaridades, y por mi forma de ser, me gané a pulso veinte días en el pelotón de castigo, por contestarle. Un ser humano, nace con una forma de ser, y con su personalidad propia. Ni batallones disciplinarios ni pelotones de castigo consiguen cambiarle la forma de ser y pensar, ni la personalidad a un ser humano.

Me preguntó de donde procedía la leña, y cuatro remolachas azucareras pequeñas que llevaba, en los bolsillos de la guerrera, se lo dije. Al otro día lo comprobó, era cierto que me las habían dado. También me dijo que estando todo el día fuera del cuartel, no me hacía falta la leña para calentarme.

Sin poderme aguantar más le contesté. Efectivamente tiene toda la razón mi alférez, pero si con esta poquita leña y estas remolachas, consigo aliviarles los sufrimientos a esos pobres infelices que los están matando de hambre, y el frío los aniquila, me considero pagado haciendo esa pequeña obra de caridad. Me dio unos cuantos bofetones y me dijo rojo y no sé cuantas barbaridades más, dio conocimiento de mí, y me castigó 20 días al pelotón de castigo. El trato que se recibía en el pelotón de castigo, yo lo conocía de sobras, de verlos diariamente y lo que contaban los que por él pasaban. Por esa razón, recurrí a la cultura del alférez. “Usted es un hombre con una carrera”, le dije, “cree que son motivos para echar a perder a un hombre, mandándole 20 días a ese pelotón”.

No me hizo caso me metió al calabozo. No pegué un ojo en toda la noche, sólo pensaba en la entrada al pelotón, porque tenían una norma, era darte un palizón con una verga de toro. El sargento don Amadeo Ballester, alias el Barbas, era especialista en realizar ese trabajo. El Barbas era un hombre desconcertante, jamás sabías ni adivinabas sus reacciones, era bastante culto, y el único de todos que teníamos que nos daba charlas culturales; sabía el apellido o el nombre de todos. A veces te hablaba en tono paternal. Pero para pegar con la verga jamás he visto una persona tan cruel y tan despiadada. Hasta que no veía que el que recibía la paliza no se movía, no dejaba de darle vergazos. Entonces paraba de dar vergazos, se escondía su verga bajo el capote, y se quedaba la mar de tranquilo, como si lo que acababa de realizar fuese el cumplimiento de su deber. Yo creo que sí. Lo tenía impuesto como una ordenanza militar más, cumpliéndola con exactitud y destreza. La verga se la tuvo que esconder bajo el capote, porque muchas madres de Teruel que no tenían hijos en el batallón disciplinario le gritaban ¡verdugo, criminal!. Eran mujeres que en aquellos tiempos podían decirlo, las que tenían sus hijos en el Batallón, se tenían que reprimir, por temor a represalias.

Vivía por la calle de la Parra, su señora era rubia, no mal parecida, y se notaba en ella que era fuerte, por la estatura y la robustez de sus brazos.

Las vecinas del contorno donde vivían, pregonaban a los cuatro vientos que la señora del Barbas le pegaba al sargento cruel.

Llegó el día diecisiete de enero de mil novecientos cuarenta y uno, a las ocho de la mañana se hizo cargo de mí el sargento Barbas, tomó mis datos y me mandó formar con el resto del pelotón. Como habitualmente hacíamos, fuimos a trabajar a la explanada, eso era una montaña que existía al noreste de la puerta principal de la plaza de toros de Teruel, donde están hoy las fincas de la calle de Granada. La explanada en sí, era un barranco que existía al este del chalet del Cordobés, mirándolo desde la carretera de Valencia, hoy es zona verde todo lo profundo que era el barranco entonces.

En esa explanada que se formaba del desmonte de la calle de Granada construyeron un barracón para guardar las herramientas de trabajo de nuestro batallón. En ese barracón, nadie sabe en el mundo las palizas tan enormes que el sargento Barbas dio a todos los prisioneros, ni que estuviesen en el pelotón de castigo o fuera de él. El que se despistaba, bien fuese a comprar o en el trabajo rendía poco o se bajaba a las huertas a coger algo para comer, ese era pasado por el barracón.

Para recoger la herramienta que cada uno tenía asignada pasábamos en fila india, ya que del cuartel allí bajábamos formados en filas de tres. Cuando me tocaba el turno para recoger mi herramienta, el sargento Barbas me tocó en el hombro con la verga, señor Palomar usted póngase el último. Yo ya sabía para que era, y lo tenía preparado, cuando pasaron todos, me ordenó pasase dentro y cogiese un pico, cuando me incorporaba de coger el pico entró él, y cerró la puerta, se acercaba a mí pausadamente, con la verga preparada.

Le dije, “piense bien lo que hace, al primer golpe que me dé, me deje muerto o sin conocimiento, de lo contrario, lo mataré yo a usted con el pico que llevo en la mano, y si tiene

valor saque la pistola y máteme, se lo agradeceré”. Se quedó mirándome fijamente. “Muchacho, lo que acabas de decirme es gravísimo, una palabra mía y te fusilaran”, “si señor, lo sé, a veces es preferible morir que vivir una vida llena de sobresaltos y desesperación”. Me tuvo una hora haciéndome preguntas. Al fin me ordenó lo siguiese, me llevo al desmonte, y en una piedra que había saltado de un barreno, pesaría mil o mil quinientos kilos, con el pico que la rompiese a trozos para poderla cargar, me dijo. Yo, en mi vida había intentado romper una piedra de ese tamaño ni tenía experiencia por dónde darle los golpes, mi corta experiencia en esos menesteres me hizo comprender que jamás en mi vida la rompería. Pero no podía negarme a lo que me ordenaba, tenía que intentar por todos los medios picar en la piedra como fuese. El Barbas no se movía de allí, esperaba la oportunidad para emprenderme con la verga. Yo picaba y picaba en la piedra, con rabia y desesperación, sabía que un segundo que parase para tomar aliento me emprendería a golpes.

Yo temía muchísimo más a la paliza que a la muerte, con una crueldad sin límites seguía vigilándome esperando su oportunidad. No le di la oportunidad que él esperaba; mis manos sangraban abundantemente, se me reventaron. Por la palma de la mano y dedos no tenía piel sana, el roce del mango del pico se encargó de hacerla desaparecer. Por el revés entre los dedos y nudillos se me hicieron grietas profundas. Todo eso ocurrió en una hora o dos a lo sumo. Como no paraba de picar, la sangre me salpicaba por todas partes, a la piedra ya no se le veía su color, era roja por todas partes, el pico lo mismo, y mis prendas de vestir se tiñeron de rojo también. El encargado de dirigir y organizar los trabajos era un paisano de Teruel empleado en reconstrucción; se llamaba Joaquín Sáez alias la “Paba”, todo mundo en Teruel hablaba mal de él por su estrecha colaboración con el Barbas.

Este señor Joaquín al hacer una de sus visitas habituales de control de la forma que se realizaban los trabajos, me vio, llamó al sargento Barbas a distancia de mí. En el mismo momento le pedí permiso para beber agua, ya no veía nada más que bultos, me dirigí al Buyol, un recipiente de madera parecido a un tonel, con una capacidad de doce a quince litros.

Fui a levantarlo para beber y caí desvanecido. Los compañeros de trabajo más cercanos me ayudaron, me lavaron como buenamente pudieron y me dieron en un vaso una pequeña cantidad de agua. Como a mi alrededor se formó una pequeña aglomeración de compañeros de trabajo, el Barbas con su verga la disolvió al momento y me mandó a picar la piedra otra vez. No aguanté ni cinco minutos, me derrumbé al suelo como un fardo. Mis compañeros me dijeron después que el Barbas, cuando yo estaba en el suelo, me emprendió a golpes con la verga. Yo no puedo asegurarlo, no me di cuenta de nada. Cuando recobré el conocimiento me llevaban dos centinelas cogiéndome uno de cada brazo. Estaba por el viaducto, me llevaban al cuartel para que me curase el sanitario, era un médico prisionero del Bajo Aragón. El muchacho al verme se asustó, me curó como buenamente pudo, llamó por teléfono al capitán médico que habitualmente hacía la visita en el batallón, y me mandó acostarme en un camastro en el botiquín, hasta que viniese el capitán médico. A los centinelas que me acompañaron les dijo se saliesen, que yo me quedaría allí hasta que viniese el médico.

Se salieron los tres para fuera y al momento entró Antonio Pallarés con un tazón de café con leche y con una inyección que me puso me reanimó muchísimo. Al momento llegó el batallón a comer y también el médico. Me miro las manos, me curaron, y con las manos vendadas me mandaron a trabajar.

Por la tarde, en el momento que cogí el pico empecé a sangrar, con el roce del mango del pico el vendaje se rompió y tuvieron que subirme a curar otra vez. Al verme Pallarés, que era el sanitario, llamó al oficial de guardia, le dijo “mire las manos de este hombre, si sigue trabajando, jamás se curará y es más puede desangrarse”. El oficial de guardia les dio un escrito a los escoltas para el Barbas, seguramente le ordenaba no trabajase yo con herramientas pesadas manuales.

Al otro día cuando me curó el capitán médico, ya sabía que Pallarés me había curado dos veces sin estar él, y conocía la nota que el oficial de guardia escribió al día anterior. Llamó al Barbas al botiquín y le dijo “mándeme otro hombre a curar aquí, en las condiciones de este hombre y tendrá problemas, que no vuelva a ocurrir”.

Ya no cogí ni pico ni pala, me pusieron para bajar vagonetas cargadas, en el desmonte al barranco. Las manos, al paso de los días se me fueron curando. Lo que no se me ha curado, ha sido el recuerdo, lo llevaré toda mi vida ligado a mí, recordándolo como una pesadilla, que me atormentará, mientras exista. Es más humano fusilar a una persona que hacerla vivir tres años en batallones disciplinarios, donde el hambre, la miseria y los malos tratos, convertían a los hombres en despojo, sin sentir ni pensar, todo el ser, de un ser humano estaba aniquilado.

Continuaba bajando vagonetas cargadas al barranco. En cada vagoneta íbamos tres hombres, bajábamos agarrados a la tolva y los pies puestos en el bastidor. Con un palo bastante fuerte, lo poníamos en forma de palanca y frenábamos la tolva, como era pendiente cogía mucha velocidad. Para subir la teníamos que empujar.

En un viaje de esos, yo siempre era el encargado del freno, una vez la cargaban le quitabas las falcas y con un simple empujón rodaba cuesta abajo. Nos subíamos en ella y nos dejábamos llevar. Cuando enfilé la recta, vi venir un camión dirección Zaragoza, calculé las distancias y mi cálculo fue exacto. Gritaba con todas mis fuerzas para que parase el camión, todo el mundo se enteró menos el camión. Cuando faltaban ocho o diez metros para alcanzar el paso a nivel de la carretera les dije a mis compañeros se tirasen, yo continuaría frenando para amortiguar el golpe. Uno se tiró enseguida, otro se subió encima de la tierra, cuando faltaban tres o cuatro metros para chocar con el camión me tiré, vi con estupor, como a mi compañero Mateo, al chocar la vagoneta con el camión la tolva dio una vuelta de campana, y le pillaba debajo. No me lo pensé ni un segundo, con furia levanté la tolva, la arrojé a un lado y con las uñas escarbaba la tierra hasta que encontré a mi compañero. Lo saqué vivo, a pesar de los vergazos que me daba el Barbas porque creía me había vuelto loco. A Mateo Ventura se lo llevaron al hospital; estuvo muy grave, costillas rotas, brazo roto y varias heridas pero quedó muy bien. Vino del hospital gordísimo, me gastaba bromas, me decía dentro de poco me das otra castaña con la vagoneta y me mandan otros tres meses al hospital.

Cuando se normalizaron las cosas, vinieron los razonamientos, el Barbas la tenía tomada conmigo. Me decía “los desperfectos del camión tienen que pagarse con tu piel, te la tengo que sacar a tiras a golpes de verga”. Los camioneros se pusieron de mi parte haciéndose responsables de todo. Pero el que me dio la solución fue el señor Joaquín "La Paba".

Al barbas le dijo “insensato, no golpees con la verga a ese hombre porque intente salvar la vida de un compañero, yo he visto como ha pasado todo, y los gritos que daba para que el camión parase, ya que la vagoneta lanzada necesita doscientos metros para pararla, ya haré yo el informe del accidente”. Se reanudó el trabajo y vinieron los comentarios entre compañeros, todos coincidían con lo que yo pensaba, que el Barbas me daría una paliza. No fue así, cuando vino no me dijo nada, pero yo seguía atemorizado. Por la tarde, momentos antes de terminar la jornada de trabajo, el señor Joaquín Sáez me llamó y me preguntó cómo me llamaba, se me cayó el cielo encima, según me decían los compañeros de trabajo, al que le tomase el nombre ese señor era para que el Barbas lo ablandase con la verga.

Le pedí por favor, no diese conocimiento de mí, yo no había hecho nada malo; cumplía lo mejor que podía, y si choqué con el camión por la mañana, no fue culpa mía. Las vagonetas en pendiente y con metro y medio de tierra son casi imposible de parar, “usted lo sabe, por favor, no me complique más mi situación”. “No te preocupes muchacho, me has caído simpático, y quería saber como te llamas, no es para nada malo”.

Efectivamente no fue para nada malo, sino todo lo contrario, vino en la orden del día del Batallón. El indulto del pelotón de castigo y un premio en metálico de ciento cincuenta pesetas me lo concedía el Jefe de reconstrucción de Teruel, el comandante Calvo.

Se me concedía por mi conducta ejemplar en el cumplimiento de mi cometido. Al día siguiente me buscó el oficial de guardia para decirme que fuese a recoger el premio, me lo entregaría el comandante del Batallón. Mis manos no las tenía curadas, las llevaba vendadas todavía. Como con la piel también desapareció carne, hasta que creció todo le costó mucho tiempo. Me ordenó me arreglase lo mejor que pudiese y me quitase el vendaje de las manos.

Era un teniente de complemento que hacía de comandante del Batallón. Le he visto dos o tres veces por Teruel no hace muchos años. Me presenté a él, estuvo muy cortés conmigo. Me dijo: “mira muchacho, tienes el indulto del pelotón de castigo y un premio de 150 pesetas, pero en tu expediente figura la falta grave por estar en el pelotón de castigo. Si das esas ciento cincuenta pesetas de donativo para mejora del Batallón, yo te borraré del expediente esa falta grave”. Me quedé pensativo unos segundos, al fin le dije: “quédese con las 150 pesetas y me borre la falta grave”. El teniente se puso contentísimo, por lo visto necesitaba dinero, no miró, que ese dinero lo conseguí derramando mi sangre en el pedrusco de lo que es hoy calle de Granada.

Me felicitó y me dio la mano, me preguntó “¿Cómo llevabas las manos, parece te las han roído los ratones?”, “mi teniente las llevo así de romper una piedra muy grande con el pico”. Se quedó un momento parado, creí por un momento que me daba las ciento cincuenta pesetas, no fue así, pero adiviné en su mirada que estaba avergonzado. Mi situación cambió muchísimo, el señor Joaquín la “Paba” me puso de ayudante suyo, yo le apreciaba muchísimo, la mala prensa que tenía en el batallón disciplinario fue desapareciendo, yo tuve mucho a su favor explicando a mis compañeros su comportamiento para conmigo. Pero en realidad, fue él el que con su forma de proceder logró que todos, o casi todos lo respetásemos. Como estábamos muchos ratos juntos, yo le hablaba mucho de nuestra situación, del trato que recibíamos, que para que trabaje el personal no hacía falta la verga del Barbas, sino un poco de humanidad y comprensión. Éramos todos españoles y llegaría el día que tendríamos que trabajar todos juntos, por lo tanto, usted que está en contacto diario con nosotros, puede hacer mucho para suavizar asperezas, y el trabajo que realicemos dentro de nuestra desgracia de ser prisioneros, no nos parezca tan malo.

Como es lógico, se enteró de lo que hicieron con mi premio, lo que hacían con nosotros, y el trato que nos daban. De ese premio que me dieron y que no me dieron, fue él el que inició el informe. Hizo otro informe para que me diesen otro premio, fui a recogerlo a las oficinas de reconstrucción. Ya se me habían curado las manos. Pero se me notaban las cicatrices, a petición de aquellos señores se las mostré para que las viesan. Fuese por lo que fuese, al Barbas le prohibieron terminantemente el utilizar la verga en el trabajo. Se humanizaron muchísimo las cosas, por lo menos ya podíamos dejar el trabajo tres o cuatro minutos para fumarte medio pitillo, y si tenias dinero podías desplazarte a comprar bocadillos. El tiempo fue pasando, y cada dos o tres meses cambiaba destino, en cuanto me veían que estaba enchufado, una denuncia y, por lo menos, perdía el destino.

Me aborrecí de tal forma que en la segunda expedición que salió para Algeciras, ya lo tenía hablado con el comandante del Batallón para que me incluyera en ella, salí de Teruel para últimos días del mes de octubre. Fui destinado al Batallón disciplinario número nueve, en un pueblecito llamado San Roque, a pocos kilómetros de Algeciras. El viaje lo hicimos en tren, en vagones de mercancías, nos costó dos días con sus dos noches, fue un viaje horroroso. La gente se tenía que ensuciar en papeles o camisas o ropa, para tirarlo al exterior. Al llegar a San Roque nos establecieron al aire libre, en la ladera de una montañita pequeña. Con tiendas de campaña individuales, cada cinco hombres formábamos una, y los cinco dormíamos en ella. El batallón

era copiado de los anteriores, según tenían el genio los sargentos lo pasábamos nosotros. La comida era mala y en pequeña cantidad.

Los paquetes que nos mandaban de casa nos los robaban por el camino, y el mismo peso lo recibías en piedras. Los giros se los quedaba el cartero del batallón, era un cabo del ejército. La cosa se nos ponía feísima para sobrevivir.

El cometido nuestro consistía en descargar vagones de cemento que llegaban en un tren o dos diarios. Cargábamos el camión y hasta que no venía otro reposábamos, sin dejarnos bajar del vagón para nada.

En un descanso de esos vino el incidente, por la mañana a un compañero de fatigas de Cella, Tomás el "Rosco" le regalé el mechero, tabaco y papel. Le dije que como nos quedaba poco de vida porque el hambre nos iba a aniquilar, no quería fumar más, a ver si así resistía un poquito más de tiempo. Después de la comida de mediodía, que consistía en medio cazo de puré diario de calabaza, fuimos a nuestro vagón a cargar camiones. Se marchó el camión cargado y, mientras esperábamos que viniese otro, se pusieron todos mis compañeros a fumar. Le pedí un cigarrito a mi amigo Tomás; contestándome de broma que no me lo daba, le dije: "mal amigo, me niegas un cigarro después de regalarte todo el que tenía".

Nos vio el sargento Severo que jugueteábamos, nos mandó bajar del vagón, nos cargó un saco de cemento de cincuenta kilos al hombro y ordenó a los escoltas, diésemos tres vueltas a las vías de la estación a paso ligero para que se nos fuesen las ganas de jugar.

La primera vuelta la pudimos dar a trancas y barrancas, las vías tenían setecientos metros de largo. Recibí el castigo más salvaje y brutal de toda mi vida. Nos caíamos al suelo, los centinelas que venían con nosotros nos levantaban, nos cargaban el saco y a caminar otra vez. El sargento en una de esas caídas se abalanzó sobre mí, bailo encima de mí, me golpeó con los tacones de sus botas una y mil veces cuando se cansó, me levantaron del suelo, me cargaron el saco y llevándome un centinela de cada brazo terminé de dar las tres vueltas a las vías,

Esos tratos se recibían a diario en los batallones disciplinarios por motivos insignificantes. Nos trataban como si no fuésemos seres humanos, el alimento diario que recibíamos era por la mañana medio cazo de agua hervida con un poquito de sabor a almeja cocida, la comida de mediodía puré de calabaza hervida o caldo de hojas de col cabriterera o forrajera, para la cena puré de sardina hervida entera. Muchísimos que no tenían ningún medio económico o no supieron organizarse un poquito se llenaron de pupas que se hinchaban y desaparecían. Gracias a mis dotes de organizador nos salvamos los cinco de la chabola de la muerte o, en el mejor de los casos, ingresar en un Hospital en condiciones muy dudosos de salvación.

Lo organizamos de la siguiente manera, pedir uno cada mes, comida a su familia, así cada cinco meses le tocaba la china a uno. El primero en pedirlo fui yo, me mandaron un cajón con 20 Kg de comida. Cuando recibí la carta junto con el talón y la lista de comida, se nos abrieron unos ojos corno platos. Poco duró la alegría, recibí en el cajón 19 Kg de ladrillos y no me dejaron reclamar. Pedí un giro y no me llegó; con tanto revés estábamos los cinco desmoralizados y a punto de que nos pasara algo por falta de alimento.

Gracias a los padres de Tomás el "Rosco" que nos mandaron un cajón de comida, y ese sí llegó, cuando ya nuestro caminar era lento, cabizbajo, triste y la voz apenas se nos oía. A las veinticuatro horas de recibir la comida ya no parecíamos los mismos. La administrábamos muy bien. Después de salir de trabajar, por las tardes, nos dejaban cocinar y hacíamos unos guisos en una lata de sardinas en una hoguera, que nos sabían a gloria.

Un día del mes de enero de 1942 estábamos formados para que nos diesen la comida de mediodía, un teniente que llevaba unos papeles en la mano, me llamó y me ordenó entregar mis

enseres pertenecientes al batallón. Para mí aquello había terminado. Yo estaba perplejo, y me creía que era una broma de mal gusto que alguien me quería gastar.

Por fin, me decidí a preguntarle al teniente si era en serio lo que él me decía. Me contestó muy amable que me reclamaba el Jefe de la Comandancia de fortificación de la costa sur, no me podía decir nada más.

Cuando entregué las cosas le rogué al teniente que le asignara mi tienda a un compañero mío, de lo contrario la chabolita se tenía que deshacer y mis compañeros tendrían problemas para dormir aquella noche. Me lo concedió de inmediato y me acompañó hasta la carretera a un control militar, pararon un camión y le ordenaron que me llevase a la comandancia.

Durante el viaje le hice muchas preguntas al conductor del camión, me animaba muchísimo, me decía que estaría muy bien, era una comandancia importantísima y con mucho volumen de movimiento. En el momento que llegué a la comandancia empezaron a aclararse muchas incógnitas para mí. Todo fue muy fácil.

Un compañero mío estaba de ayudante de chófer con el coronel jefe de la comandancia. Manolo, que así se llamaba mi compañero, les dio mi nombre y dirección. El se marchaba licenciado a su casa y yo tenía que sustituirlo. Mi vida dio un giro de ciento ochenta grados. Todo el mundo me apreciaba, me respetaban como un ser humano. Yo cumplía con mi deber yendo a la perfección, ese bienestar, el trato tan correcto que recibía, lo pagaba esmerándome todo lo que podía en el cumplimiento de mi deber. Permanecí en esa situación, desde el mes de enero de 1942 hasta el 31 de diciembre del mismo año. Durante todo el año los domingos tenía fiesta. Muchísimos domingos marchaba a San hoque a visitar a mis compañeros del batallón. Cuando le pedía permiso al oficial de guardia para entrar al campamento, el coche me lo dejaba cerca del cuerpo de guardia para que lo viesen. Me trataban con una amabilidad que me hacía sonreír y me preguntaba, ¿siendo la misma persona que antes, por qué antes no me hacían ni caso y ahora enseguida me tapan la boca con lo que pido?'

Conseguí que me diesen el importe de un giro postal que se quedó el cartero del batallón. Que el sargento Severo que era muy duro, se ablandase un poquito, y a mis compañeros los trataran como seres humanos.

El 31 de diciembre del 42 me llamó el coronel don Baldomero Buendía Pérez a su despacho. Me dijo, tengo tu libertad del batallón disciplinario, vas destinado al Regimiento de Infantería nº 28 de guarnición en Salamanca. Mi deseo es que te quedes conmigo hasta que licencien tu quinta, si no te quieres quedar te arreglaré la documentación, te la pondré en regla militarmente y podrás marcharte a tu casa con un permiso de un año, siete meses y trece días, que es para igualarte con la quinta del 41 de la zona nacional. Ese tiempo de permiso es el que has permanecido en filas más que el resto de tu quinta. Cuanto te lo pienses me lo dices, y entonces te arreglaré las cosas. En esa comandancia había un teniente coronel, se apellidaba Prieto, por genio y forma de ser tuvo problemas con todo el mundo. Yo también los tuve con él, después de lo que me dijo el coronel, ya casi me había hecho el animo de quedarme. Pero se me complicaron las cosas. Se declaró una epidemia de tifus exantemático o piojo verde y vino una orden del ejército por la que todo el mundo se tenía que cortar el pelo. Pregunté si me lo cortaba yo y me contestaron que no. Mi situación era como si fuese civil o paisano y prestaba mis servicios como favor particular, por lo tanto no me lo corté. Me encontré un día en las escaleras de la comandancia con el teniente coronel Prieto. Me echó un broncazo horroroso, le expliqué lo que había y en la situación que yo estaba, y ni siquiera me escuchó. A los pocos días insistió y quería arrestarme, no lo consiguió porque me avisaron y me escapé con el coche. Tuvo que intervenir el coronel. Me cogió mieditis, me presenté al coronel y le rogué quería marcharme a mi casa.

El día 17 de marzo del 43 salí de Algeciras con mi documentación arreglada, con el permiso que me prometió y también me dieron dinero, el coronel y unos primos que tenía trabajando con él, ingenieros de caminos que eran de Zaragoza. Durante el permiso, entré a trabajar en la RENFE en Valencia como peón eventual, llevaría seis o siete meses trabajando cuando me llamaron a las oficinas de RENFE mis jefes superiores. Me comunicaron que enterados de mi rendimiento en el trabajo, y las aptitudes que demostraba desempeñando el cargo de oficial montador de 2ª, me concedían tal nombramiento. Pero tenía que presentar tres avales, alcaldía, falange y guardia civil. No lo pensé ni un segundo, para contestarles, “he permanecido tres años en un batallón disciplinario y no he molestado a nadie para que me sacasen de aquel infierno. Para trabajar, tampoco lo voy a pedir. Si no puedo trabajar aquí. Buscaré trabajo en otra parte

Me dejaron trabajar de temporero sin darme el nombramiento de oficial de Oficio Montador. A los diez meses de permiso recibí una notificación, tenía que presentarme en mi regimiento en Salamanca. No sé quien demonios se acordó de mí, porque resulta que me presenté una mañana en la plana mayor del regimiento, y un capitán que allí había me dijo “¿quién te ha mandado llamar, si tu permiso no ha finalizado?”, le presenté la notificación que me mandaron, la miró, y me dijo, “mira muchacho, búscate una pensión dos o tres días, mientras yo te arreglaré las cosas para que te vayas y termines tu permiso; si te metemos aquí en el cuartel ya no saldrás; mañana vuelves y me dices donde te hospedas y cuando solucione tu pasaporte, ya te lo llevará mi asistente”. A los tres días me lo trajo él personalmente; volvía trabajar en RENFE hasta que finalizó el permiso.

Durante este permiso conocí a una chica de Teruel de dieciocho años, ya la conocía de vista, pero no la tenía tratada, era muy recatada, poquito mundana y muy bonita. Desde ese momento, me hice el propósito de dejar para siempre todas mis aventuras, con mujeres de conquista fácil; de lo contrario tendría algún problema difícil. En Algeciras ya tuve uno al tiempo de venirme con el permiso, yo no le dije el día que salía, pero en la comandancia la conocían y se informó allí, se preparó, sacó su billete y se subió en el coche de primera. Cuando el tren se puso en marcha me buscó y me encontró. Yo festejaba con esa chica desde hacía cinco o seis meses, era huérfana de padre, su madre era una mujer de 45 años muy hermosa, y con muchísimo dinero. Al poco tiempo de morir su marido, se dedicó a la buena vida, viajes, fiestas en su casa y en hoteles, esto que relato es según versión de habladoras del pueblo. Cuando yo conocí a esa chica, por lo menos vivía en una casa muy linda con un patio andaluz que no era grande pero muy bonito y se notaba que en ella se vivía con holgura y de cultura elevada.

La chica en sí era una perita en dulce, redondita sin estar gruesa y hablando, como la mayoría de las andaluzas, con una simpatía arrolladora. Tenía el billete sacado hasta Valencia, el viaje que yo pasé hasta Alcázar de San Juan para qué lo quiero contar, no había forma de hacerla regresar a Algeciras. Yo le cortaba todos los caminos, le decía no tengo ni padre ni madre, ni sé si encontraré trabajo, como crees que podemos vivir. Para todo encontraba soluciones, me decía se pondría a servir hasta que las cosas nos fueran de cara. Como el viaje fue largo, de 22 horas, en el tren tuvimos tiempo de todo, al fin, prevaleció mi sensatez, la pude convencer para que se volviese a Algeciras en el primer tren.

En octubre del 43 me incorporé al Regimiento nº 28 en Salamanca, me destinaron a la compañía del 2º Batallón. La compañía la formaron al cincuenta por ciento de soldados de zona franquista y la otra mitad procedentes de batallones disciplinarios. Los mandos no estaban preparados para recibirnos de una forma correcta, y se convirtió aquello en un infierno. Fregar solamente fregábamos los de zona roja, zafarrancho lo mismo, y pelar patatas ídem de ídem.

Los insultos se multiplicaban cada día, la oficialidad, hombres sin conciencia, no consintieron cortar los brotes de las incidencias diarias. Llegó lo que tenía que llegar. Un atardecer, ya con la luz eléctrica encendida, me encontraba sentado en las tablas de mi camastro,

con la maleta en la rodilla. Escribía una carta a mi novia Dorita, la que ha sido la compañera de toda mi vida, el cuartelero de puerta dio la voz de, compañía el Sargento de semana. Se apagó la luz, oí ruidos como saltar varios pies, un ruido como cuando cae un fardo pesado al suelo desde bastante altura, y gritos de dolor pidiendo socorro y llamadas al oficial de guardia. Era el sargento de semana, lo arrojaron por el hueco de la escalera liado en una manta.

Nadie supo quién fue, ni lo pudieron averiguar, pero mi recuerdo, jamás se borrará. El salvajismo y la crueldad que emplearon para nada. Porque en mi vida he visto una cosa igual, sin ponernos de acuerdo nadie señaló a nadie, todos en general contestábamos lo mismo. No sabíamos nada.

Después de muchas amenazas verbales en la compañía, nos bajaron al patio, en una calle ancha que formaban los pabellones del Regimiento. En las dos escuadras que tenía la calle montaron una ametralladora y 15 o 20 soldados con fusiles, y cada seis o siete metros, grupos de tres o cuatro oficiales con vergas de toro. El oficial que organizara aquel circo romano, se puede sentir orgulloso de su perfección, pero el centenar de hombres que pasamos por aquella crueldad, recordaremos, que seres humanos se portaron con otros seres humanos, con un salvajismo y una ferocidad sin límites. Empezamos el paso ligero a las diez de la noche, conforme pasaba el tiempo, la marcialidad del paso se descomponía. Entonces los grupos que cada siete metros de distancia había, entraron en acción dando vergazos. Al que caía al suelo, sin piedad seguían golpeándole y con los tacones de las botas bailaban encima de ellos. La barbarie continuaba y continuaba, muchos hombres sangrábamos por la boca una saliva sanguinolenta, no podíamos respirar, aguantábamos de pie, por una fuerza sobrenatural que nos hacía marchar hacia delante, para que no bailasen encima de nuestro cuerpo. No perdí el conocimiento en toda la noche, y me di cuenta que a muchos oficiales del látigo, aquella salvajada les repugnaba. No puedo explicar con exactitud porque no encuentro las palabras adecuadas, el dramatismo y martirio que un puñado de hombres sufrimos desde las diez de la noche hasta las siete de la mañana. Entre los oficiales que presenciaron el martirio, alguno de ellos o quién fuese, avisaron a un general de Valladolid y al coronel del Regimiento. En que situación nos encontrarían que el coronel del regimiento nos dirigió la palabra, pidiéndonos disculpas de lo que en la noche nos hicieron pasar. Nos subieron a la compañía, en ella permanecimos tres días descansando, sin que nadie nos molestara para nada. Al tercer día por la mañana temprano, se presentó el capitán de la compañía nos formó y nos dijo: “los que vaya nombrando que salgan de la formación y estén separados del resto de la compañía”. Una vez terminó, nos formó, nos enumeró y nos bajó al patio. Enseguida me di cuenta de un detalle, los que bajábamos al patio procedíamos todos de batallones disciplinarios. Una vez en el patio nos fueron reuniendo con los grupos de las restantes compañías. Nos volvió a hablar el coronel, entre otras cosas nos dijo que la superioridad ordenaba nuestro traslado a otras unidades, Intendencia, Sanidad, Artillería, Ingenieros y Transmisiones. Bendita sea la hora que nos trasladaron, por lo que a mí respecta, mi destino fue al Batallón de Transmisiones del 59 Cuerpo de Ejército, en Zaragoza.

Me destinaron a la 4ª Compañía de Radio; de los cincuenta hombres que fuimos destinados a ese batallón, solamente dos fuimos a la compañía de radio. Durante minutos permanecimos en el comedor, donde nos hicieron un pequeño examen cultural para destinarnos por compañías. Los capitanes, tenientes y dos o tres alféreces nos hablaban con una educación, con una corrección nunca vista por mí. Yo estaba perplejo, decía para mí, ¿durará para siempre esta forma de hablarnos?. Pues sí, duró hasta que me licenciaron. El que hacía una pifia le arrestaban, guardias, imaginarias o calabozo, siempre con una causa justificada. Pegar, jamás vi pegar a nadie.

Mi cometido en la compañía de radio fue el siguiente: empezar un cursillo de radio telegrafista. El primer día que fui a clase, un alférez nos hizo esta aclaración, “tenemos por norma que al primer alumno que se aprenda el alfabeto Morse, se le conceden diez días de

permiso; como ustedes no son reclutas, cuando hable con el capitán les aclararé si con ustedes se sigue la misma norma”.

Nos entregó el alfabeto Morse y nos dijo, “ya saben el primero diez días de permiso por lo menos”. De niño cuando iba a escuela me lo aprendí de memoria, pero ya se me había olvidado. Cuando llevaba seis a siete minutos estudiando se me refrescó la memoria y me lo sabía al dedillo. Mi alférez, ya me he aprendido el alfabeto Morse. El alférez no me hizo caso, me dijo, “en esta clase jamás ha pasado un recluta que en diez minutos se lo sepa de memoria, estudie y cállese”. Le volví a insistir y por fin el hombre accedió a preguntármelo. En ese mismo momento apareció el capitán que me examinó en el comedor y me destinó a su compañía. Me vio de pie, le preguntó al alférez qué pasaba y le dijo que me estaba preguntando el alfabeto Morse, y que ya me lo sabía. El capitán entonces se dirigió a mí. “¿Cómo es que esta mañana en el comedor me ha dicho usted que no sabía nada de radio?”, “le he dicho la verdad mi capitán, el Morse ya lo sé, lo que venga después ya veremos como se me da”. Me preguntó el Morse, no fallé ni una letra, me lo preguntó salteado y de todas formas, se quedó perplejo. Me felicitó, me cogió del brazo cariñosamente y me llevó a la Plana Mayor del batallón. Por el camino me dijo que cuánto tiempo hacía que no estaba en mi casa con permiso, le dije que dieciocho meses. Lo engañé, sólo estuve en Salamanca cuarenta días con cuarenta noches, las sigo recordando como una pesadilla, por lo tanto sólo hacía cuarenta y cinco días que no veía a mi novia y mis hermanas. En la Plana Mayor me presentó al comandante, le dijo, “este señor es de los que han llegado esta madrugada; se ha presentado en la clase de radio y ya se sabe el Morse; hágale el permiso de veinte días, a los reclutas les damos diez días, pero este señor, no es recluta hace dieciocho meses que no ha disfrutado de ningún permiso”. El comandante sin rechistar me hizo el permiso se lo entregó al capitán y le dijo, “tu le regalas diez días, yo no voy a ser menos, le regalo otros diez días para que se esté un mes en su casa”.

Me despedí del comandante todo emocionado. Aquella misma tarde salí hacia Valencia. Me puse a trabajar en RENFE hasta que finalizó el permiso. Cuando volví empecé las clases con ahínco, porque los demás me llevaban un mes de ventaja. Me costó muchísimo el poder igualarme porque el alférez transmitía para los adelantados, y yo no me enteraba de nada. Le rogué me transmitiese más despacito, de esa forma hice algún progreso. Cuando nos examinaron conseguí la categoría de radio de 2ª clase.

Por ese tiempo, salió una Orden del Ministerio del Ejército por la que las quintas del 36, 37, 38, 39, 40 y 41 se les concederían permisos trimestrales. Yo mismo, estaba en la mili dos meses y cuatro en casa, el batallón de transmisiones nos concedía un mes más. En esos dos meses que permanecía en filas practicábamos con las emisoras de radio, a lo primero eran muy viejas, Lorez de la primera guerra mundial, eran como el cuadro de una bici, tenían que pedalear para generar corriente. Más tarde recibimos, unas Telefunken de 15 vatios, alemanas, el último grito, que se conocía entonces. Hasta que la conocimos fue un poco complicada y todos los días nos enseñaba el capitán a montarlas y desmontarlas con el catálogo de instrucciones que él tenía. Un día salimos por las afueras del cuartel dos o tres grupos con dos o tres emisoras cada grupo, teníamos que montar nuestra emisora y enlazar con nuestra anterior, el capitán se quedó con el primer grupo montando la emisora, a mí me tocaba con el segundo grupo y esperar que viniese el capitán para montarla. Como tardó un poco, me entretuve en montar y poner a punto el funcionamiento de la emisora, el motor DKW para generar corriente, el alternador y montar y fijar la antena. Cuando llegó el capitán, preguntó quien había montado aquello, le contesté que un servidor.

Me dijo si tenía catálogo de instrucciones, “no señor, pero ya nos lo ha explicado dos o tres veces en el cuartel?”, “¿serías capaz de montarla otra vez?”, “todas las que usted mande”, me cogió del brazo y me alejó de la emisora. Les ordenó desmontasen la emisora y mezclaran los cables. Volvimos y me ordenó montarla de nuevo, me costó un minuto en dejarla lista para funcionar. Esa demostración me costó bastantes quebraderos de cabeza a largo plazo. El día 23

de junio de 1944 sobre las once de la mañana, me dieron el permiso trimestral que me correspondía.

Al atardecer me encontraba en la estación de RENFE de Zaragoza Arrabal en la cola de los billetes. Un soldado daba gritos, preguntando por otro soldado, yo, ensimismado en mis pensamientos, ni cuenta me daba, preguntaban por mí. Al fin, los que estaban junto a mí, se percataron del distintivo de radio, y me dijeron que aquel seguramente preguntaba por ti.

El que me buscaba se percató de aquellas insinuaciones, se me acercó y dijo "¿es usted fulano de tal y tal, radio telegrafista del batallón de transmisiones del 5º cuerpo de ejército?": El alma se me cayó a los pies, pensé en lo malo, y toda la alegría que tenía por marcharme de permiso, se esfumó en un segundo.

Me dijo, "tengo orden de su capitán de llevarlo a capitania general él lo espera allí". Por el camino le pregunté si sabía para qué me llamaban, me contestó que no. Solamente su capitán me ha dado cuenta esta muy activo por allí. Me esperé en la puerta de capitania, y al poco tiempo se presentó mi capitán. No me dio tiempo ni de respirar. "Sube al coche que nos vamos". Por el camino le pregunté por qué me mandaba llamar, "ya te lo diré mañana", de momento no puedes marcharte con permiso.

Cuando llegamos a la compañía, yo llegué con la cara muy alargada. Mis compañeros me hacían preguntas, y no sabía qué contestarles. Al poco rato, salió el capitán de su oficina con una lista en la mano; nos -dijo "los que nombre, que se preparen sus cosas personales, tenemos que salir de servicio para tiempo indefinido entre los quince que nombró -lógicamente yo iba incluido.

Al enterarse mis compañeros que me quitaban el permiso para realizar un servicio, se ofrecieron voluntarios para salir en mi puesto, y así poder marcharme con el permiso. El capitán no consintió, les dijo, "no puedo sustituir a Palomar por ningún otro, es radio, chófer, y oficial de oficio montador, las tres especialidades que son imprescindibles para mí". En la madrugada del 24 de junio, salimos en dirección de los Pirineos Aragoneses, con un camión y cinco emisoras.

Dejamos una emisora en Benasque, otra en Boltaña, en Hecho, en Aragüés del Puerto y la mía en Jaca la instalamos en la 223 Comandancia de la Guardia Civil de Fronteras. Una vez establecido el enlace con las cuatro emisoras restantes, y el servicio funcionó, el capitán me ordenó, "queda a tu cargo el buen funcionamiento de todos los motores eléctricos y de gasolina, y procuraras por todos los medios que el servicio se pueda realizar con normalidad, todos los problemas que tengas me los comunicas.

Tuve algún problema pero todos los solucioné. Un motor eléctrico lo reparé y funcionaba, pero se calentaba mucho. Se lo comuniqué al capitán y me mandó un telegrama por medio de la emisora que teníamos en el cuartel, me decía que procurase que las escobillas, tocasen con toda su superficie en el rotor, así lo hice y funcionó de maravilla,

Con los de gasolina solamente tuve dificultades con los carburadores, por no filtrar la gasolina como era necesario. En una de las visitas que el capitán nos hacía, me dijo, "te he traído un motor de repuesto para que siempre tengas uno listo; como el permiso trimestral no te lo puedo dar, te aseguras de antemano que todos motores funcionan bien, y todas las semanas te puedes marchar a Valencia a ver la novia, un par de días o tres".

Le contesté que no disponía de medios económicos para poderme costear los gastos de viaje, con el trimestral me ponía a trabajar y podía disponer de algún dinero.

Me contestó, que la próxima vez que viniese, vería si podía solucionarme algo. Sí que lo solucionó, me trajo a modo de una lista de embarque entre Jaca, Zaragoza y Valencia y viceversa. No tuve ningún problema en los viajes que realicé.

En Valencia sólo permanecía ocho horas, no estaba tranquilo hasta que no llegaba a Jaca. En el tiempo que pasé en la comandancia de la guardia civil, se portaron conmigo maravillosamente, el general de la Plaza era una bellísima persona, en fin todo el mundo que tenía algo que ver conmigo, me apreciaba muchísimo.

En un viaje relámpago de los que hacía a Valencia, un compañero mío de RENFE me dijo, “esta noche iremos juntos a Zaragoza, vente un poco pronto y me ayudarás a cargar 200 kilos de arroz en los escondites que hicimos en los coches del correo, las ganancias nos las partiremos para los dos”.

Llegamos a Zaragoza sin novedad, en la estación de Delicias vendimos 180 kilos, quedaron 20 para un compromiso que tenía mi compañero. Después de cenar nos fuimos al cine, no entramos a ver la película porque nos pareció cara, y nos fuimos a dormir. Mi compañero, que no ha podido estar tranquilo un momento en toda su vida dice, vamos a llevar el arroz y ya tenemos todo hecho. Cuando salíamos de la estación del Arrabal un señor nos preguntó qué llevábamos en la cesta, se lo dijimos y se marchó, pero al momento vino una pareja de la policía armada y se lo quitó a mi amigo. Ya nos marchábamos a dormir, cuando pensé, también tiene triste gracia, que estos señores nos quiten el arroz, sin más ni más. Alcanzamos a la policía y me presenté como militar por ver si me lo daban. Se enfurecieron mucho y me dijeron que siendo militar estaba muy feo que hiciese estraperlo; más feo es lo que hacen ustedes que lo roban, yo ese arroz lo compré ayer en Valencia.

Acabé en la comisaría, como estaba de mal humor al comisario le dije, “no pierda el tiempo haciendo preguntas, llame a la patrulla de vigilancia y ya decidirán los militares lo que tienen que hacer conmigo”.

Vino una patrulla y se me llevo detenido a Capitanía General. El oficial de guardia era un capitán, me asustó mucho, me dijo “tu asunto es muy grave, te formarán consejo de guerra”. Le pedí permiso para hablar por teléfono con el oficial de guardia de mi batallón, me lo concedió en el acto, le expliqué lo que me pasaba al teniente de guardia y me dijo que se pusiese el capitán al teléfono.

Hablaron largo rato, al terminar me dice el capitán, “tu teniente me dice que vayas a hablar personalmente con él”. Pero me di cuenta que al capitán no le parecía muy bien que me fuese. Por fin me mandó a mi cuartel. Cuando llegué, el oficial de guardia, o sea, el teniente de mi batallón, se puso muy furioso, no conmigo sino con los que me detuvieron, le recomendé hablase con el capitán de guardia de Capitanía. Sería sobre las dos de la madrugada cuando el teniente de mi batallón, le dijo al capitán que no pasara pena, que sobre las siete de la mañana me bajarían a capitanía, que me iba a ordenar que me acostase a dormir. No me fui a dormir, le dije al teniente que no podría dormir porque estaba muy preocupado. Al poco rato se presentó mi capitán, lo había llamado el teniente. Vino como una furia, no conmigo, sino por lo que me habían hecho. Vete a dormir, no te preocupes de nada. “Ese arroz que te han quitado, lo tienen que pagar muy caro, lo llevabas a Jaca para comérselo vosotros, ya que coméis por vuestra cuenta, y lo tienes ordenado así, cada quince días que bajas a Valencia te subes 20 Kg de arroz”.

“Te formarán el consejo de guerra pero puedes estar tranquilo; en el tren de las doce de la mañana saldrás para Jaca. Vete a dormir, te llamaré a las seis y media y nos bajaremos a hablar con el coronel”.

A las seis y media vino a llamarme, pero estaba despierto, me llevó a la cocina, nos tomamos un tazón de café con leche que me supo a gloria.

Sobre las siete y media fuimos a informar a nuestro coronel, también él me dio muchos ánimos. Me dijo, “no te preocupes de nada, solamente ha sido el susto que te has llevado, y el papeleo que se tiene que hacer, dentro de un momento llamaré al Capitán General para que active este asunto tuyo, y en la próxima circulación te subas a Jaca”.

A las nueve y media me tomaba declaración un coronel, me dijo que era mi defensor, después de leerme dos o tres folios me preguntó si me parecía bien. Le contesté que sí, a continuación me preguntó si quería estar presente en el juicio, pues iba a empezar. “Si usted cree que puedo quedarme fuera me quedaré, usted me indicará qué debo hacer”.

Me quedé fuera, a los veinte minutos salió el coronel, me dio la mano y me dijo, “has salido libre y sin causas, firma todo esto y te podrás marchar”.

Vino mi capitán, ya estarás tranquilo, me dijo, esta madrugada dudabas de mí, has visto como todo ha salido como te decía. No encontré palabras para expresarle mi agradecimiento, le respetaba mucho a pesar de que era muy joven, se casó al poco tiempo. Esto ocurría el diez de noviembre de 1944.

Volví a Jaca, a desempeñar mi cometido lo mejor que podía y sabía, mis compañeros fueron dos o tres veces con un mes de permiso. Yo me tenía que conformar con ocho horas a la semana que permanecía en Valencia. Nadie me prohibía el quedarme veinticuatro horas, pero si lo hice una vez o dos no descansé hasta que no llegué a Jaca, y me decían que todos los motores funcionaban de maravilla.

Las emisoras de Benasque, Boltaña, Hecho y Aragüés del Puerto, nos transmitían los partes y noticias a nuestra emisora, y nosotros a Zaragoza, y Zaragoza a Madrid. Por una avería que sufrió la emisora de Zaragoza, el Alto Estado Mayor ordenó que enlazáramos con Madrid. Nuestra emisora era de 15 vatios, la de Zaragoza de 500 vatios. Era casi imposible que Madrid nos pudiera oír, nuestra emisora trabajaba con el fluido o corriente pública, era continua, con un convertidor de mercurio la convertíamos en alterna, para distancias cortas funcionaba bastante bien.

Después de varios intentos Madrid no nos podía oír. Ya se iba a dejar por imposible, cuando le dije a mi capitán, que solo nos quedaba una posibilidad corriendo el riesgo de fundir alguna lámpara o quemar algo del transmisor. Me preguntó como podía conseguir eso; muy sencillo montando el motor de campana en los sótanos de la comandancia, y la emisora que funcione con la corriente que produzca el motor puesto al máximo; la emisora de esa forma tendrá más potencia. “Dime el tiempo que te puede costar el preparar todo”, “treinta minutos, que se ponga Madrid a la escucha a ver si nos puede oír”.

Se realizó el enlace con Madrid con toda normalidad. Todo el que tenía algo que ver con emisoras nos felicitaba. Por batir un record con una emisora de 15 vatios, por estos servicios y otros análogos, me costó estar en la mili cuatro meses más que el resto de mi quinta.

En el mes de octubre del 45 se presenta en la emisora el secretario del coronel de la guardia civil con el Boletín Oficial. “Palomar, mira lo que dice, estas licenciado”. En un artículo decía, todo aquel que fuese incorporado a filas, antes del 1 de junio de 1940 tenía que ser licenciado automáticamente.

Se marcharon todos licenciados, yo continuaba allí y nadie me decía ni una palabra, al fin hice una instancia dirigida al Capitán General de la 5ª Región y le escribí una carta a don Emilio, el coronel amigo. Por esos días también se presentó mi capitán con toda mi documentación arreglada para pasar, previo examen de radiotelegrafista civil, al aeropuerto de Manises, Prat de Llobregat o Madrid. Como estaba tan caliente ni firmé instancia ni nada de nada, solamente me quería marchar a mi casa licenciado. A los pocos días recibo un telegrama oficial por nuestra emisora, en el que ordenaban presentarme en el despacho del Capitán General, tal día a las once horas. Firmado, José Monasterio Ituarte, Capitán General de la 5ª Región, quedé pequeño, pequeño. Solo pensaba en lo malo, y decía, será sobre el arroz o que demonios será. El día señalado, me presenté en su despacho a través de un capitán, Nada más pasar la puerta, le hice el saludo de rigor y no me dejo terminar de presentarme, “ven muchacho siéntate enfrente de mí, cómo va el servicio de radio por Jaca”. Me quise levantar para contestarle y no me dejo, “no te

preocupes somos amigos, aquí tengo una carta de un gran amigo mío y tuyo, me pide por favor que te licencie, y aquí tengo un escrito de tu coronel, en el que dice no tiene ningún soldado preparado para sustituirte; como veras estoy en un aprieto, sácame de él por favor”.

Le contesté que me subiría a Jaca otra vez, el capitán general, me dio un abrazo y que la patria me agradecería mis buenos servicios prestados. Me dio una carta para el coronel Senrra Jefe del Regimiento de Guarnición en Jaca, que lo que me hiciese falta no tenía más que decirlo, dinero, comida, lo que fuese, allí estaban ellos para solucionarlo todo.

Cuando llegué a Jaca le entregué la carta al coronel Senrra, también eran íntimos amigos de don Emilio. El coronel Senrra, mientras permanecí en Jaca, casi todas las mañanas cuando llegaba a su despacho, me llamaba por teléfono preguntando si necesitaba algo. Jamás le pedí nada, estaba loco no vivía ni tenía tranquilidad, sólo tenía una obsesión, que me licenciaran. Se me fue el apetito, dormir, no dormía nada más que un par de horas, el resto de la noche la pasaba cavilando, volviéndome loco de desesperación.

Se dieron cuenta los jefes de la comandancia de la guardia civil, que yo ya no funcionaba bien. Se presentó el capitán con el relevo, le puse al corriente en un mes, el capitán y mi relevo querían que me quedase un mes más, no lo consiguieron.

Por una vez desobedecí a mi capitán, no recuerdo si le diría alguna barbaridad, pero por fin, me marché licenciado. Cuando estalló la guerra cumplí dieciséis años el 24 de octubre del 36, cuando me licenciaron en mayo del 46, tenía veinticinco años, y siete meses. Era un hombre acabado, con la vida rota a pedazos, diez años de peregrinar en condiciones muy adversas acabaron con mi vitalidad. Mi impetuosidad de un hombre joven y fuerte desapareció, dejando en su lugar, un guiñapo humano sin voluntad y sin criterio propio, acostumbrado a decir, sí mi sargento, sí mi teniente, sí mi capitán. Era como un animal temeroso, lleno de terror que espera que por todos los sitios le vengan golpes.

Cuando me reintegré a la vida civil, la encontré dura y despiadada. El hambre hacía estragos en la población humilde. Es muy raro encontrar una familia obrera con dos o tres hijos de familia, comprendidas en edades de doce a veinticinco años, en los años del cuarenta al cincuenta, que se haya escapado sin sufrir el azote de la tuberculosis, la cantidad de muertos por escasa alimentación fue aterradora. Los obreros no éramos obreros entonces, éramos esclavos, nos trataban sin piedad, todo dependía del esfuerzo personal del individuo, sin tener en cuenta si trabajabas doce o veinte horas, sin probar en todo ese tiempo ninguna clase de alimento.

Ante esa situación, antes que morirte de hambre, los sábados después de terminar el trabajo, cogía un tren de mercancías y subía a los pueblos cercanos al ferrocarril, a comprar harina, patatas y aceite, cada domingo compraba 20 Kg, normalmente era harina de trigo, vendía 10 Kg y los otros 10 los empleábamos en pan para la semana.

Fue la única forma, que mis hermanas y yo pudiésemos comer un poquito de pan en todas las comidas. Era una vida durísima, sin dormir ni descansar lo necesario. Pero lo resistía bien, la alimentación que recibía siendo insuficiente me daba las energías necesarias para poder soportar el ajetreo continuo que llevaba. Me fui acostumbrando a la vida civil de un obrero, a defenderme de los abusos que los jefes cometían conmigo y con los demás. Alguna vez cuando defendía mis derechos en casos justificadísimos y muy claros, me amenazaban diciéndome que era rojo, que me callase, o me denunciaban por comunista. El que me decía eso, no me lo repetía nunca más delante de mí, sabía defenderme bien y por la cuenta que les traía, supieron tratarme con respeto en lo sucesivo.

El tiempo fue pasando, y quería casarme, con el sueldo que yo ganaba entonces, ni en diez años hubiese ahorrado el dinero que me hacía falta. También encontré una solución, unos compañeros míos, los privilegiados del régimen, que realizaban el acompañamiento de trenes

entre Valencia, Zaragoza y viceversa, ganaban muchísimo dinero llevando en el tren arroz a Zaragoza, el jefe inmediato nuestro también chupaba de ese dinero.

Hablé con los tres, les pedí por favor me diesen ese servicio durante quince días, necesitaba dinero para casarme, como es lógico no querían acceder, como yo estaba dispuesto a todo les puse mis condiciones, el servicio realizarlo yo y que nadie me quitase el arroz, ellos tenían sobornados a la policía y la fiscalía.

No les quedó más remedio que acceder a lo que yo les pedía. En diez días realicé tres viajes a Zaragoza, me gané 15.000 pesetas; no quise abusar más y les dejé su tren, y su servicio. Ese dinero en aquel - tiempo representaba el sueldo mío de tres años y medio. Al poco tiempo empezamos los preparativos de la documentación, para contraer matrimonio me exigían el consentimiento paterno. Al decir que a mis padres los fusilaron los fascistas, me sacaron un papel impreso para que lo firmase, en él decía que mis padres murieron de un síncope al corazón.

Se lo tiré a la cara del sacerdote, "¿con quién se cree usted que trata?, ni lo firmo ni lo firmaré en mi vida, y sino quieren casarme maldita la falta que me hacen ustedes, me juntaré con mi mujer y en paz, mire que sencillo es"; y me marché.

A los cinco días, por la tarde, me esperaba en mi casa el sacerdote para decirme que ya estaba todo solucionado y podría casarme sin firmar ese papel.

Como para mí empieza una nueva vida y ya no me pertenece a mi solo, sino a mi señora también, finalizo los hechos más significativos ocurridos durante doce años. Vividos llenos de dramatismo y terror, en muchos días de mi vida. Faltan muchos detalles que señalar, escribo estas memorias, sin llevar o tener un diario con apuntes y paso por alto muchos hechos. Conforme voy escribiendo vienen a mi memoria cosas que me han ocurrido pero fuera de las fechas o lugares de lo que tengo escrito. Desde la terminación de la guerra civil en marzo de 1939 son datos exactos sacados de mis documentos militares. Como aclaración a mis relatos anteriores diré, me casé el día tres de abril de mil novecientos cuarenta y ocho, el veintiuno de abril del 49 nació mi hijo Rogelio, el día uno de octubre de 1950 nació mi hijo Guzmán.

En aquellos tiempos los jornales eran bajísimos, por lo cual, trabajaba todas las horas extraordinarias que me concedían. El tiempo que me quedaba libre lo dedicaba a mi mujer y mis hijos, sin salir de mi casa jamás si no salíamos los cuatro juntos.

Con mis hijos encontré las mayores satisfacciones de mi vida. Yo, que a todos los niños del mundo los adoro con pasión, al contemplar y jugar con mis hijos rayaba en la locura la satisfacción que sentía.

Recordaba mi pasado, que por lo inestable de mi vida, siempre solo y sin cariño de padres, añoraba y pensaba que podría formar un hogar y familia. Al verme en mi hogar con mi mujer y mis hijos, los miraba a todos y parecía un sueño de los muchos que tuve estando despierto, durante los once años de dar vueltas de un lado para otro.

Era una realidad, nuestros hijos existían, tenían a su padre y su madre. Ofrendándoles un cariño inmenso, pedía con el pensamiento que viviésemos el tiempo suficiente para que mis hijos no añoraran el cariño y amor, que a su padre le faltó.

Para que a mis hijos recibieran la alimentación correcta o necesaria, en aquellos tiempos teníamos las famosas cartillas de racionamiento, pero era insuficiente para poder pasar con lo que tenía asignada la persona.

No nos faltó de nada, con mi trabajo y mi saber conseguí lo necesario para vivir honestamente y la alimentación asegurada de todos en casa. En RENFE, mi empresa, me ordenaban trabajos superiores a mi categoría por lo que recibía el sueldo de jefe de equipo, dos categorías superiores a la mía, con esa categoría cobré la suplencia siete años. Cuando llevaba

más de dos años el jefe de taller propuso a Madrid a la Dirección General, que me concedieran el nombramiento de jefe de equipo.

Madrid me lo concedió sin más. En la 4ª zona de Valencia tenían que hacer los trámites reglamentarios y todo solucionado. No fue así, me pidieron la carta que recibí anunciándome mi nombramiento. Con toda mi buena fe, les di todo lo que me pidieron, carta y documentos que podían justificar el trabajo que realizaba.

Jamás me dieron ese nombramiento ni a mis preguntas me contestaron la verdad. Pasaron tres o cuatro años y un jefe de negociado que yo conocía me dijo extraoficialmente y como amigo: “No sueñes con tu nombramiento, en tu expediente consta que procedes de un Batallón Disciplinario y eres de izquierdas, no ascenderás nunca”. Continué trabajando y cobrando suplencias a intervalos de diez a quince años y otros tantos cobré traslaciones. Al poco tiempo mi señora enfermó de vesícula, estuvo varios años enferma, cuando no tuvo más remedio se operó pero estaba muy desmejorada y con muy poquitas energías. Le costó dos años para recuperarse un poquito nada más. Ha vivido y vivía con mucho cuidadito sin salirse de sus comidas y su régimen.

El tiempo ha ido pasando y conforme me cargaba de años me aumentaban los problemas. Desde que estuve herido en la guerra tenía a temporadas dolores de lumbago me creía yo, y los médicos de cabecera lo mismo. Por fin, después de doce o catorce años, el médico de cabecera harto de ponerme inyecciones y supositorios y no encontrar alivio me mandó al especialista. Me encontraron una lesión en la columna en la quinta vértebra lumbar, lo que me ha causado tantos problemas y dolores horrorosos durante toda mi vida. Al casarse mis hijos tenía yo 54 años, acudía al trabajo con una faja ortopédica que me inmovilizaba la columna vertebral. La seguridad social de RENFE en un reconocimiento que me hicieron en Madrid no quiso acceder a jubilarme, que era mi deseo. Ordenó que me diesen un puesto de trabajo para realizar sentado en un sillón. Mi categoría en RENFE era un cargo especial, a pesar de que sobraban agentes en RENFE no querían jubilarme.

En esas condiciones trabajé cuatro años, de los cincuenta a los cincuenta y cuatro. Durante todo ese tiempo, todos los años intentaba convencer a los jefes de la 4ª zona, que eran los míos, para que informaran favorablemente sobre mi jubilación, pero no lo conseguía. El último año que presté mis servicios en RENFE, se hizo cargo de la jefatura un ingeniero joven cumplidor y muy trabajador. Éramos los únicos de la jefatura que a las 6,45, al toque de sirena, nos encontrábamos en nuestro puesto de trabajo, los demás acudían de 8 a 9 de la mañana. Durante la hora de siete a ocho el ingeniero jefe y yo hablábamos de la falta de puntualidad del resto de los compañeros.

Intentó por todos los medios que viniese todo el mundo a las siete menos cuarto de la mañana, conforme iba acudiendo cada jefe a su oficina les iba llamando a su despacho, les echaba el sermón y con eso se quedaban. A la mañana siguiente todos venían tarde. Una mañana me llamó a su despacho para decirme que era el único que por mi lesión, mi comportamiento y la información que tenía de mí no acudiese a trabajar hasta las diez de la mañana. Era un beneficio que me otorgaba mereciéndomelo sobradamente. Como durante tres años intenté que me jubilaran y no lo conseguía estaba mosqueado, todos los jefes a los que recurría me decían lo mismo, que era un agente ejemplar y que merecía todo lo que pidiese, que solicitara la jubilación.

Ellos informaban que los servicios que realizaba en RENFE eran necesarios y no podían sustituirme por otro agente de la misma categoría por carecer de personal de esa especialidad. ¡¡ Toma ya!!.

Enseguida me contestaron de la dirección que no accedían a mi petición por ser necesarios mis servicios. “Mire Ud., si de verdad me aprecia lo que debe hacer es hablar con el

Jefe de personal, se ponen de acuerdo y cuando vuelva a solicitar la jubilación por tercera vez informen Uds. de forma que pueda jubilarme”. Se quedó un momento en suspenso, me dijo que no sabía nada que yo hubiese solicitado la jubilación y si no me encontraba a gusto en mi puesto de trabajo, tenía pensado y contaba con mi colaboración para organizar este servicio, lo encontraba un poco abandonado. Con mi colaboración o sin ella esto no tiene arreglo, los puestos de cierta responsabilidad los están ocupando señores que amparados en la política y valiéndose de malas artes, han llegado a ellos faltándoles personalidad y saber para ocuparlos.

Estoy hasta el gorro de deshacer entuertos, se puede comprobar que a estos señores les han dado la orden de cerrar esta dependencia y sin pensarlo un segundo lo han cumplido a rajatabla. Al poco tiempo, me llamaban a esta oficina ordenándome pusiera en funcionamiento con el personal necesario la dependencia tal, que ellos dieran orden de cerrarla. El calvario venía a continuación con el número de agentes, yo decía que necesitaba diez, de momento me los daban pero enseguida venía el recorte.

Venían ingenieros técnicos de la Zona con el cronómetro a medir el tiempo y movimientos de cada agente. Si no llegábamos a un acuerdo venían ingenieros de Madrid del Departamento de Organización y Métodos. Siempre tuve suerte, permanecían cinco o seis horas con mis agentes y conmigo, me felicitaban y se marchaban.

En los tres o cuatro dependencias que organicé y las puse al máximo de rendimiento me pasó siempre igual, con mis compañeros de trabajo me he llevado toda la vida muy bien, todos éramos lo mismo sin distinción de clases ni categorías. Cuando me mandaban a otra dependencia sentía mucho la separación. Soy un ser humano como los demás y cuando me echaban de una dependencia que organicé y funcionaba a las mil maravillas, me dolía de corazón dejarla. “Le ruego por favor informe de mi situación y puedan jubilarme”.

A los cuatro meses de esta entrevista me jubilaron. Durante los treinta y cinco años que trabajé en RENFE estuve destacado en dos o tres periodos de catorce años cobrando doble sueldo, fuimos ahorrando algún dinerito y nos hicimos un chalecito en un pueblecito de la provincia de Castellón, Sot de Ferrer. Nos vinimos a vivir definitivamente en el momento que me jubilaron. Llegamos aquí mi señora y yo llenos de problemas, yo con mi faja medio inútil, mi señora con sus problemas de la enfermedad que le afectó muchísimo a la vista.

Al año de estar aquí mi lesión mejoró muchísimo, toda mi vida esa lesión afectó a mi sistema nervioso y he dormido por etapas. A las dos o las tres de la mañana me levantaba con dolores horribles, me tomaba un calmante, me fumaba dos o tres pitillos y a las seis de la mañana me marchaba a trabajar. Durante la noche mi cuerpo, según me dice mi señora, he tenido un azoque mercurio, mis manos y mis piernas no las ha podido tener quietas y por si faltara algo, mis pesadillas. Jamás en mis sueños he podido desterrar los amargos recuerdos de muchos años de mi vida.

En el año 1977 comencé a gestionar la recogida y localización de nuestros familiares fusilados en la guerra civil. Concretamente mi padre el 5 de septiembre de 1936, mi madre al día siguiente el día 6. El día 17 del mismo mes fusilaron a 12 mujeres más de Cella, entre ellas mi tía Dolores hermana de mi madre, mi tía Emilia mujer de mi tío Román hermano de mi madre, mi tía Pilar Montalar prima hermana de mi madre, mi tío Julián hermano de mi madre. Éste junto con quince hombres más están enterrados en un prado del barranco Zurrilla, entre Gea y Albarracín. Las doce mujeres de Cella están junto a mis padres en el cementerio de Albarracín.

Para averiguar todo esto me personé en el Ayuntamiento de Albarracín, el alcalde fue muy correcto, me puso el alguacil a mi disposición para acompañarme a ver personas que vivían en el año treinta y seis. Todas las autoridades eclesiásticas, civiles y personal paisano, me trataron con humanismo y comprensión. Los sacerdotes del cementerio y catedral tienen libros de Registro del año treinta y seis donde consta los nombres, apellidos, edad y naturaleza y el día

de su ejecución. Me acompañaron al cementerio el sacerdote encargado del mismo, el simpático alguacil que me acompañó a todas partes, y un señor que no recuerdo su nombre que ayudó al enterrador a sepultarlos. Recibí información exacta del lugar donde fueron sepultados, una fosa común donde reposan diez personas de Albarracín, a continuación mi padre, mi madre y las doce mujeres de Cella, todos estos registrados en los libros que cito anteriormente.

Con toda mi pena y amargura al recordar a lo vivo la ejecución de mis padres, me causó cierto alivio el enterarme que la tumba donde reposaban, las autoridades eclesiásticas, durante cuarenta y tres años las respetaron y no echaron sus restos y huesos a la fosa común.

Ante esa delicadeza de no alterar su reposo eterno, me puse de acuerdo con el sacerdote encargado del cementerio, y me concedió permiso para colocar un panteón rectangular con catorce nombres, apellidos y edad. El resto hasta veinticuatro ya tenían puesto otro panteón, estos señores eran nativos de Albarracín.

El terreno y el panteón han quedado de nuestra propiedad a perpetuidad, a cambio de figurar en el panteón una pequeña cruz y concediéndome también gravar este pequeño epitafio:

“Privados de sus vidas en Albarracín en septiembre del 36. El tiempo ha demostrado su inocencia por su humildad personal.

Queridos padres, madres, hermanas y abuelas, todos vuestros hijos y demás familiares os quieren demostrar con este pequeño panteón, que jamás os olvidamos.

Ha sido muy tarde han pasado 43 años, pero durante toda una vida el corazón de vuestros hijos ha ido destilando amargura.

Nos quedamos huérfanos muy niños otros mayores, a todos nos hizo falta vuestra protección y cariño.

La vida de algunas nos zarandó con tanta violencia que pedíamos estar a vuestro lado para siempre.

Descansar en paz en vuestra tumba colectiva, si os quitaron la vida os evitaran el sufrimiento de ver morir a vuestros hijos en los campos de batalla unos, otros sufrir represiones que muchas veces fueron brutales, por querer defender con honradez y justicia la libertad, y los pequeños dando tumbos en sus vidas sin el amor de su madre.

Estamos lejos de vuestra tumba y dispersos por toda España.

Quizá nuestras visitas sean distanciadas, pero jamás os olvidaremos.

Vuestros hijos”

Al dedicarles este pequeño monolito a mis padres parece que se me ha marchado un trocito del peso que me oprime toda mi vida. De antemano sé que los pobres no se enteran de nada, pero me causa satisfacción que todo el mundo que vaya al cementerio, se entere de las atrocidades que cometieron. No tengo medios económicos ni tampoco si me autorizasen a publicarlo, es el gran deseo de mi vida. Publicar mis memorias. Está mal escrito, mi forma de expresarme y mis palabras vulgares demuestran falta de cultura y redacción. He puesto todo mi empeño en que trocitos y guiones de nuestra Historia de España, narrados y vividos por un simple soldado y obrero especializado después, salieran a la luz del día.

Para que el pueblo español y el mundo entero sepa la verdad de cómo morían y vivían las personas humildes. Que sólo se preocupaban de hacer el bien, ayudar al necesitado sin mirar su ideología, así fueron mis padres durante su corta vida. Yo, criado y vivido en ese ambiente, he transpirado humanidad por todos los poros de mi cuerpo. A mi lado, si yo he podido evitarlo no ha sufrido ni padecido nadie, he tenido ese instinto espontáneo de ayudar a todo el mundo que haya estado a mi lado. Con mi carácter y mi personalidad que ha sido un poco fuerte tampoco he

tenido problemas, jamás he sido violento y si he discutido con superiores o inferiores a mí, o con familiares, a los cinco segundos todo lo he olvidado. Con estas cualidades soy profundamente enemigo de la violencia sin deseos de revanchismo, han pasado años y las cosas se tienen que quedar como están. Por muchos que sentaran al banquillo de los acusados para que rindieran cuenta de sus crímenes, jamás les volverían la vida a mis padres, ni me remediarán de mis sufrimientos.

Quizá dentro de muchos años el pueblo español encuentre el bienestar, la paz y una justicia digna y transparente para todos. Durante muchos tiempos el gran capital, los grandes empresarios, sin poner reparos a nada, su finalidad ha sido la misma, amasar fortunas inmensas, han destruido la naturaleza, han contaminado ríos y mares, han sembrado la discordia en la clase trabajadora con envidias y zancadillas de malas artes que ellos mismos promovían. Todo tendrá que cambiar para que nuestro pueblo encuentre el camino de la honestidad, con el trabajo y colaboración de todos.

Dentro de mi humildad he luchado toda mi vida por causas nobles y justas, cuando veo talar un árbol o quemar un bosque, siento una pena inmensa, pienso que mi esfuerzo de plantar arbolitos y criarlos no ha servido para nada. Con los animalitos me pasa lo mismo, siento y he sentido siempre admiración hacia ellos, ya sean silvestres o domésticos. Si convives con ellos, aprendes muchísimas cosas, cada uno de ellos tiene sus propias peculiaridades. En la actualidad poseo un perro lobo, cruce de pastor alemán y lobo siberiano, es un animal magnífico, obediente y con mucha nobleza, a mi señora y a mí nos quiere muchísimo. Salimos con frecuencia de paseo al campo, en el momento que nos sentamos inspecciona el terreno en circunferencia y no consiente que se nos acerquen ni abejas ni lagartijas, ni nadie que nos pueda molestar.

En una de esas inspecciones que realizaba en un matorral se puso muy furioso, mi señora y yo no le hacíamos ningún caso porque a todos los bichitos que están cerca de nosotros los tiene que exterminar. Al ratito me llamó, sí, sabe llamarme a su manera con dos ladridos exactamente iguales y distanciados, acudí a su llamada muy confiado. Por donde él estaba, a su derecha había un trozo de terreno con la vegetación quemada. Para no ensuciarme los pantalones de tizne me los subí hasta la rodilla, llegué a la parte alta del matorral donde él embestía con furia. Yo con insistencia miraba al interior del matorral que con su espesor y amplitud no me dejaba distinguir nada de lo que pudiese estar dentro. Le reñí a mi perro diciéndole que era tonto, me hacía ir para nada, él me miró y con mucha fiereza embestió al matorral. Sentí dolor en mi espinilla izquierda, vi una culebra en mis pies que desaparecía por mi derecha, él continuaba en el matorral luchando con fiereza, le dije, ¿buscas petróleo?, la tienes aquí, me acaba de morder y no te enteras de nada, a todo esto le señalaba con mi mano derecha la dirección por donde desapareció la culebra.

Con un esfuerzo majestuoso dio un salto por encima del matorral para caer en el sitio exacto, morder la culebra y salir por encima del matorral dando tumbos, él con su culebra en la boca y enrollada a su cuello y cuerpo. Cuando bajaban dando tumbos pendiente abajo me tranquilicé enseguida, los rugidos que lanzaba mi perro eran de victoria. En el momento en que se puso de pie hizo un movimiento con su cabeza de derecha a izquierda con rapidez y salió un trozo de culebra por cada lado, y un trocito que se quedó en su boca. Se volvió a lanzar al matorral, yo, alertado busqué un palo para defenderme, me hizo bastante falta. En décimas de segundo sacó otra del matorral, contemplé un espectáculo para mí inédito. Al salir la culebra del matorral en décimas de segundo que ni siquiera vi, se encontraba enrollada en forma de espiral de cola hacia delante y en el centro de esa espiral salía unos 65 o 70 cm. con su cabeza defendiéndose de todas las embestidas del perro. El diámetro de la espiral que en el suelo hacía de plataforma tendría unos cincuenta o sesenta cm. de diámetro. Esa serpiente con su rapidez endiablada nos puso a prueba a mi perro y a mí, con rapidez de vértigo se defendía con mucha valentía, al perro le mordió muchísimas veces. Cuando el perro se hacía para atrás con la culebra

colgada en el hocico o laterales de su boca se deshacía el primer círculo anterior, se soltaba de la presa que ejercía sobre el perro y se ponía a la defensiva y esperaba de nuevo el ataque del perro.

Con esa batallita yo lo pasaba bomba, controlaba los ataques del perro, me obedecía a todo lo que le ordenaba. Les di un respiro a los dos, el perro necesitaba reposo, estaba bastante fatigado, vigilándose mutuamente descansaron. Ese tiempo lo pasé pensando que debía hacer, si sujetar al perro para que la culebra se fuese, o dejar al perro que la matase, me dolía que la culebra muriese. En el círculo que ella dominaba, ni el perro ni yo podíamos ponernos a su alcance, el que se acercaba que era él, siempre salía perdiendo. Yo permanecía a dos metros de la culebra, anduve tres pasos para atrás y le ordené atacar a Mowgli. Fue rapidísimo, con las patas delanteras se lanzó a deshacer el círculo, murió lo mismo que la anterior zarandeándola con la serpiente en la boca, se puso de sangre como una fiera y me llegó a mí también. Para regresar a casa en una finca que tengo cerca de donde se desarrolló este incidente, tengo una casita, nos lavamos con agua y nos marchamos. Yo, a curarme el rasguño que me hizo la culebra, me escocía endiabladamente, no fue nada de cuidado, en el momento que me lo limpiaron y desinfectaron bien se pasó todo.

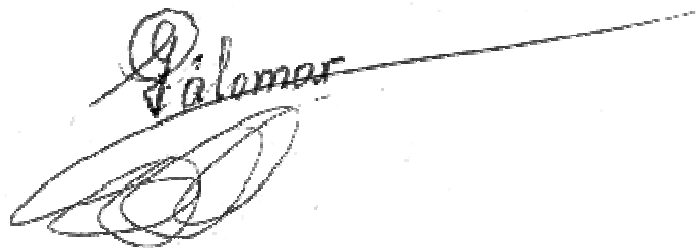
En esta finca he criado 150 árboles frutales, los he cuidado con cariño y esmero. La naturaleza es agradecida y me ha devuelto con creces los cuidados que ha recibido. La visitamos con frecuencia toda la familia mis hijos y nietos también. Nos visitan todos los fines de semana. Si la vida me ha dado sinsabores y amargas, en este rincón que vivo de sosiego y paz encuentro las mayores satisfacciones de mi vida con mis cuatro hijos y mis tres nietos, pienso en cuanto he ofrendado mi vida por la justicia y la libertad.

Al a mi familia con salud y bienestar, creo que ha valido la pena conservar mi vida y los pocos años que me quedan de ella, para poder disfrutar con muchísima ilusión las visitas que mis hijos y mis nietos nos hacen semanalmente.

Seguiré esperando como he hecho toda mi vida, que el pueblo español encuentre unos políticos dignos y capaces de reeducar a sus gentes en el camino de la paz y prosperidad. Que todo el mundo tenga un puesto de trabajo digno, y nos respetemos mutuamente. Que el ingeniero, arquitecto, industrial, directores, traten a sus inferiores con sencillez, y piensen que si han llegado a ocupar un puesto relevante en la sociedad se lo deben a los obreros que ellos mandan o dirigen, sin ellos jamás hubiesen llegado a ocupar ese cargo o puesto de trabajo.

Quizá sea soñar el pensar así, por defender todo esto luché y perdí, soy mayor no por la edad sino por mi lesión que me tiene un poquito deteriorado, volvería a luchar una vida y dos que tuviese las ofrendaría a gusto por defender esa libertad que sueño...

EL AUTOR

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Páramar', with a long horizontal line extending to the right and a large, stylized flourish below it.